Rafael Chaparro Madiedo



OPIO EN LAS NUBES



La historia se centra en el estilo de vida de distintos personajes cuyas historias reflejan las marcas de su personalidad y la razón por la que ahora se reflejan en las drogas, los bares y el amor hacia el ideal de existir. En esta historia se muestra una narrativa diferente, capaz de envolver al lector y de llevarlo a la mente de un gato con aires de bohemio y de experto en vivir; a la vida traumática del hijo de una presa que sale a vivir por el recuerdo de un padre ausente rellenado por la amistad de un condenado a muerte. Asimismo, evoca en la mente del lector la canción que identifica cada momento en la vida de un hombre cuyo ideal es amar y vivir por la mujer ideal para él, pero quien ha decidido que ese mundo cruel de la sociedad bogotana no es para ella.



Rafael Chaparro Madiedo

Opio en las nubes

ePUB v1.0

sancospi 16.08.12

Título original: *Opio en las nubes*
Rafael Chaparro Madiedo, 1991.

Editor original: sancospi (v1.0)
ePub base v2.0

Para Laura y Ava

PINK TOMATE

Soy Pink Tomate, el gato de Amarilla. A veces no sé si soy tomate o gato. En todo caso a veces me parece que soy un gato que le gustan los tomates o más bien un tomate con cara de gato. O algo así. Me gusta el olor del vodka con las flores. Me gusta ese olor en las mañanas cuando Amarilla llega de una fiesta llena de olores y humos y me dice hola Pink y yo me digo, mierda esta Amarilla es cosas seria, nunca duerme, nunca come, nunca descansa, qué vaina, qué cosa tan seria. Claro que a veces me desespera cuando llega con la noche entre sus manos, con la desesperación en su boca y entonces se sienta en el sofá, me riega un poco de ceniza de cigarrillo en el pelo, qué cosa tan seria, y empieza a cantar alguna canción triste, algo así como I want a trip trip trip como para poder resistir la mañana o para terminar de joderla trip trip trip.

Mierda, los días con Amarilla son algo serio. Voy a intentar hacer un horario de esos días llenos de sol, esos días un poco rotos, raros, llenos de humo, un

poco llenos de café negro. Voy a hablar en presente porque para nosotros los gatos no existe el pasado. O bueno sí existe, lo que pasa es que lo ignoramos. En cuanto al futuro nos parece que es pura y física mierda. Sólo existe el presente y punto. El presente es ya, es un techo, una calle, una lata de cerveza vacía, es la lluvia que cae en la noche, es un avión que pasa y hace vibrar las flores que Amarilla ha puesto en el florero, el presente es el cielo azul, es una gata a la que le digo eres cosa seria y ella me responde sí, soy cosa seria, mierda, el presente es un poco de whisky con flores, es esa canción con café negro, es ese ritmo con olor a tomates, ocho de la mañana, techos grises, teticas con pecas, nada que hacer I want a trip trip trip mierda que cosa tan seria.

6:00 am.

Llega Amarilla de una fiesta y me dice oye Pink cómo vas? Y yo le contesto bien, todo va bien. Salvo mi corazón, todo va bien. Amarilla tiene el pelo revuelto, me acaricia y yo le doy un arañazo en una nalga, como para no perder la costumbre. Amarilla se

dirige a la cocina y se prepara un café, mira por la ventana, se acaricia el pelo y me dice que la vaina está jodida y yo pienso que en verdad todo está jodido. Los árboles están jodidos, las calles están jodidas, el cielo está jodido. Las palomas están jodidas. Mierda. Yo también estoy como jodido. Me dan ganas de ahogarme en salsa de tomate.

7:00 am.

Rojo o tal vez azul. No sé. El sofá donde está sentada tiene tal vez esos dos colores. Amarilla se fuma un cigarrillo. Se lo fuma sin afán. El humo azul de su cigarrillo me envuelve. Amarilla me lo echa directo a los bigotes. Amarilla se arregla las uñas y me corta uno de los bigotes. Puta mierda. Siempre hace lo mismo cuando está deprimida. Luego subimos a la azotea y Amarilla abre los brazos, respira y me dice que la mañana está perfecta para suicidarse. Entonces me agarra y me lanza a la otra azotea que queda más abajo y yo doy vueltas y vueltas y por mis ojos pasan el cielo azul, los edificios, las nubes, el sol, las ventanas, los ruidos y finalmente caigo parado en la otra azotea en

medio de un poco de ropa extendida y digo, mierda, esta Amarilla es cosa seria. Subo hasta donde está Amarilla y me acurruncho entre sus piernas y pienso, mierda qué rico. Me arrepiento de haber pensado en ahogarme en salsa de tomate. Comemos galletas de chocolate y miramos la ciudad. Amarilla se sienta y lee el periódico. Me muestra una noticia de un hombre que lo mataron por una orinada.

8:00 am.

Sube el viejo Job, el vecino de Amarilla, con un poco de café. Con Job viene Lerner su gato. Lerner es un poco tímido. Yo saludo a Lerner y le digo oye Lerner qué te pasa? Y entonces Lerner se esconde detrás de las piernas del viejo Job y me dice, no Pink no me pasa nada, fresco loco. El viejo Job se sienta al lado de Amarilla y respira hondo. Ya me lo conozco. Le gusta oler el champú que usa Amarilla. Fresa. A mi también. El viejo Job le echa un poco de brandy al café y deja la botella destapada. Meto mi lengua en la botella. Me gusta sentir ese mareo del brandy, ese mareo que quema por dentro a esta hora cuando todo

parece normal, cuando todo el mundo se dirige al trabajo, cuando todo el mundo piensa cosas correctas. Me gusta ese mareo a esta hora cuando no es normal que uno esté un poco ebrio, un poco triste, un poco como vuelto mierda.

9:00 am.

Bajamos. Estoy mareado por el brandy. Ebrio. Estoy envenenado por la mañana, por el cielo. Mentira. Estoy envenenado por Amarilla en la mañana, por Amarilla en el cielo, por ese olor de Amarilla que se halla diseminado por todas partes. El día huele a Amarilla. Miro hacia el cielo y veo en las nubes la forma de sus nalgas, la palma de sus manos. Veo los árboles y el ruido de las hojas me dicen oye gato marica pon atención te habla Amarilla. Mierda, qué cosa tan seria trip trip trip.

10:00 am.

Amarilla se despide del viejo Job. El viejo suspira y le mira las nalgas. Lo comprendo. Antes de despedirse el viejo job le dice que más tarde viene con una torta de

naranja y Amarilla le dice está bien viejo, está bien. Amarilla cierra la puerta y se abre la camisa. Se fuma un cigarrillo. Abre la ventana. Se coge las tetas, observa sus pecas iluminadas por los rayos de sol, se mira las manos y finalmente se queda estática ante su reflejo en la ventana y trip trip trip. Es evidente: Amarilla a empezado a tejer la red de su día allí frente a la ventana. Está un poco desesperada trip trip trip. Suena el teléfono. Amarilla contesta. Se ríe y dice que en realidad no sabe si tiene ganas de una orgía o de un pan con mermelada trip trip trip.

11:00 am.

El sonido del agua me aturde. Afuera hace sol. Amarilla se baña. Yo estoy en el sofá. El sol entra por la ventana. El ruido del agua inunda el día, la mañana, el mundo, los árboles. En ese momento solamente existe ese ruido. El mundo se reduce al sonido del agua cayendo sobre el cuerpo de Amarilla, sobre sus tetas, sobre sus nalgas, sobre su cuello, sobre sus piernas. Eso es el mundo: agua, Amarilla, la canción que canta trip trip trip, el rayo de sol que cae sobre mi cuerpo.

Nada más. Amarilla sale del baño y me dice que salgamos a decirle adiós al cielo azul con las manos.

12:00 m.

Amarilla prepara algo para almorzar. Alguna receta con tomates. Fuma mientras pela los tomates. Dice que ayer fue a presentar una entrevista para un trabajo en una fábrica. Creo que una entrevista para un trabajo es algo así:

Nombre: Amarilla.

Estado Civil: soltera.

Religión: ninguna conocida; alguna vez intentó ser hare krisna pero la cogieron comiendo una hamburguesa grasienta y la expulsaron. Pero se había leído parte del Libro de los Vedas. Después intentó ser vegetariana. Tampoco funcionó. Por último se metió a una liga que defendía las ballenas. Hasta donde sabía su madre la bautizó. También hizo la primera comunión en la Iglesia de Jesucristo Obrero.

Sexo: Perdió la virginidad en el asiento trasero de un viejo Ford, en una noche de verano.

Dirección: avenida Blanchot.

Enfermedades: las de la niñez y alguna que otra infección pasajera, sin importancia.

Experiencia laboral: mesera de bar, acomodadora en cine, alguna vez vendió lotería, traductora.

Estudios: empezó a estudiar de noche inglés y computación, pero la echaron a mitad de semestre porque un malparido profesor se lo pidió.

Idiomas: algo de inglés. Se sabía toda la canción Copacabana de Barry Manilow.

Comemos en silencio. Amarilla me dice que tiene ganas de hacer una siesta porque siempre que duerme a esa hora sueña con barquitos de papel en la mitad de un cielo azulito. Pienso en sus nalguitas rosaditas trip trip trip.

1:00 pm.

Amarilla está dormida. De pronto suena el ding dong del timbre. Mierda, debe ser el viejo Job. Otra vez ding dong. Mierda, qué viejo tan insistente. Ding dong. El viejo Job se sienta junto a la puerta y empieza a comerse la torta de naranja. Le da un poco a Lerner,

el gato tímido. Salgo por una ventana y me acerco lentamente. El viejo Job me ofrece un poco de torta, pero yo la rechazo. Mierda, qué cosa tan seria. Le digo a Lerner, que qué le pasa, que qué se cree, que mas bien nos vayamos a cazar raticas, como debe ser. Lerner ser avergüenza y me dice, claro Pink.

2:00 pm.

Amarilla se despierta. Estoy junto a ella. Amarilla se dirige al comedor y se sirve un poco de whisky. Suena el teléfono y Amarilla contesta. Se ríe y dice que en verdad haga lo que se le dé la puta gana. Entonces me acaricia y me dice que me va a llevar al hipódromo para que conozca los caballos. La veo y pienso que en verdad haga lo que se le dé la puta gana conmigo trip trip trip.

3:00 pm.

Salimos a un parque. La tarde está un poco triste. Un poco rota. Un poco difusa. El cielo está gris y hace un poco de frío. Amarilla me dice que tiene ganas de tomarse una fotografía en un día triste. Amarilla se

sienta bajo un árbol y saca su botella de whisky y yo le lamo la palma lentamente, sin afán. Nuestro árbol es grande e inspira confianza. A los pocos minutos una sirena interrumpe la calma del parque. Mierda. Unos árboles más allá una mujer se trata de ahorcar. La policía llega a tiempo e impide que la mujer se ahorque. Claro, la policía siempre se tira todo. Esa mujer ahorcada hubiera completado lo que le faltaba a ese día para ser mas triste trip trip trip.

4:00 pm.

Llega Sven, un individuo que huele a tigre fatigado. Le da un beso a Amarilla en la boca, en la mitad de los dientes y mierda, pienso que este par se quieren. Sven dice que el próximo sábado la va a llevar al hipódromo y va a apostar por Escarabajo, que Escarabajo lo va a sacar de la quiebra y le promete que se emborracharán con vodka en una tarde de sol y que irán a la playa y le comprará una pelota de colores y le dirá que la ama. Pura mierda.

5:00 pm.

Estamos de nuevo en el apartamento de Amarilla. Sven le dice a Amarilla que los sábados son los días del amor y de los caballos y entonces se encierran y hacen el amor. Me dan ganas de ahogarme en salsa de tomate.

6:00 pm.

Debajo de la puerta de la alcoba de Amarilla empieza a salir humo. A los pocos instantes salen Amarilla y Sven desnudos. Sven se dirige a la cocina y trae un balde con agua y lo echa sobre la cama que está en llamas. Amarilla le grita a Sven que se vaya que haga lo que se le dé la puta gana. Sven trata de abrazarla y le dice fresca muñeca no ha pasado nada. Amarilla se pone a llorar y dice que tiene ganas de vomitar. Sven le dice tranquila muñeca vomita. Mierda, mucho trip trip trip. Amarilla coge la ropa de Sven y la lanza por la ventana y después empieza a lanzarle vasos a Sven. Unp, dos, tres. Cuatro putos vasos. Qué cosa tan seria. Sven sale con una toalla enrollada y recoge su ropa desde allá abajo le grita a Amarilla que es una muñeca muy salvaje como a él le gustan trip trip trip.

7:00 pm.

Salimos de nuevo a la calle. Amarilla lleva consigo su ropa y la va regando por el camino. Me siento como en esos cuentos de hagas donde la princesa perdida va dispersando cosas para recordar el camino a casa. Entramos a un bar y Amarilla pide una botella de vodka y le regala una camisa de flores al hombre del bar. Una canción triste suena en el fondo, Don't leave me now. Amarilla enciende un cigarrillo, mira hacia el fondo del bar, se marea con las luces, mira a esos hombres de camisas de colores que entran con esas miradas que dicen hoy soy todo tuyo mamita y entonces Amarilla dice un momento muñecos hoy no quiero enredos Don't leave me now trip trip trip. Amarilla se echa todo el contenido de la botella por todo el cuerpo. Después se acerca al hombre que atiende en el bar y le dice que cuando lo ve no sabe si darle un beso o cortarse las venas. El hombre le dice fresca muñeca todas las muñecas son iguales y le indica que el baño está al fondo a la derecha y que cerca del espejo hay una cuchilla. Fresco muñeco le responde Amarilla y

entonces pide un cocktail llamado «lluvia ácida».

8:00 pm.

La noche está demente. Las luces de la ciudad son pequeños ojos rotos, locos, alucinados que nos vigilan. Me dan ganas de estar en la mitad de una autopista. En la esquina nos encontramos con Sven. Se abrazan y Amarilla le dice que le haga el amor hasta el amanecer, ni más faltaba preciosa, que le meta la lengua hasta el estómago, que le toque el culo una y otra vez porque está haciendo frío, que no deje de lamerla mientras suena Touch me, que le inyecte susurros entre sus dientes touch me, que le toque sus manos llenas de pequeñas líneas solitarias touch me, sus nalguitas rosaditas touch me, sus ojos llenos de pececitos nocturnos, sus palabras invadidas de cielitos rasgados touch me please hasta el amanecer, hasta cuando el sol raye el cielo con su luz, ni más faltaba muñeca trip trip trip.

9:00 pm.

Muere el viejo Job. El apartamento está lleno de

gente. Mierda. Amarilla entra y le da un beso en la frente al viejo. Amarilla pregunta por Lerner, el gato tímido de Job, pero nadie sabe dónde está. Amarilla y Sven van a comprar flores para Job. Al poco rato regresan. Subimos a la azotea. La noche. La lluvia. El calor. Amarilla esparce las flores sobre la noche oscura. Las flores caen y se infiltran en el olor de la oscuridad. Lentamente. Flores blancas sobre la espuma de la noche. La noche. Las flores caen en la calle. Una. Dos. Tres. Cien flores en la calle, en la humedad del reflejo del resplandor apagado del día. Flores en el núcleo de las babas de Amarilla. La lluvia. Empieza a llover y las gotas de lluvia mojan la noche, las manos, las flores de la calle. Amarilla dice que los sábados son los días de los gatos, de los caballos y de los muertos. Mierda, qué cosa tan seria. La ciudad entera está muerta trip trip trip. Flores. Flores. Lluvia.

UNA AMBULANCIA CON WHISKY

Me llamo Sven y morí ayer o tal vez la semana pasada. Realmente no sé qué sucedió. No sé si fue una inyección de veneno en las venas o si me estallaron una botella de whisky en la cabeza. No sé. No sé. O si me abalearon en la puerta del Bar Anaconda. O tal vez en el bar Los Moluscos. Lo único que recuerdo son las luces de un bar, el baño lleno de vómito y una canción with or without you en el fondo del recinto, en el fondo de las luces, en la lluvia, un letrero en el espejo que decía «entonces le diré que nunca más me pondré esta ropa», un teléfono, una ambulancia, una puerta blanca y de nuevo alguien que decía oye tranquilo yo puedo vivir sin ti, tranquilo with or without you, doce de la noche, mierda se nos muere, mucha heroína, mucho alcohol, mucha tristeza, mierda, quédese tranquilo, relájese, piense en un cielo azul, en una ciudad con edificios blancos, sueñe con un potrero lleno de naranjas, con una mañana con una lluvia de aves negras, piense lo que

se le dé la gana, mierda se nos va, tranquilo with or without you.

En la ambulancia me sentí como un muñeco de trapo. Un muñeco de trapo abaleado por las luces de la sirena, el mareo, la noche y el olor de la sangre. Tenía ganas de cagar diamantes. Cerré los ojos y de pronto me sentí como un árbol atravesado por cuchillos blancos.

Creo que en la ambulancia me enamoré de la enfermera. Era una enfermera, como la de las películas, un poco con los ojos claros, con las manos finas y poseía ese olor a sangre con perfume de rosas, ese perfume yo no sé, que me mareaba, que me enloquecía, ese perfume que sabía a doce de la noche, a mírame preciosa antes de que me muera. Le dije a la enfermera que me parecía conocerla, que tal vez la había visto en un parque leyendo algún libro, que tal vez la había visto en alguna lluvia o que a lo mejor el calor de su cuerpo me recordaba el aliento de las mañanas de sol. Pero, puta mierda. Ella me dijo que no le gustaban los parques. Falsa alarma. Y pensé, yo a ésta la he visto en alguna parte, mierda, ésta tiene cara de caminar por las

calles, tiene cara de cantar spend the night together. Olía a limpio, a alcohol. Creo que le dije oye preciosa me quieres? Y ella respondió claro precioso, te quiero, pero quédate quieto. La sirena siguió aullando y creo que estaba muy mal cuando pasamos por la avenida Blanchot porque alcancé a escuchar el murmullo de la gente en los bares, en las calles, en los parques. El murmullo de las calles se me escapaba definitivamente por entre el pliegue diminuto de los dedos y de la risa. Mierda. El ruido de la calle, el olor de la calle, el perfume del mundo se estaba diluyendo vertiginosamente en el reflejo de la lluvia y entonces le dije a la enfermera que siempre había querido una muerte así, con violencia, con whisky en la mitad de los sesos, una muerte nocturna y en una ambulancia con una enfermera que me dijera que pasáramos la noche juntos. Ella me respondió que me quería dar un beso en la mitad de mis sueños ensangrentados. Claro preciosa. La sirena siguió aullando como una perra herida que corría rompiendo el aliento caliente de la noche.

El Hospital era triste. En urgencias había un marica acuchillado. Tenía la cara descompuesta y su perfume

barato se mezclaba con el olor de su sangrecita escandalosa. A un lado había un atropellado. Más allá un borracho. También una chica con una sobredosis. En todo caso el recinto olía a whisky, sangre y algodón. La noche estaba descompuesta. La noche se estaba cayendo a pedazos a mi alrededor como un absurdo naipe donde definitivamente nadie ganaba.

La enfermera me dijo fresco muñeco nada va a pasar, abran paso, se nos va, mierda y yo estaba pensando en mi número telefónico para dárselo a ella y decirle pasemos la noche juntos, pasemos la noche bajo la lluvia, seamos una hoja seca. La camilla siguió avanzando a través de un pasillo lleno de gente en silencio. La gente me miraba con esos ojos que decían, pobre chico, tan joven, tan sano, tan blanco y yo desde la camilla les dije tranquila gente, no soy tan sano, ni tan limpio, ni tan creyente, no me lavo los dientes todas las mañanas como ustedes, no me cambio de medias todos los días como ustedes, no leo tantos libros, no hago deporte, ni rindo tanto en el trabajo como ustedes, tranquila gente.

No venía al hospital desde la última sobredosis de

un amigo que se inyectó whisky en las venas en un wc de un bar luego de una decepción amorosa. Le dije a la enfermera que no me dejara, que estuviera conmigo todo el tiempo y que por favor encendiera un cigarrillo, claro precioso toma un cigarrillo, dijo ella y entonces me acarició la cabeza suavemente como si mis sueños fueran copos de algodón. El cuerpo. La noche. La sangre. Dentro de mi cuerpo una mano invisible y caliente escarbaba y sacaba manojos de luz y silencio. Un hueco negro se estaba abriendo paso a través de los huesos y lo estaba llenando de sangre y ruido. Después llegó un médico y dijo que el asunto era grave, que no me moviera, que de qué grupo sanguíneo era y le dije que de grupos sanguíneos poco, que si quería le hablaba un poco de grupos de rock, un poco de Jimi Hendrix Experience, de Cream, qué va dijo el médico, el asunto es grave, y entonces miré a la enfermera y me dieron ganas de estar con ella en una fiesta bailando spend the night together, ganas de estar con un vaso de vodka, ganas de darle un beso en la mitad de los dientes blancos, ganas de decirle nena vámonos de aquí y hacemos el amor en la playa, ganas de estar en sus

manos llenas de árboles. Sin embargo, ya estaba muy mal, estaba mareado y el techo se me vino encima, afuera llovía y no me acordaba ya si me llamaba Sven o Axel o si era viernes o sábado o jueves en la mañana, tranquilo I Can live with or without you. No sabía si tenía realmente ganas de morirme o ganas de desangrarme en la mitad de la lluvia mientras le decía a la enfermera me gusta tu perfume, me gusta la forma como me inyectas el suero, me gusta la forma como me tomas el pulso, me gusta tu pelo, me gusta el sabor de tu boca, me gusta cuando cantas spend the night together, me gusta ese reloj que da la media noche, me gusta que me acaricies la cara mientras me desangro, me gusta cuando me dijiste tranquilo muñeco todo va a salir bien, piensa en algo lindo, y claro, yo le dije que iba a pensar en algo lindo, y pensé que le regalaba unas flores con vodka en una mañana de sol y que llegaba a su puerta y hacía sonar el timbre ding dong y le decía hola preciosa, tranquilo muñeco, pero ya no sabía si era rh positivo, rh negativo, si era negro o blanco o sambo o mulato, cristiano, budista, ateo, asalariado, independiente, comunista línea Pekín, comunista línea

Moscú, no me acordaba si me gustaba el café con dos cubitos de azúcar o con tres cubos, si estaba en La Habana o en Praga, en Bruxelas o en París, en un hospital o en un muladar, tranquilo nene.

Después me llevaron al quirófano y varios médicos con cara de ballenas blancas se me echaron encima, fresco locos les dije, grave asunto dijo uno de ellos y giré la cabeza y en la puerta vi a la enfermera que me mandaba un beso con las manos, con la punta de los dedos. Estiré los brazos. Hice todo lo posible por atrapar ese beso invisible que venía hacía mí y creo que lo atrapé porque sentí un calorcito en la palma de las manos cuando lo agarré y mierda volví a mirar hacia atrás y allí estaba la enfermera y me dijo adiós con las manos y deseé no morirme, deseé en ese momento con todas mis ganas ser el conductor de esa ambulancia para verla todos los días, para decirle oye preciosa me quieres?, para cantar junto a ella spend the night together en las mañanas de sol, pero en ese momento morí.

Cuando salí del hospital la ciudad había sido destruida por completo. Era un viernes y hacía sol, pero

también llovía. La mañana olía un poco a whisky, un poco a Philip Morris Products Inc Richmond, Va Flip Top. La mañana era una prisión de luces amarillas, una prisión con cielo azul y hojas secas. Pensé en Amarilla, que se había ido una semana atrás. Deseé con todas las ganas del mundo estar con Amarilla en algún bar tomando una copa y viendo alguna pelea. Simplemente estar con Amarilla y verla a través del efecto del vodka y después salir a la calle, a algún parque y decirle tranquila muñeca yo te amo, tranquila muñeca yo te quiero, tranquila muñeca todo va bien, tranquila muñeca el próximo sábado te llevo al hipódromo y apostamos por LSD o por Sandinista, tranquila muñeca, te compraré gafas de sol y nos emborracharemos toda la tarde, no importa si LSD no gana, no importa, sólo importa que estemos los dos, luego iremos a la playa a ver los barcos, contaremos los barcos, soñaremos que estamos en África, en Asia, tranquila muñeca, llevaremos todos tus gatos, de eso puedes estar segura, tranquila muñeca, los dos estaremos presentes en el leve perfume de los árboles en las mañanas, seremos árboles, seremos hojas, seremos el viento, tranquila

muñeca, nos desmoronaremos lentamente en las mañanas de lluvia, en las mañanas de sol, y luego cuando pasen los días no tendremos ni las mañanas, ni la lluvia, ni el sol, tranquila muñeca, también llevaremos vodka y whisky para ensopar los días, las mañanas y las noches, los minutos, las horas, las hojas, las nubes, el cielo, el aire, las calles, las montañas con alcohol, con ruido, con babas, con sudor. Tranquila muñeca.

Durante varios días caminé sin rumbo fijo por las ruinas de la ciudad. Finalmente llegué al malecón. El mar estaba en calma. Llovía. No había nadie. En el final del malecón había un pequeño bar. Se llamaba El Café del Capitán Nirvana. Eran las doce del día y cuando me acerqué sonaba I Shot the Sheriff. Era lunes y no pude obtener satisfacción. Me senté en una de las mesas exteriores del Café del Capitán Nirvana y un hombre salió a atenderme. Era la primera vez que veía a alguien en muchos días y le dije al hombre que si había visto a una enfermera de ojos claros que cantaba spend the night together por allí y el hombre me dijo que no. Bueno, entonces pedí un vaso de vodka con hielo y no pude obtener satisfacción. Cuando el hombre me trajo

el vodka le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Max y le pregunté esta vez por Amarilla, que si había visto a Amarilla, que olía a rosas. Max me dijo que me tranquilizara, que me limitara a respirar. Claro Max. Me tomé el vodka lentamente. Miré hacia el mar. Era mediodía y una gaviota revoloteaba encima del Café del Capitán Nirvana y no pude obtener satisfacción.

Ese día le dije a Max que si me podía quedar allí, que no tenía a donde ir. Max me dijo que claro, que solamente cerrara los ojos, que me tomara todo el vodka que quisiera y que escuchara I Shot the Sheriff. Después Max puso algo de Wagner y dijo que adoraba a Wagner en las mañanas y que siempre lo ponía porque esa mezcla de tristeza, mar y vodka le gustaba y además confiaba en Wagner porque alguna vez leyó que era un tipo que era capaz de componer mientras cagaba y que eso era suficiente para confiar en él. Claro Max.

Los días en el Café del Capitán Nirvana eran realmente tediosos. En las tardes siempre nos cogíamos a golpes con Max, porque él decía que era para no

perder la costumbre. Entonces Max se dirigía al afiche de George Foreman, que tenía colgado en el interior del Café del Capitán Nirvana y se postraba enfrente, se echaba la bendición, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y luego decía oye Foreman otro golpe? Y Foreman le decía desde el afiche, claro Max otro golpe. Entonces salía e improvisaba con las mesas del bar un ring de boxeo y me decía oye Sven preparado?, y yo le respondía, claro Max preparado. Atención round número uno El Café del Capitán Nirvana presenta esta tarde a Max El Asesino del Malecón treinta peleas por la vía del sueño, poderoso jab de izquierda, una cortadura en la mejilla derecha, un Cadillac rojo para llevar a las muñecas después de la pelea y en la otra esquina Sven Cara de Tigre Cansado, veinte peleas por la vía del sueño, diez perdidas, tres entradas a la cárcel por abuso de alcohol y de drogas. Luego de media hora la sangre empezaba a correr por las narices y entonces parábamos y seguíamos tomando vodka. Recordábamos la cárcel, la calle, las hamburguesas con grasa, la cerveza, en fin, ese olor a Philip Morris Products Inc, Richmond, Va Flip Top

Box Made in USA que se iba pegando a los cuerpos, al cielo azul de las mañanas, a los días y a las noches, recordábamos esas mujeres que olían a whisky, a esas mujeres por las que uno es capaz de escribir su nombre con sangre sobre la superficie de un lago congelado y claro, siempre le hablaba a Max de la enfermera que había conocido la noche que morí y le decía oye Max, la hubieras visto, me mandó un beso invisible en el quirófano mientras cantaba spend the night together y me dijo tranquilo muñeco y yo le respondí tranquila muñeca y no pude obtener satisfacción.

Con nosotros estaba Joe, un pequeño fox terrier, que habíamos rescatado con Amarilla, la noche que ella se fue. Joe, el pequeño fox terrier pelo de alambre siempre dormía entre mis piernas. Siempre lo acariciaba y le echaba un poco de humo azul cerca de la nariz y le decía ánimo Joe, porque siempre estaba como triste, como bajado de nota, como si se hubiera dado cuenta que los días eran tristes y opacos y grises y entonces le volvía a decir ánimo Joe, pero Joe me miraba con sus ojitos negros, roticos, tristes y nada parecía animarlo. A veces le daba un poco de vodka, le ensopaba su boca

en vodka. Animo Joe. Mierda, qué perro tan triste.

Del Café del Capitán Nirvana sólo quedaban las mesas y el aliento ausente de sus mujeres, ese aliento animal que se escurría por el filo de los vasos llenos de licor, por el filo del perfume ido de sus primeros días. Las mañanas se filtraban en los cuerpos lentamente como inyecciones de sueños plenos de arena, whisky, sangre, sudor, lágrimas, tetas, culos y humo. Pensar, tomar, fumar.

Levantarse. Acostarse. La sangre. El whisky. La Luz. El humo. Los días. Sus mejores días. Esos días llenos de nalgas ciertas, tetas inciertas, calzones certeros, de licores, de cigarrillos, de horas eternas que pasaban bajo la luz, días que se fueron diluyendo como cubos de hielo. Fueron días grandiosos. Las mañanas siempre olían a cabellos profundos, dorados. A venado limpio. En las noches se organizaban peleas de boxeo y las mujeres hablaban con todo el mundo. Las noches olían a ron y no había preocupaciones. Los días pasaban a través de la luz, a través del olor de los árboles, los labios, las nalgas, la espuma del mar y el olor del wc. La sangre. El whisky. Los labios. El wc.

La luz. Las Nubes. Las Nalgas. De pronto la felicidad era ir al wc, cagar en paz, pensar en paz, amar en paz, odiar en paz. Los sábados iban al hipódromo a apostar a caballos que tenían nombres hermosos, míticos, caballos que se llamaban El Trofeo de Elías, La Lechuga de Vladivostok y se embriagaban en medio de olor a arena de aquellos sábados y luego regresaban al Café del Capitán Nirvana a hablar de boxeo, a regar un poco de sangre entre las mesas. Regresaban con los cuerpos llenos de agujeros, con la mirada vuelta mierda, con las manos llenas de lluvia y se sentaban a fumar, aplastaban los traseros en los asientos y se quedaban allí, en el Café del Capitán Nirvana abaleados por el humo azul del Philip Morris Products Inc, Richmond, Va Flip Top Box Made in USA mientras se consumían en el aliento invisible de los días y las noches. La sangre. El whisky. Pensar. Dormir. Fumar. Levantarse. Acostarse. Culear. Los Labios. Las nalgas. Puta vida. Las mañanas llenas de pequeñas luces inútiles. El wc.

UNAS BABAS, DOS BABITAS

La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas. La suciedad. Las luces de neón. Un disparo en la oscuridad. Un cuerpo. Dos cuerpos. Un cigarrillo. La ropa. Los autos. Los perros. Las putas y los bares. Los árboles y las canecas trip trip trip. Las ventanas. Los rostros que se asoman por la ventana. Las puertas. Los perros. Guau Guau. Otro disparo. Pum. Mierda. Ugh. Zas. Un vidrio roto. Una sirena. Una puta que corre. La ropa. Un árbol. El aire. La calle. Que cosa tan jodida. Ese olor. Ese olor. Diez de la noche. Un poco de lluvia trip trip trip.

Daisy, está debajo de un poste de la luz. Le digo a Lerner que nunca he podido saber si es hombre o mujer, elefante o burro y entonces Lerner me responde claro Pink a lo mejor es burro o elefante o algo así, qué cosa tan extraña trip trip trip. Daisy lleva un vestido un poco escandaloso, un poco triste, un poco con babitas por todos lados, un vestido en todo caso para putearse

un poco bajo el aire violento de la noche, un traje lleno de carritos rosaditos yo no sé trip trip trip para las soledades que salen a las calles. La calle. La noche. La suciedad. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas trip trip trip. Desde hace mucho tiempo Daisy sale a la calle, a esta calle, se fuma un cigarrillo y se acerca a los autos, expele el humo azul y dice nene no te he visto antes? Y entonces la voz del auto responde desde la oscuridad marica güevón súbase y claro a Daisy se le aceleran las hormonas, bota el cigarrillo, lo estripa con los tacones rojos, qué cosa tan escandalosa, se sube al auto y le dice a la voz, oye nene haz conmigo lo que quieras y mierda el auto se aleja con esa figura llena de humitos tristes que no se sabe si es hombre, mujer, burro o elefante. La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas trip trip trip.

Cuando Daisy nació su mamá lo primero que dijo fue, mierda esta vaina qué es. Al principio no sabían qué era. Una mañana la mama se acercaba a ese bebé que lloriqueaba y entonces le parecía que era como un hombrecito. Sin embargo, a la mañana siguiente le parecía, en cambio, que era más bien una mujercita. Al

cabo de dos meses decidieron que era un hombre y entonces apresuraron al cura del barrio para que lo bautizara. Fue una ceremonia sencilla. Vino Sansón. Galletas de sal. Una lágrima. Dos lagrimitas. Agua bendita, aceite. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo llamaron Rodrigo. Pero al año, puta mierda, entre las piernas tenía más bien como una rajita, yo no sé trip trip y claro que llamen de nuevo al cura. Fue otra ceremonia. Más sencilla. Vino Sansón. Galletas de Sal. Una lagrimita no más. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La llamaron Daisy. La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas. A medida que crecía Daisy fue siempre diferente. Un cuco. Un cuquito. Tres cuquitos para Daisy, que ella o él mismo lavaba en el lavadero mientras fumaba tranquilamente sin afán bajo el aire de la noche hasta que decidió putearse de una vez por todas, qué cosa tan extraña trip trip trip.

Una noche Daisy se acercó a un auto y claro, dijo a través del humo azul del cigarrillo oye nene no te he visto antes?, y la voz contestó mariquita claro que te he visto antes súbete y entonces Daisy se subió, se acordó

de los consejos de su mamá, que pilas, que no se metiera con extraños, pero qué va, le pudo más la noche, el olor de las babas, de la gasolina y entonces, qué vaina tan tenaz trip trip trip se subió y buscó a la voz que provenía del interior y se dejo llevar por los perfumes, por un poco de whisky, por un poco de música, por un cigarrillo, por la lluvia, las luces, los semáforos. La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas. Mierda. Lo amarraron a un árbol. Lluvia. Un poco de sangre. Una gillete. Primero le rasgaron el vestidito de carritos rosaditos y Daisy les dijo que por favor no le dañaran el vestido, que era el único decente que tenía, el único traje decente, pero puta vida, las voces le respondieron mariquita guevón calla la boca, limítate a respirar, qué cosa tan jodida y después le hicieron una incisión con la gillete en el muslo. En la cara le hicieron un corazón y en las tetas escribieron la hora. Doce y treinta y cinco trip trip trip. La calle. La noche. Unas Babas. Dos Babitas. Tres babitas. Después lo llevaron de nuevo al auto y lo bañaron en whisky. Claro. La noche perfecta. Whisky. Lluvia. Calor. Sangre. Cigarrillo. Entonces Daisy se

echó a llorar y les dijo nenes déjenme en paz, déjenme putear en paz, pero qué va. Lo llevaron al puente y lo amarraron de las manos y lo dejaron toda la noche colgado allí, con un poco de sangre, con el cuerpo lleno de cortaduras, con la hora marcada en las tetas llenas de silicona, doce y treinta y cinco de la noche. La calle. La noche. Unas Babas. Dos babitas. Tres babitas. A la mañana siguiente la policía lo descolgó. Mierda. A urgencias. Vacuna contra el tétano. Y claro llegó la mamá y le dijo, pero mierda Daisy pilas con los extraños y entonces cuando llegó el médico Daisy le dijo oye nene no te he visto antes? Y el médico respondió fresco loco trip trip trip. La mamá creyó que se iba a morir. Otra ceremonia. Que traigan al cura. La extremaunción. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. A los tres días Daisy salió del hospital y lo primero que hizo fue comprarse un vestido escandaloso y le dijo a la mamá que le diera plata, que se iba a una orgía con un poco de maricas, que no le jodiera la vida. La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas. Qué cosa tan jodida.

El único amigo de Daisy era un elefante triste del

zoológico. Todos los días iba al zoológico y se sentaba frente al patio del elefante Dick y le decía oye Dick me escuchas?, te habla Daisy un elefante o un burro marica yo no sé trip trip y entonces Dick, el elefante lo miraba a través de esos ojos grises y le decía fresco mariquita, sácate los mocos mientras hace sol, qué cosa tan jodida. Daisy se quedaba todo el día cerca de Dick. Fumaba. Leía. Lloraba. Fumaba. Llovía.

La gente de la ciudad ya lo conocía y los niños siempre decían oye papá vamos a ver el nuevo animal del zoo y claro los enamorados decían nos encontramos a las tres cerca del marica con cara de elefante trip trip trip, qué vaina tan jodida. La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres Babitas.

La última vez Daisy llegó al zoo. Era una mañana de verano. Cielo azul. Un cigarrillo. Humo azul. Unas pulseras. Plin Plin. Daisy se acercó a Dick, el elefante y le dijo oye Dick me escuchas? Y Dick, puta vida, le dijo no te escucho mariquita y entonces Daisy se acercó más y mierda Dick lo cogió y lo enrolló con el moco y casi lo estrangula. Mierda. Otra vez a urgencias.

Llegó la mamá y le dijo, pero mierda Daisy pilas con meterte con elefantes extraños y Daisy le dijo que no lo jodiera, que se fuera para la porra. Otra vez llamaron al cura. Otra ceremonia sencilla en la clínica. Vino Sansón. Galletas de sal. Una lagrimita. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta vez se hizo bautizar Daisy Dick trip trip trip y le dijo al cura oye nene no te he visto antes? Y el cura respondió Dios me libre de esta creatura, perdónalo porque no sabe lo que dice ni lo que hace, amén y mierda desde ese día Daisy se dio cuenta de que era un poco marica del todo, un poco elefante del todo trip trip trip y que no le gustaban las galletas de sal. También le dijo al cura que le echara agua bendita en la hora que tenía marcada en una teta. Doce y treinta y cinco. La calle. La noche. Unas babas. Dos babitas. Tres babitas.

LOS OJOS DE GARY GILMOUR

El primer recuerdo. La cárcel. El cielo azul y los patos salvajes. Siempre el mismo maldito cuento. Claro. El cuento del paletero Danny. La cárcel. El cielo azul. La cárcel y su olor lejano, ausente. Max nació en la cárcel. Su madre había sido hecha prisionera por haber matado a su marido. No importa porqué lo mató. Solamente importa cómo. Le llenó la boca de lechugas, remolachas y espinacas y lo ahogó y le dijo te vi cerdo. Hasta nunca. En todo caso Max nació en la prisión, celda número 56, patio 5.

El primer recuerdo de Max son las máquinas de coser Singer que alguna vez donó algún alcalde. Todas las mañanas las reclusas se ponían a coser ropa cerca de las ventanas mientras Max jugaba con la única pelota de basket que había en el patio número 5. A su madre le decían la Pielroja. Tenía el pelo negro y sus manos parecían hechas para matar coyotes en las noches de luna. Todas las noches La Pielroja le

contaba cuentos a Max en la celda número 56. Comían en el mismo plato. Siempre era lo mismo. Sopa Maggi de minestrone, una mogolla y café negro.

Cuando Max creció las otras reclusas jugaban con él. Lo disfrazaban de perro y por poco lo vuelven marica. Creo que definitivamente lo salvó un pequeño radio que se robó de una celda vecina.

Definitivamente los home runs de Pete Rose y los puños de Alí, de Foreman y Frazer lo salvaron de aquello. Todas las noches después de que su madre le contaba algún cuento, siempre el mismo maldito cuento, ese que decía que el paletero Danny se había ido al África a venderle paletas de vainilla para la pandilla y paleta de melón para el león, Max se quedaba escuchando las peleas de boxeo. Pero no tenía con quien hablar de Foreman porque su madre y las otras reclusas siempre estaban parloteando de corpiños, de ligueros, de la puntada francesa, de las agujas.

Con el tiempo Max se fue ganando la confianza de los guardias. Fue así como poco a poco conoció los otros patios de la prisión. Con el guardia Monroe por lo menos podía hablar de boxeo y de los deportes. Fue

Monroe el que lo llevó a la celda número 90 donde estaba Gary. Gary Gilmour, condenado a la silla eléctrica. Gary tenía unos ojos azules profundos. Era huérfano y en su juventud había cantado en el metro para no morirse de hambre.

Gary olía a limpio y su camisa azul número 676869 le quedaba algo grande. Gary tenía una expresión extraña en la mirada. En efecto Gary era un poco tigre, un poco paloma, un poco pato salvaje. Gary tenía la lógica de las aves. O de las hormigas. Era silencioso. Pasaba los días metido en aquellas rejas a través del humo azul del cigarrillo, a través de una canción. A través del olor de las galletas y el café. Caminaba de pared a pared como los gorriones. Despacio. En silencio. Y tal vez pensaba en el olor a pan de los días. En ese olor que llegaba hasta su puta celda. En ese olor que se le iba por entre los ojos, por debajo de sus silencios, por debajo del olor de sus calzoncillos. Mierda. El olor de los días y Gary detrás de unas rejas. Gary extrañaba el olor de las calles, de esas calles llenas de luces, ruidos, buses y mujeres. Mierda. En la prisión sólo olía a desinfectante. El olor del mundo

estaba del otro lado. Del otro lado estaban esos pequeños olorcitos que conformaban los días. El olor de unas babitas dormidas, el olor de las rubias, ese perfume animal, el olor de los buses llenos de rostros fugaces, el olor de las teticas, ese olor parecido a la felicidad, el olor del licor, de la tarde, de los árboles, en fin, esos olores que venían de los bares, de los techos, de las ventanas, de la ropa, de la lluvia y de las personas de la calle. El olor de las mañanas. Gary tenía la leve sensación de que lo mejor de la vida siempre sucedía en las mañanas. Las mañanas eran un lapso de tiempo transparente, una delgada franja invisible donde se tejían los sueños, las palabras, los parques y el whisky. Estaba convencido que en las mañanas se fabricaban las mujeres, los árboles y la lluvia. La luz. El silencio. La mañana. El olor de la mañana. El resto del día era idiota. No valía la pena vivirlo. Lo mejor siempre sucedía en ese tejido de pequeñas nubes, en ese tejido absurdo que contenía la lluvia, la nada, el mareo, la locura, la mierda, las aves y la luz.

El silencio. Poco a poco se fueron haciendo amigos. Max comía en el mismo plato de Gary y hacía

pipí en su bacinilla blanca. Con el tiempo Gary le consultaba todo a Max sobre todo en lo que tenía que ver con la relación entre los días y las aves. Para Gary los días pasaban según el estado de ánimo de las aves. Los lunes siempre pasaban los patos salvajes y rompían con su aleteo el murmullo gris de la prisión. Los martes las palomas se posaban en las mallas de alambre y se quedaban toda la mañana quietas, inmóviles, alucinadas. Los miércoles era tal vez el día de los gorriones. Estos bajaban hasta el patio y picoteaban el asfalto buscando las moronas de pan. Los jueves y viernes nunca había aves. El silencio. El olor. El día.

—Esos son los mejores días para morirse. Esos dos días las aves están en otra parte, lejos del olor del mundo —decía Gary.

Gary le enseñó a Max las reglas del beisbol, sus trucos.

También le contó que había cogido un batazo de Pete Rose el día que asesinó a su víctima número doce. Fue en un ascensor. Era una rubia que trabajaba en un bar cercano donde Gary vivía. Gary nunca pudo soportar que aquella rubia no le hubiera aceptado la

invitación para ir el sábado a la playa. Gary había llegado de un partido de béisbol y realmente se sentía inmortal. Había logrado atrapar una pelota que Rose había mandado a la gradería donde él comía palomitas de maíz. Gary consideró que si un home run de Pete Rose había llegado hasta sus manos podía levantarse a aquella rubia del bar. Pero no fue así. Creo que la rubia prefería a los camioneros. Y Gary no era camionero. Su profesión era solitario. Gary vivía solo, comía solo, cagaba solo, lloraba solo, soñaba solo. Por eso después del partido de béisbol con la pelota entre su bolsillo se subió al bus, soñó despierto con la rubia de la cual no sabía el nombre pero que tenía cara de llamarse Porfiria. En todo caso algún nombre extraño, porque Gary clasificaba a las mujeres por su modo de caminar y esta rubia caminaba dando pequeños salticos de venado asustado. Mientras iba en el bus, Gary soñó que invitaba a Porfiria a la playa. Soñó con la espuma del mar, con un traje de baño rojo, con una cerveza fía, con un aliento rubio entre sus manos, atrapado entre sus dientes. Entonces llegó al bar, se le acercó y le dijo:

—Hey, Porfiria, tengo un home run de Pete Rose

entre mis manos y eso me hace feliz. Eso es la felicidad. Y por eso te voy a invitar el sábado que viene a la playa y tomaremos cerveza fría mientras el sol reviente en nuestros cuerpos y en tu pelo que huele a fresa.

Pero Porfiria o como se llame no le hizo caso. Gary sintió que de nada había valido ir esa tarde al estadio a ver a Pete Rose. Por eso siguió a Porfiria hasta los apartamentos Le Pavillon y esperó a que oprimiera el botón del ascensor. Tal vez pensó en darle una última oportunidad. Tal vez pensó en decirle que quería desayunar café negro cerca de sus babas perfectas, cerca de sus nalgas rosadas, cerca de sus dientes blancos, cerca de su olor a crema dental bifluor, pero Porfiria se metió al ascensor. Gary hizo lo mismo y la mató a golpes con la bola con la cual Pete Rose había hecho el home run aquella tarde de domingo a las tres de la tarde mientras comía palomitas de maíz y estaba sentado sobre una cachucha azul para no ensuciar sus pantalones nuevos.

Una mañana el guardia Monroe le dijo a Max que la corte había fijado la fecha de la muerte de Gary. Max jugaba con la pelota de basket. La estaba haciendo

rebotar contra el muro. El cielo estaba azul y del otro lado llegaban los sonidos de los autos que pasaban a toda velocidad y también el murmullo del viento contra las montañas. Monroe le dijo a Max que a la mañana siguiente ejecutarían a Gary en la silla eléctrica. Max se dirigió a la celda de Gary y como todas las mañanas Gary daba la impresión de ser un profesor de historia o algo por el estilo. En efecto, en las mañanas siempre tenía el pelo recién mojado, estaba bien rasurado y fumaba mientras observaba hacia el único árbol de la prisión. Se trataba de un urapán verde donde las palomas se posaban todas las mañanas a picotear las hojas y a beber el rocío que se hallaba en la copa del árbol. Gary le tenía un nombre a ese árbol. Lo llamaba Zimbawe. Gary decía que en la próxima reencarnación sería un pastor de cebras en Zimbawe y que pasaría todos los días observando a su manada de cebras blancas y negras tostado por el sol mientras comía cerezas salvajes.

—Tal vez me llamaré Zumbwer y mediré casi dos metros y tendré una mujer de senos flacos y morenos que hará pan tostado en una hoguera cerca de la choza.

Cuando Max llegó a la celda Gary cantaba Get Back Get Back To Where You Belongs Get Back Go Home Get Back Get Back. Gary le hizo jurar a Max que iba a cuidar de Zimbawe y que le daría de comer a las palomas. Le dijo que el cocinero siempre dejaba sopa Maggi en la alacena y que eso le gustaba a las palomas. Max juró que así lo haría todas las mañanas.

La ejecución estaba programada para el otro día a las siete de la mañana. Lo único que pidió Gary Gilmour fue que le pusieran I Can't Get No Satisfaction cerca de la silla eléctrica. También pidió que le dejaran leer los diarios y aquella parte de la biblia que decía «muchos son mis adversarios y mis perseguidores, pero no me aparté de tus testimonios» y por último que lo enterraran cerca de su árbol preferido, cerca de la raíz de Zimbawe.

Ese día Gary le hizo un regalo especial a Max. Debajo del colchón sacó una bola de béisbol que olía a cama, a estadio lejano, a cerveza, a gritos, a gradería occidental. Gary le dijo que esa bola era el home run que había atrapado en el estadio, aquel lejano día que mató a Porfiria y que todos los días debía hacerla

rebotar contra algún muro de la prisión para recordarle a Dios que Gary Gilmour estaba en el Infierno y que allí se sentía demasiado solo y que lo que realmente él deseaba era ir a una pradera de Zimbawe a ver sus cebras blancas y negras mientras se fumaba un tabaco duro en las tardes de verano.

Todo ese día Gary Gilmour le habló a Max de boxeo, de los salmos, de cómo se sentaría en la silla eléctrica. En la tarde, luego de haber mirado a Zimbawe se sentó en la silla de madera que había en su celda, se quitó la correa y se amarró las manos. Parecía como si estuviera desayunando café negro y tostadas con mantequilla. Entonces empezó a cantar una canción y dijo que en el momento de la descarga iba a pensar en una larga autopista sembrada en la mitad de un eterno desierto amarillo que olía a mierda de coyote, a peyote y a bajas de india comanche. Soñaría que iría a bordo de un Buick rojo de doce cilindros con el radio a todo volumen.

—Tal vez la sangre no me hierva tanto si pienso en esto, —dijo Gary.

Al otro día, a las siete de la mañana Max se

encontraba cerca del pasillo. Gary Gilmour estaba custodiado por varios guardias. Su rostro dejaba ver una extraña mezcla de sensaciones. Mientras caminaba escoltado por los guardias parecía como si Gary fuera a encontrarse con una mujer solitaria en un bar para invitarla a una copa, pero también tenía esa mirada como si a uno de pronto le dicen que Dios movió el dedo y mierda es el turno. Nada que hacer. El guardia Monroe se le acercó y lo abrazó como si fuera su propio hijo. Le puso un cigarro en los labios y le estampó un beso de padre. Monroe le echó un poco de colonia en la barbilla. Le dio cariñosas cachetadas en las mejillas y le dio la bendición. Gary se arrodilló. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Gary no quiso recibir al sacerdote de la prisión porque consideraba que el guardia Monroe estaba más cerca de él que el cura, que solamente se aparecía cada mes y daba la misa campal en el patio de la prisión y luego desaparecía a bordo de su pequeño auto. Antes de entrar a la sala de ejecución Gary se acercó a la ventana donde estaba Max y le dijo con los ojos no olvides lo de la pelota de béisbol Max no olvides a

Zimbawe no olvides darle sopa Maggi a las palomas en las mañanas cuida a La Pielroja yo sé porqué te lo digo no olvides la curva número 7 era la que siempre cogía Pete Rose los domingos cuando el cielo estaba azul. La ejecución fue rápida. Duró menos de un minuto. Mientras duró ese minuto el pequeño Max cantó Get Back Get Back To Where You Belongs Get Back Go Home Get Back Get Back. El cielo estaba azul y daban ganas de vomitar. El cielo estaba azul y mierda, no había señales de Dios en las nubes. Mierda. El silencio estaba en otra parte. Las aves estaban en otra parte. El día, las nubes y el café se hallaban ausentes, lejanos. El silencio. La silla eléctrica. La luz. La electricidad. Los sueños podridos. El silencio.

Max lloró durante una semana y en esos días se olvidó de ir hasta el urapán a echarle sopa a las palomas. No obstante, después lo hizo religiosamente todos los días. También hizo rebotar la bola contra la pared de la prisión para recordarle a Dios que Gary Gilmour no debía estar en el Infierno, sino en Zimbawe cuidando un rebaño de cebras blancas y negras mientras su mujer de senos flacos y morenos le

preparaba el pan en la hoguera cerca de la choza.

—Oye, chico. El día de mañana tienes que ser algo grande. Tienes que robar un tren o algo por el estilo.

Eso fue lo que Gary le susurró a Max antes de entrar a la sala de ejecución. El sol inundaba los pasillos de la prisión. El patio número 5 olía a café recalentado. Era jueves o tal vez viernes porque no había aves en los muros.

EL ALIENTO DE MARILYN

Y entonces me acordé de esos wc donde había entrado muchas veces, en los bares. Esos wc que olían a calzones rosados y donde siempre había alguien mirándose frente al espejo y decía oye me regalas un poco?, claro por qué no, toma un poco y entonces el espejo se llenaba de pequeñas gotas de sangre y whisky y después llegaba la policía, tranquilos muchachos, aquí no ha pasado nada y sacaban al chico que había tratado de escribir su nombre con sangre en el espejo. Mierda, esos wc eran más interesantes que cualquier cosa. Siempre había allí gente que lloraba, que gemía, gente que se cortaba las venas mientras sonaba I Want run with you, gente que tenía el corazón ensopado en orines y whisky I Want run with you, gente que se quedaba largo rato en el wc pasando la noche, gente que se levantaba en las mañanas vuelta mierda y en la noche se iban al wc del bar y te decían tranquilo chico, todo bien? Claro todo bien y después

todo era igual, la música, la policía, la botella estallada en la cabeza. El ritmo de los días se vivía en el fondo de un wc con un poco de whisky, con un poco de orines, con un espejo, con I Want run with you y al final todo bien.

Eran las tres de la tarde. Hice una pequeña siesta. El ruido de Max afuera me despertó. Max estaba terminando de componer el aviso del Café del Capitán Nirvana. Me dijo que había que esperar a la noche para ver cómo brillaba el neón en medio de los susurros sordos del mar. Le conté a Max el sueño que acababa de tener. Estaba en la mitad del mar y de pronto vi a Amarilla a bordo de su bote blanco. El mar estaba perfectamente azul, perfectamente liso. Parecía una inmensa tela azul salpicada por gotas de luz. Amarilla estaba en su bote, vestía una camisa blanca, de esas que se deben lavar a 20 grados de temperatura con jabón especial y comía enormes naranjas azules y me dijo con las manos, con las babas, con el sol, hola muñeco y yo le dije hola muñeca y entonces después traté de llegar hasta el bote, pero Amarilla me lanzaba las naranjas azules sobre mi cabeza y cada vez me iba

hundiendo más hasta que me despertó el ruido del taladro y no le pude decir más hola muñeca vámonos a otro sueño. Hablamos de Amarilla. Le mostré una foto que me tomé una tarde en el hipódromo con una polaroid de contrabando. Estaba recostado contra una baranda y al fondo se veían las graderías del hipódromo. Llevaba mi chaqueta azul, mis gafas de sol, un Strike entre mis labios y un kilométrico de mina negra en mis manos para hacer las apuestas. Detrás de mí había alguna gente con gafas negras. Algunos llevaban cigarrillos en sus bocas. Un hombre a mi derecha tenía una cerveza en una mano y en la otra unos binoculares. Ese día tenía ganas de mezclarme con la gente, ganas de marearme con el olor de los perfumes de esas mujeres que fumaban a mi lado, ganas de decirles muñecas pasemos la tarde juntos, no les preguntaré el nombre, hey muñecas el día no está para problemas, yo no quiero problemas. En verdad, cada vez que iba al hipódromo la sangre me bullía en mi interior. No pensaba en nada desagradable. Solamente me dejaba llevar por ese sol, por el cielo azul por el olor de los caballos y de las mujeres. Me tomaba una

cerveza, encendía un cigarrillo y creía en Dios cuando alguna mujer pasaba junto a mí y me decía cuidado nene y yo le decía claro nena sigue tu camino. Esos días inolvidables. Los llevo en la mitad de los huesos.

Eran días delgados que pasaban como por debajo de la luz de la tarde, como por debajo de la cerveza, como por debajo de Dios, días donde todo el mundo tenía una sonrisa en los labios y le decían a uno no te conozco, pero me caes bien, todo bien, claro.

Ese día había ido a apostar a mi caballo favorito: Creole. Realmente era mi última esperanza. Estaba sin trabajo y lo poco que me prestaban lo invertía en Creole. Creo que siempre apostaba por Creole porque me parecía que era un caballo que tenía un nombre honesto, limpio, fresco.

Esa tarde esperaba la carrera. Carril cuatro para Creole. Mientras esperaba a Creole, me tomé varias cervezas frías y me fumé varios cigarrillos. Observé la gente a mi alrededor. La mayoría estaban concentrados en sus apuestas. Hablaban, gritaban y se contaban las cosas que les había sucedido en la semana. A mi lado un anciano jubilado de chaqueta blanca y que olía a ajo

me dirigió la palabra. Me trató de muchacho y me empezó a hablar de que apostar era todo un arte y que debería ser considerado una de las bellas artes. Me dijo que sólo que había que pensar en los nombres de los caballos. Realmente esos nombres eran pequeños poemas de una o dos palabras, leves poemas de arena, licor, emoción, sol, crines y dinero. En resumen venir al hipódromo era la síntesis de la vida.

—Nada en el mundo tiene esos nombres tan sonoros como los caballos, ni siquiera las mujeres, —agrego el anciano que olía a ajo.

Púrpura Profunda, Mariposa del Tibet, Cuba, Capitán Berlín, Comandante Cero, LSD, Estrella Polar, Orión, Sandinista, Mermelada. Todos eran nombres de fuerzas, nombres que invocaban otras cosas. El anciano me dijo que todos los sábados eran sus días sagrados. Se ponía su chaqueta blanca, que le había regalado su mujer y se venía al hipódromo a gastar el día viendo como LSD, Sandinista, Cuba y el Capitán Berlín sudaban y corrían bajo el sol de la tarde.

—Vea. Púrpura Profunda es una yegua atroz. Siempre parte por el carril número uno. Es una yegua

casi diosa, un ángel. No más hay que ver cómo entrecruza las manos y las patas. Uno, dos, uno, dos. Es una sinfonía sobre la arena. Mariposa del Tibet es otra yegua preciosa, espectacular. Parece hecha de nieve, de viento fresco. Carril número dos. Cuídese de los ejemplares de más de tres palabras. Desconfíe de ellos, muchacho, fíjese en Cuba. Es un macho joven, perfecto. Carril número tres. LSD. Puro veneno en sus patas. Es como los hongos. Como peyote del desierto.

En todo caso al rato me aburrí de la conversación del anciano que olía a ajo y fui por una cerveza. Quería cruzarme con la gente, con las mujeres de blusas vaporosas que fumaban cerca de las barandas y que hablaban de ir a la playa a tomar el sol. Mientras avanzaba hacia el bar del hipódromo todo a mi alrededor olía a arena, a sudor, a Chanel número 5, a labial rosado. La tarde estaba hecha de un poco de LSD, de un tanto de Heineken, de tabaco rubio de Virginia, de crin de Capitán Berlín, de champú de fresa contra la resequedad del pelo, de jeans azules, de kilométricos de minas azules y negras, de gafas de sol y de miradas que se incrustaban en la pista de arena.

Creo que fue al regreso cuando tropecé con una mujer que llevaba en sus manos el diario. Pedí disculpas. La mujer olía a lavanda, a tarde de sábado. Olía como si hubiera estado sobre la hierba fresca leyendo la página de los caballos. La miré a la cara y en sus ojos vi a Púrpura Profunda, a LSD y me dieron ganas de decirle muñeca no quiero problemas, sólo quiero oler tu perfume, sólo quiero pasar la tarde junto a ti, sólo quiero que hablemos y que nuestras palabras se vayan con el humo azul de nuestros cigarrillos. Muñeca, sólo quiero meterme un poquito más allá de tus olorcitos, todo bien. Nos sentamos. Le ofrecí un poco de Heineken. Me habló y su aliento pareció que olía a como debía oler el aliento de Marilyn Monroe: a rosas rojas en medio de la turbina de un DC-3 plateado en una noche de lluvia. Esta mujer que estaba a mi lado expulsaba palabras que olían a tinte dorado, a faldas blancas, a cigarrillos rubios con café y brandy. Me dijo que se llamaba Amarilla y que todo bien, fresco loco, que me sentara junto a ella, que le hablara, que le dijera muñeca todo bien, que ella también respondería todo bien, que no quería problemas.

—A qué te huelen tus sábados? Los míos huelen a brandy y rosas podridas —me dijo Amarilla mientras encendía un cigarrillo. No supe qué inventarle. Para salir del apuro le respondí que no me gustaban las rosas y que mis sábados olían a lata vacía de cerveza. En todo caso no fue una respuesta genial, pero Amarilla se sonrió y yo me deje llevar por el olor de su tabaco, por el perfume de su cuello y por ese desasosiego que emanaba de sus palabras.

Le hablé a Amarilla de Creole. Amarilla iba a apostar por el Capitán Berlín. Sin embargo, Creole no ganó esa tarde y tampoco el Capitán Berlín. Hacia las seis de la tarde salimos del hipódromo y fuimos a un café en la avenida Blanchot a tomarnos una copa. Caminamos en silencio. Fumamos mientras observamos la eterna caída de las hojas secas. El bar estaba un poco aburrido. La gente estaba como apagada, como si llevara huesos de plomo debajo de sus vestidos y entonces me pareció que Amarilla se estaba aburriendo y que había que hacer algo, había que decirle algo y entonces le solté algo, oye muñeca no te aburras y ella me dijo fresco muñeco no me aburro, pero al final todo

bien. Sí, todo bien. Amarilla estaba todo bien. Todo bien sus labios rojos. Todo bien sus manos que encendían los cigarrillos. Todo bien muñeca cuando me dijiste Sven tranquilo muñeco otro vodka, claro muñeca, todo bien. Todo bien el olor de Amarilla. Todo bien, la noche, el bar, la música, el vodka, Light my fire, en fin, todo bueno muñeca cuando encendiste mi fuego, todo bien muñeca. Al principio hablamos de nuestros respectivos trabajos. Amarilla trabajaba haciendo traducciones. Yo le conté a Amarilla que me acababan de despedir del diario, donde trabajaba desde hace algunos años en la sección de deportes, pero le dije, tranquila, todo bien muñeca, es suficiente que estemos los dos aquí, todo bien y que me digas muñeco y yo te diga muñeca mientras la noche se desangra en el fondo del vaso de licor, todo bien.

Después la acompañé hasta su apartamento y nos despedimos y le dije que quería verla al otro día, que ese día había estado todo bien y que deseaba que al otro día todo estuviera bien muñeca y ella me respondió mientras encendía un cigarrillo, claro nene, todo bien mañana nos vemos, pero me indicó que no la llamara

antes de las diez de la mañana porque a esa hora siempre estaba vuelta mierda y no del todo bien, claro.

Caminé por la avenida Blanchot y desde ese día supe que Amarilla estaba hecha de mucha oscuridad, pero al mismo tiempo de mucha luz, como si se hubiera revolcado durante miles de años en la espuma del mar, en las estrellas, en la arena, en las sombras y de pronto se me hubiera aparecido así, casi perfecta, casi diosa, casi animal. Me acorde de su aliento a Marilyn Monroe. Mi cuerpo estaba impregnado de ese olor a rosas rojas y violentas en medio de la turbina de un DC-3 en una noche de lluvia.

Llegué a mi apartamento y marqué con el kilométrico de mina negra el calendario de cigarrillos Pielroja donde aparecía una mujer de dientes blancos fumando un cigarrillo mientras reía. No podía dormir. Me puse a escuchar música y me recosté en el sofá mientras sonaba la Sinfonía No.5 en Do menor Op. 67 de Beethoven ejecutada por la Orquesta de Conciertos Lamoureux dirigida por Igor Maketevitch. Me fumé un cigarrillo y hasta mí llegaron los gritos de esa tarde, en la crin de LSD, la espuma dorada de la Heineken, el

labial rosado de Amarilla. Era como si esa tarde la hubiera vivido a través de las gotas de lluvia de un vidrio, como si esa tarde se hubieran reunido todos los segundos, todos los minutos, todas las horas, todos los olores, todos los colores que me permitieron conocer a Amarilla.

Al otro día, domingo, llegué a primera hora a su departamento y me recibió con un hola precioso todo bien? Claro Amarilla todo bien. Luego fuimos a caminar sin rumbo fijo. Compramos los diarios y nos sentamos en una banca de un parque. Parecíamos dos pequeños colegiales leyendo los libros escolares antes de que pasara el bus. Realmente no sabíamos de qué hablar, pero todo bien.

Amarilla hizo una anotación curiosa. Me dijo que los domingos siempre esperaba encontrar en los diarios una noticia especial. Algo fuera de lo común.

—Siempre abro el diario y espero leer noticias como por ejemplo hay una nueva receta de mariposas con dinamita o algo así. —Después caminamos por la avenida Blanchot. Entramos a un almacén de chocolates. Desde que era chico no entraba a esa

tienda. Una señora obesa y demasiado blanca nos atendió. Me pareció que sus senos eran como dos enormes quesos tilsit. Los chocolates tenían figuras de animales. Águilas, perros, gatos, serpientes de chocolate. Amarilla compró una libra de águilas de chocolate. Salimos y fuimos a un parque a comernos los chocolates. Amarilla empezó a contar que cuando era pequeña una vez se le apareció Santa Claus. Pura mierda.

Creo que hacia el medio día nos metimos a una película. Durante la proyección Amarilla se recostó en mi brazo y cada vez que alguno de los personajes hablaba Amarilla repetía el diálogo. Después salimos de nuevo a las calles, de nuevo nos metimos a ese olor a gasolina con sotana cural que tienen todos los domingos. Fuimos al malecón y Amarilla fue dejando caer una a una las hojas de los diarios sobre el agua del mar. Nos comimos toda la libra de águilas de chocolate. Toda la tarde nos quedamos observando los barcos que salían de la bahía. En la tarde fuimos a las fábricas. Anduvimos por aquellas calles llenas de humo y aceite y nos acercamos a los vagos que se calentaban

las manos encima de pequeñas hogueras buscando a Pink Tomate, un gato que se le había perdido a Amarilla, un gato al que Amarilla le contaba cuentos en las mañanas, un gato todo bien, que se había ido tal vez para la mierda y entonces seguimos caminando por esas calles y Amarilla se acercó a los vagos y les dijo muchachos la han pasado bien? Y ellos le respondieron no tan bien como tú preciosa y mierda ese día recorrimos toda la zona de las fabricas buscando a Pink y al final ya estábamos cansados y yo lo único que tenía ganas era de tenderme sobre la hierba y escuchar la voz de Amarilla diciendo la has pasado bien?, pero ella seguía obstinada buscando a Pink Tomate hasta que se nos acabó el whisky y yo le dije muñeca ya no doy más y ella dijo está bien muñeco todo bien. En todo caso Pink Tomate se había escapado desde hacía una semana y no había aparecido y para Amarilla eso era fatal. Pink Tomate era su única compañía. Pura mierda.

Ningún vago dio razón de Pink Tomate a pesar de la detallada descripción que dio Amarilla. Amarilla les dijo, mierda, que Pink era un gato que le gustaba el licor y que si uno se ensopaba la mano con el alcohol

venía y le lamía la mano lentamente como si fuera el último sorbo, que era un gato con problemas, qué vaina, pobrecito, pero que era un gato todo bien, un gato que la pasaba bien. Un vago sacó alcohol de su bolsillo una botella y se restregó las manos en alcohol.

Finalmente llegamos al puente. Ocho de la noche. Amarilla miró hacia las fábricas. Enormes penachos de humo se infiltraban entre las nubes de aquel cielo de domingo. La ciudad olía a cebolla. Amarilla llamó a Pink Tomate desde el puente.

Después nos metimos a un bar de la calle Zebina, entre carreras 56 y 57, abajo del parque donde partían los buses. Bar Los Moluscos. Pedimos un par de copas de vino.

En Los Moluscos el ambiente estaba algo caliente. Sonaba Wild Thing de Hendrix y varios borrachos se preparaban para hacer una pelea al interior del bar.

Amarilla fue al baño y me dijo que siempre que había pelea en un bar se sentía en una fiesta y que tenía que ir frente al espejo y echarse labial y decirse frente al cristal ésta es tu noche nena mientras se daba cachetaditas y yo le dije está bien nena aquí te espero.

Cuando se estaba terminando Wild Thing un borracho le estalló una botella de vodka a un hombre de gafas verdes y camisa azul, que parecía sacado de un cromosoma del abominable hombre de las nieves. Amarilla llegó del wc, se sentó al lado mío y se puso a mirar la pelea desde la barra. Movía sus brazos como si espantara moscas invisibles, indivisibles. Sus manos por momentos se perdían en las nubes del humo azul del tabaco. Su voz sonaba como una lata vacía de cerveza y yo le dije muñeca esto está muy heavy, pero ella estaba feliz y me dijo no me jodas muñeco, no me jodas porque cuando suena Wild Thing you make my heart sing me emociono y no pienso en nada más, tranquila muñeca no quise decir eso, fresco loco, no me jodas muñeco que cuando estoy en un bar me gusta sentir el calor de las peleas, me gusta sentir las miradas tristes que me dicen oye aquí estoy yo y allá estás tú, ven y háblame un rato, fresca muñeca no te vuelvo a decir eso, no me jodas cuando bebo mi whisky muñeco, déjame en paz y entonces nos quedamos otro rato viendo la pelea del bar y luego seguimos tomando y hablando y cuando iban a cerrar el bar Amarilla me

dijo oye cómo va y yo le dije oye cómo va, todo bien muñeca.

Después nada especial. Llegó la policía y se llevó a los borrachos. Estuvimos un rato más en Los Moluscos. Cuando salimos la noche se había tomado por asalto el domingo. Las calles estaban desiertas y yo tenía en la mitad de los hueso, en la mitad de la sangre el olor de Amarilla, el olor de ese domingo lleno de whisky, águilas de chocolate, babas, nalgas, lluvia, noche, peleas, wc, humo y desolación. Desamparo. Silencio. El bus. La sangre. El licor. El bar. Los puños. El olor de la sangre derramada. El vodka. El domingo. Amarilla. Muñeco. Fresco loco.

Llegamos al parque, a la estación de los buses. Amarilla se subió al Meissen-Trinidad-Ruta 45E, Transporte sin Subsidio. El conductor esperaba a que el bus se llenara. Alguna gente estaba sentada en el bus. Aquel bus parecía un acuario sucio pleno de cabecitas inciertas metidas en humo, once y treinta y cinco pm, bolsas de almacenes Only y desolación. Amarilla se subió al bus. Me dio un beso en la mejilla. Me sentí como cuando uno tenía la primera novia y le tocaba

despedirse entre los arbustos al frente de la casa antes de que el papá saliera con el periódico en la mano como si fuera a espantar con las páginas de los clasificados los besos.

El Meissen-Trinidad Ruta 45E rompió el silencio de la noche y se perdió calle abajo. Al poco raro un bus se me acercó y me preguntó para dónde putas iba.

—Saigón, Segunda Etapa, —respondí. El hombre del bus me hizo una señal de que me subiera. Ya estaba finalizando el domingo. Durante el trayecto no se subió nadie y me puse a hablar con el conductor. Le conté que había conocido a una mujer que se llamaba Amarilla. También le conté que se le había perdido un gato llamado Pink Tomate y que si lo veía algún día durante el trayecto entre el bar Los Moluscos y Saigón, Segunda Etapa me llamara urgentemente al 67848484 con el 3 adelante porque habían cambiado el indicativo.

Aquella noche el sudor de Amarilla se me pegó a los sueños. Era claro que Amarilla era un sudo luego existo después de una copa de brandy, sudo luego hago el café, sudo, luego copulo, sudo, luego cago, sudo, luego me angustio, sudo, luego me arañas.

Amarilla era en esencia sudo, luego dudo.

Max miró hacia el cielo. Me dijo que ojalá esa noche no se apareciera ningún muerto en el Café del Capitán Nirvana. El mar bullía como si un millón de ballenas estuvieran revolcándose en el lecho del océano entre los moluscos, los tiburones y los cascos de los barcos hundidos. No sé qué pasaba. El día olía a atún. Era como si Dios hubiera creado este mundo a partir de una lata de atún de contenido 200 gramos. Max sirvió más vodka y yo le dije a Max oye cómo va y Max me respondió oye cómo va, todo bien.

LLUVIA TRIP TRIP TRIP

Desde que el viejo Job se murió a veces Lerner, el gato tímido, me acompaña en las noches a recorrer los techos de la ciudad. Hoy recorrimos un techo muy particular: el techo de la casa de Altagracia. Altagracia es una mujer solitaria y vive cerca del apartamento de Amarilla. Creo que nunca se ha casado. Varias noches la hemos estado observando. Es bien rara esta Altagracia. Se toma un café negro sin azúcar, escucha you shook me all night long una y otra vez you shook me all night long, se fuma un cigarrillo, agarra el teléfono trip trip trip, marca un número, tira el teléfono con rabia, le escupe a las matas y yo le digo al tímido Lerner que se caga de frío al lado mío, mierda Lerner qué cosa tan seria de vieja y Lerner me contesta, si tú lo dices viejo Pink Tomate es porque es así.

Ocho de la noche. 8 pm. Noche. La noche está fría. Clara. Huele a labial, a mujer rodeada de oscuridad. La noche.

Altagracia. Su camisa roja. Claro. El cielo negro.

Altagracia abre las cortinas de su apartamento. En el interior se ve una mesa con un florero. Parece que tiene invitados porque dispone todo al parecer para una comida. Mentira. Es sólo un invitado porque pone los cubiertos para una persona. Lerner está que se duerme, qué cosa tan seria y allá adentro Altagracia barre el apartamento con una escoba y baila you shook me all night long de aquí para allá, mierda y Lerner está que cierra los ojos y entonces lo araño y le digo que se ponga mosca y Lerner me responde que está bien, que me calme. Altagracia debe tener unos cuarenta años. Tetas más o menos. Culo más o menos. Piernas más o menos. De todos modos creo que con un par de vinos la cosa mejoraría notablemente. Altagracia es de esas mujeres que hay que sumergir en el olor del alcohol, de esas mujeres que sueltan palabras llenas de sudor y desesperación, palabras en todo caso que hacen eco dentro de la confusa botella ebria de los días. Pasa una hora, tal vez hora y media.

Allá abajo la ciudad está que bulle. Es viernes y por eso los habitantes van de un lado para otro buscando un vaso de vodka con hielo, una silla, un cigarrillo, unos

labios rojos y carnosos que hablen y dejen escapar esas palabras rasgaditas, esas palabritas nocturnas que salen oliendo a whisky, a lengua seca, a humo azul, a semáforo en rojo y amarillo tú me sacudes toda la noche trip trip trip.

Ahora Altagracia pone dos platos blanquitos y limpiecitos con unas frutas. Después va a la cocina y regresa con una botella de vino. Mierda, qué romanticismo tan idiota. Sólo faltan las velitas para que se digan idioteces bajo la luz tenue, cosas como oye nene ven para acá y me hablas cerca del corazón. Mierda, es cierto. Altagracia instala un candelabro con dos velitas. A lo mejor el hombre que venga sea sensato y vaya directo al grano y le chupe las tetas sin tanto preámbulo. Le comento a Lerner mi pensamiento y me contesta, si tú lo dices es porque es así viejo Pink Tomate. Mierda, qué cosa tan seria con Lerner. Siempre me da la razón. A veces pienso que es perro y no gato trip trip trip. Ahora sí. Comienza la acción. Ding dong. Suena el timbre. Un hombre llega. Un beso en la boca. Ding dong. Dientes. Lengua. Ocho de la noche. Ding Dong. Una erección. Una teta, una nalga,

una noche, una botella, una desesperación. Ding dong. La lengua. Las babas. Las manos. El olor a whisky y a sangre. El hombre le mete toda la lengua a Altagracia y con una mano le acaricia las nalgas más o menos de ella. Altagracia lo hace seguir, cierra la puerta y se abre un botón de la camisa. El hombre se sienta en el sofá y enciende un cigarrillo y le dice que ella es como un diamante loco en la mitad de la noche y entonces Altagracia le responde tranquilo muñeco no es para tanto. Mierda, qué cosa tan tenaz de frase trip trip trip. Después pasan a la mesa. Altagracia apaga las luces y enciende las velitas maricas. Claro, un poco de música you shook me all night long trip trip trip. Comen despacio, sin afán. El hombre la mira a los ojos. Altagracia mira su plato y a veces levanta la mirada. El hombre le levanta la falda por debajo de la mesa con su zapato y entonces le digo a Lerner que, oye gato güevón pon atención y Lerner me responde claro Pink, voy a poner atención. El diamante loco. Las piernas. El sudor. Las babas. Un beso, Mi amor. Mi muñeca. Mi diamante loco. El zapato penetra la zona oscura de Altagracia trip trip trip, qué diamante tan loco tienes allí

adentro Altagracia y qué vaina, para la mierda la puta comida, qué cosa tan seria. El hombre se para, se abre la camisa, lanza para la mierda los platos y el candelabro, agarra a Altagracia, le abre la camisa, le coge las tetas, y la pone encima de la mesa con violencia y le coge las nalgas, eso es, así se procede, le chupa las tetas y Altagracia le dice así muñeco, así muñeco y el tipo se ahoga en los sudores reprimidos de aquella mujer llena de diamantes locos por todo el cuerpo, así muñeco, así trip trip trip. Mi diamante loco. Las babas. Las piernas. El sudor. La muñeca. El muñeco. La noche.

Ahora se hallan sobre la mesa, sobre el mantel. Altagracia se incorpora. El hombre enciende un cigarrillo y mira hacia el techo. Expulsa el humo lentamente sin afán y tal vez sueña con esas nalgas llenas de diamantes rojos y locos como los tomates. Mierda, qué cosa tan seria trip trip trip. Ojo. Altagracia se acerca por detrás. En su mano tiene una pistola. Muñeco así es que se hacen las cosas, le dice. Pum. Pum. Scracht. Zas. Ohh. Ugh. Dos disparos cerca del corazón. Puta mierda trip trip trip. El hombre muere

con una sonrisa en sus labios. Le digo a Lerner que ese hombre tal vez murió pensando algo así como muñeca qué diamantes tan asesinos tienes en la mitad de tu cuerpo y entonces Lerner me responde puta mierda Lerner, qué sabio eres y yo le digo que es a causa de los tomates, el whisky, la soledad, la desolación y todos esos techos jodidos por la lluvia trip trip trip. Altagracia mueve al hombre y lo lleva al sofá. Después lo viste y le limpia la sangre. Cuando ya parece estar listo, quita el mantel de la mesa y mierda, aparece debajo un féretro negro que brilla bajo la luz pestilente de los bombillos. Altagracia abre el féretro y mete allí al hombre y vuelve y pone el mantel, las velitas maricas y los platos y luego coge y marca un número telefónico y dice aquí te espero muñeco, no tardes mucho. Cuelga y entonces le digo a Lerner qué cosa tan rara de mujer y Lerner me responde que si yo lo digo es porque es así. Seguimos nuestro camino y nos vamos a otro techo. Diez de la noche. Viernes.

Lluvia trip lluvia trip luvia trip trip trip. El diamante loco de la noche. La noche. El sudor. Trip trip trip. La muerte. La lluvia.

ÁNGEL DE MI GUARDA

Estábamos con Max jugando ajedrez. El mar nos hacía llegar todo su envolvente murmullo de ballenas asesinas. Cuando estaba a punto de propinarle un jaque mate a Max, un fuerte olor a sudor y a whisky inundó el Café del Capitán Nirvana. Era Gary Gilmour. Max se levantó rápidamente y abrazó a Gary. Gary era realmente grande. Parecía sacado del tronco de un árbol o algo así. Después Max fue a la barra y trajo una botella de whisky. Gary se sentó en la mesa de nosotros. Max estaba emocionado.

La noche olía a whisky green stripe 100% choice scotch J&G Stewart Ltd Edingburgh Scotland Estd 1779. Gary se tomó el primer trago de un solo jalón y le preguntó a Max sobre la pelota de béisbol que le había regalado.

Gary dijo que efectivamente había estado en Zimbawe después de su ejecución en la silla eléctrica. Algo horrible en todo caso. Sin embargo, Dios no lo había designado como pastor de cebras, sino como

pastor de aves. Todas las mañanas Gary contaba aves en las ramas de aquella sabana amarilla, seca y tranquila inundada por varios ríos. Las que más le gustaban eran las águilas pardas y los halcones negros. Gary le preguntó a Max que había pasado después de la ejecución.

Durante varios años la rutina de Max consistió en regar sopa de paquete para alimentar a las palomas de la prisión y en hacer rebotar la pelota de béisbol contra el muro para recordarle a Dios que Gary Gilmour no debía estar en el Infierno sino en una pradera de Zimbawe como pastor de cebras blancas y negras, blancas y negras.

Unos años después el guardia Monroe murió. Tal vez de tristeza. En todo caso el entierro fue triste y Monroe pidió que lo enterraran junto a Gary Gilmour, es decir cerca del único árbol de la prisión.

En los últimos días Monroe llevaba a Max y a su madre a la playa. Parecían una familia normal, feliz. Salían los viernes en la mañana de la prisión. Iban primero a desayunar a un sitio decente y Monroe pedía café negro, crema y tostadas con mermelada para

todos. Después iban a la tienda del señor Gore y Monroe le compraba a Max una pelota de colores y cigarrillos para La Pielroja. Todos los viernes Monroe llevaba a cabo el mismo ritual. Con el tiempo Max tenía una considerable colección de pelotas de playa de todos los colores que fue acumulando en una celda de la prisión.

Monroe alquilaba un pequeño camión y en el platón acomodaban las pelotas. Max se montaba en el platón con las pelotas y dejaba que el viento seco lo despeinara, que le despeinara los sueños, las manos llenas de soledad, los dientes llenos de palabras secas. Monroe prefería los viernes porque no había nadie en la playa. Llegaban a la playa y La Pielroja extendía la toalla de mariposas azules. Monroe encendía un cigarrillo y sacaba su botella de whisky para ensopar esa mañana triste de viernes con un poco de green stripe 100% choice scotch J&G Stewart Ltd Edingburgh Scotland Estd 1779 ven para acá Pielrojita y me calientas los huesitos deja volar las mariposas tristes azules rotas de la toalla de arena viernes mierda un fósforo mar azul dolor de estómago ven para acá

Pielrojita y me calientas los huesitos. Después Max se ponía a jugar en la arena mientras las gaviotas llegaban atraídas por los colores amarillo azul rojo violeta naranja viernes triste de las pelotas.

Generalmente Monroe se sentaba en la toalla junto a la Pielroja y se quedaba en silencio mirando el mar, el cielo, los barcos, las olas, las gaviotas. Entre tanto la Pielroja dormía plácidamente y tal vez soñaba con una casa llena de flores y patos salvajes que aleteaban sobre la sopa de minestrone.

Hacia el medio día Monroe iba al puerto con Max y traía algo de comer. Después dormía la siesta sobre la arena del mar. Hacia las cuatro de la tarde cuando el cielo estaba azul y las gaviotas bajaban y subían, Monroe le decía a Max que había llegado la hora de echar las pelotas al mar. Entonces se ponían a escribir sobre las pelotas amarillo azul rojo violeta viernes triste gaviotas whisky arena viernes. Al cabo de una hora, a las 5 pm, esa hora confusa, donde las olas, la espuma y el sonido del aire revuelcan los recuerdos y los intestinos terminaban. Monroe se limpiaba la arena del cuerpo y cogía la primera pelota y la soltaba sobre las

olas del mar. Una, dos, tres, cuatro, cinco pelotas amarillo azul rojo violeta viernes triste gaviotas whisky arena viernes se iban lentamente mar adentro mientras la Pielroja fumaba sentada encima de su toalla triste de mariposas azules.

Después regresaban a la prisión. Sin embargo, antes Monroe los invitaba a un pequeño restaurante. Comían pavo y tomaban whisky. Todo para terminar de matar esos viernes rotos, confusos y tristes. Hacia las ocho de la noche entraban a la prisión y Max, como siempre se ponía a rebotar la pelota de béisbol de Gary Gilmour contra un muro de la prisión.

Monroe conducía a la Pielroja a su celda, pero antes de encerrarla le daba un beso en la mejilla, un beso, en todo caso que sabía un poco a green stripe 100% choice scotch J&G Stewart Ltd Edingburgh Scotland Estd 1779 pelotas amarillo azul arojo violeta viernes triste gaviotas whisky arena viernes toalla de mariposas azules rotas cigarrillos sin filtro de Virginia mierda déme un fósforo El Príncipe lic. 0999 aproximadamente 70 cerillas mierda deme un beso Pielrojita mierda acaríciame todos los huesos viernes

gaviota whisky cielo azul descomposición dolor de estómago camisa verde te ví Pielrojita.

Entonces Monroe murió una noche. Al otro día fue el entierro. No vino nadie. Monroe fue enterrado cerca de Gary Gilmour, cerca del único árbol de la prisión. Solamente estaban el sacerdote, la Pielroja y Max. La Pielroja dejó encima de la tumba de Monroe la toalla de mariposas azules que llevaba todos los viernes a la playa.

Después los días en la prisión se llenaron de tedio, de orines, de palomas tristes que bajaban todas las mañanas del cielo azul a los patios de la prisión a comer sopa de paquete que Max les regaba sobre el cemento gris.

Coincidencialmente fue un viernes cuando les dieron la libertad a Max y a su madre. Antes de salir de la prisión Max fue a la cocina y se robó todos los paquetes de sopa. Fue hasta el patio central y les regó un poco y con la sopa minestrone escribió Max Gary Gilmour Pielrojita Monroe Zimbawe viernes triste cielo azul palomas minestrone me voy sobre el cemento gris. Después se dirigió junto con su madre hasta el árbol

donde estaban enterrados Monroe y Gary Gilmour y rezaron en silencio mientras las palomas rompían el silencio de aquel viernes con su aleteo constante ángel de la guarda mi dulce compañía no los desampares ni de noche ni de día amén.

Era viernes, ocho de la mañana, cielo azul, dolor en las gargantas, tristeza en la boca del estómago. Un típico día de verano. Tal vez la costumbre los llevó a aquel restaurante donde Monroe los invitaba a desayunar café negro con crema y tostadas con mermelada. Pidieron tres desayunos. En todo caso tostadas, soledad, café negro, tristeza, mantequilla con viernes. La Pielroja, como siempre se hizo del lado de la ventana para ver pasar los autos. Comieron en paz y dejaron el otro desayuno, el de Monroe, intacto, rojo, desolado, ausente, sobre el mantel de cuadros rojos y blancos.

Posteriormente se fueron a la playa y pasaron aquel viernes solos, descompuestos, confusos. Max se durmió sobre el regazo de su madre y tal vez soñó con muchas pelotas amarillo azul rojo violeta viernes triste gaviotas whisky arena viernes toalla de mariposas

azules cielo azul roto dolor de estómago te quiero Pielrojita que se iban sobre la espuma negra de ese mar eterno y confuso.

Cuando Max salió de la prisión con su madre ya estaba bastante grande, Tenía aproximadamente veinte años y nunca se había acostado con ninguna mujer. Durante varios días caminaron por las carreteras. En todo caso Max siempre iba regando un poco de sopa de paquete de minestrone en el borde de las carreteras para que las palomas estuvieran ahí, debajo del cielo azul, encima del pavimento, cerca de sus sudores. Otros días corrían con más suerte y algún camionero los acercaba hacia algún lugar, pero no sabían cuál. En todo caso Max le decía a los camioneros que los llevara a una ciudad que tuviera parques con palomas.

Una noche llegaron a un pueblo y Max se enamoró de una chica. Tal vez se enamoró de ella porque estaba comiendo helado de una forma escandalosa. En efecto, chupaba ese cono de chocolate con ganas violentas, como si fuera un falo de chocolate y ron con pasas, como si tuviera ganas de lamer el falo de un elefante cansado. La chica vestía un traje de flores y tenía los

ojos claros. Sus ojos decían hola nene te tengo atrapado ven te chupo todo tu cuerpito aquí o donde sea.

El pueblo estaba en fiestas y el parque de diversiones estaba iluminado y las mujeres llevaban faldas y camisas de flores y los hombres se emborrachaban en las esquinas sin afán mientras fumaban envueltos en densas nubes de humo azul. Max se enamoró de los senos de aquella chica, de su mirada, de su olor a rueda de Chicago, de su perfume a whisky barato y camisa de flores y entonces le dijo que la acompañara al parque.

Entonces se dirigieron al parque de diversiones y Max le compró una pelota amarilla azul rojo y una cerveza. Era sábado. La gente estaba demente y los habitantes tenían sus culos rotos de la felicidad. El reloj daba las diez de la noche y el parque de diversiones olía a camisas de flores, a humo azul, a llévame a la playa y chúpame las tetas.

En la playa Max le habló a la chica, no sé tu nombre, de la ciencia de alimentar a las palomas en las tristes mañanas de los viernes. Era una ciencia

complicada porque había que tener en cuenta el olor de los vientos, el olor de los viernes, ese olor a pelota amarillo azul rojo violeta viernes triste gaviotas arena whisky que se acumulaba en el pliegue de los minutos.

Después Max echó la pelota hacia el mar y la chica lo esperó sobre la arena con su mirada de gaviota, de cielo azul, esa mirada de chúpame las tetas y seguimos hablando después.

Esa noche Max conoció el amor allí en esa playa, cerca de las luces amarillas y confusas del parque de diversiones y le pareció que las tetas de aquella chica, no sé tu nombre, eran más divertidas que las pelotas de playa amarillo azul rojo violeta viernes triste y que las piernas de esa mujer con mirada de gaviota cielo azul sabían un poco a green stripe 100% choice scotch J&G Stewart Ltd Edingburgh Scotland Estd 1779 chúpame las tetas no quiero saber tu nombre loquito sabes a paloma triste no sé tu nombre arena whisky cielo negro estoy mareado ábreme más chúpame lámeme destrózame y luego dormiremos aquí en la arena y soñaremos con luces de colores hasta cuando salga el sol no quiero saber tu nombre loquito yo tampoco sé tu

nombre loquita.

Max y la chica se quedaron toda la noche en la playa hasta que salió el sol. Estaban dormidos sobre la arena cuando los primeros rayos del sol salieron. Max abrazaba a la chica, no sé tu nombre. El traje de flores de la chica se encontraba lleno de arena, de pequeñas babas nocturnas y sus labios sabían a aceite de ballena negra, a aleteo de gaviota sobre el cielo azul. Cuando se despertaron, la chica miró hacia el cielo azul, hacia las gaviotas y le dijo a Max que le chupara una vez más las teticas antes de que empezara a llover.

Mientras le chupaba las tetas a la chica, no sé tu nombre, Max sintió que se le revolcaba el estómago, como si llevara allí adentro un millón de fuegos artificiales, como si la chica tuviera en la punta de sus senos, en su culo, un millón de dragoncitos inciertos que decían ven te tengo arena tócame no importa el cielo gris la lluvia sólo quiero que me chupes y que guardes mi olor para siempre a las diez a las doce a las cinco uno dos y tres otra vez. Se despidieron en el parque de diversiones con un largo beso mientras el mar los envolvía con ese olor a whisky y a ballena dormida que

tiene en las mañanas cuando las gaviotas se embriagan con la lluvia, con las nubes, con el olor sucio de la arena, de los calzones sobre la playa, con ese perfume de las latas vacías de cerveza, en fin, con ese aroma de chúpame las tetas y te vi perro para siempre otra vez será. Mierda siempre es así.

La Pielroja y Max siguieron su camino de ciudad en ciudad, de carretera en carretera. Cada vez que veían un urapán Max y su madre se acercaban y hacían una oración en silencio por Gary Gilmour y por el guardia Monroe ángel de mi guarda mi dulce compañía no los desampares ni de noche ni de día. Luego seguían su camino, sin afán, cobijados por el viento seco, el cielo azul, por las palomas.

Después llegaron a esta ciudad. Cuando vio el parque de la entrada a Max se le iluminaron los ojos.

La Pielroja entró a trabajar a una fábrica de ropa en el extremo sur de la ciudad y Max lo primero que hizo fue ir a la alcaldía a pedir puesto como alimentador oficial de las palomas de los parques de la ciudad.

Todas las mañanas después de que su madre se iba para la fábrica, Max se introducía a los parques.

Bajaba por la 28, comía mandos en la esquina, se miraba en las vidrieras desde la droguería Providencia y bajaba hasta el parque. Entonces se subía a los urapanes, recordaba a Gary Gilmour y al guardia Monroe y esperaba a que las palomas bajaran del cielo, del viento y del silencio mientras rezaba ángel de mi guarda mi dulce compañía no los desampares ni de noche ni de día amén viernes triste cielo azul. Un día, exactamente un viernes, Max fue conducido a la comisaría porque cerca del parque un camión atropelló a una paloma. Max cogió a golpes al conductor y rompió las botellas de la leche contra el pavimento. La Pielroja tuvo que venir a sacarlo. Max estuvo doce horas detenido en la comisaría y le extrañó que no hubiera palomas en esa pequeña prisión.

Desde ese día Max no volvió a los parques. Durante varios meses La Pielroja intentó buscarle un trabajo. Finalmente Max consiguió empleo en una lechería. Su trabajo consistía en repartir leche en una Ford roja con pito de vaca junto a otros dos muchachos, La Babosa, cuyo mayor sueño era conformar una banda de asaltantes de bancos que se

llamara El Puño Silencioso y su acompañante llamado Daisy una figura que no se sabía si era mujer, hombre, burro o elefante porque se vestía con trajes un poco escandalosos y su voz sonaba como una corneta llena de agua, llena de orines. La Babosa conducía el camión y Daisy y Max eran los encargados de repartir la leche. Empezaban el recorrido en la 20 y lo terminaban en la calle 46. Cuando terminaban paraban en la cafetería Bugalú y tomaban un tinto mientras fumaban y hablaban de los partidos de fútbol, de las canciones de moda, de tetas, de culos, del olor a orines que tenían las calles y los parques, de la última anfetamina, de la lógica de la heroína, del olor de los calzones rosados, que siempre olían a sábado por la noche, a ven y te levanto el ánimo muchacho.

La Babosa quería tener mucho dinero, conseguirse una rubia de tetas grandes y vivir lejos de la ciudad rodeado del brillo de las botellas de whisky. Daisy, por su parte, soñaba tal vez con ser arquero de algún equipo de fútbol o de pronto poner una peluquería que tuviera en una pared un afiche de Richard Gere sonriente. En todo caso La Babosa le decía que había

mucho billete para soñar, para gastar, que cuando llegara el momento saldrían en los diarios cagados de la risa, cagados en oro y ojalá junto a la página de caballos. A Max le sonó la idea y pensó en regresar a aquel pueblo donde había conocido a aquella chica de senos grandes, no sé tu nombre, para llevarla también lejos y chuparle las tetas antes del desayuno.

Los viernes en la noche Max, Daisy y La Babosa se reunían en el bar Triste México a gastar la noche, a hablar de aquellas mujeres de vestidos de flores que salían por la leche mientras el cielo estaba azul, esas mujeres de senos con pecas, de labiales rojos, de ojos negros y verdes y azules que salían de las casas cuando La Babosa hacía sonar el pito de vaca de la Ford, de esos días llenos de sol, de pecas, de tedios, de música triste.

En todo caso La Babosa tenía bien planeado el recorrido. En la 38 había una mujer que siempre estaba en la ventana esperando el pito de vaca. Cuando la Ford aparecía en la esquina la mujer salía a la puerta y La Babosa le decía a Max que terminaran de hacer el recorrido y que lo recogieran en una hora.

—Güevones sigan andando, yo me voy a hacer mi ejercicio matinal, —decía La Babosa mientras se miraba en el espejo retrovisor.

Entonces La Babosa se bajaba de la Ford y se metía con aquella mujer de pecas, esa mujer que debía oler un poco a vaca, un poco a potrero, a hierba seca. Max se ponía al volante y Daisy repartía la leche. Esas mañanas olían al perfume barato de Daisy, a sus palabras escandalosas, a sus sueños de mariquita que repartía la leche pasteurizada. Daisy siempre hablaba de lo mismo, de los chismes de Vanidades obladioblada estoy mamado de repartir leche obladioblada dos bolsas de leche aquí tres bolsas de leche allá ahí viene la señora histérica obladioblada debería estar en algún cabaret llenando mis pulmones de humo azul de tristeza de cebolla obladioblada doble por esa esquina güevón obladioblada.

A las diez de la mañana pasaban a recoger a La Babosa. Después de echarse su polvo matinal La Babosa se sentía inmortal, encendía un cigarrillo e invitaba a Max y a Daisy una cerveza. Luego se iban a la lechería a gastar el día jugando dominó y a hablar

mierda.

Una noche estaban en el bar Triste México. El humo, la gente, los asientos olían a esa canción, take it easy take it easy y las mujeres iban y venían envueltas por un no sé qué, por ese no sé qué que eran sus vestidos de flores, por ese no sé qué que eran sus dientes blancos, por ese no sé qué que eran sus tetas de perritas flacas y tiernas, por ese no sé qué que era el olor de sus cuerpos, por ese no sé qué que eran sus pies, por ese no sé qué que era chúpame las tetas por favor aquí y ahora, por ese no sé qué que era levántame la falda y méteme las manos, los dedos, cerca de mi olor, de mis olores, por ese no sé qué que eran sus manos llenas de cerveza, de lluvia, de silencios.

La Babosa había pedido cerveza para todos, pero Daisy dijo que prefería algo más fino, más delicado. En la televisión pasaban una pelea de boxeo y todo el bar estaba atento al jab de derecha, al jab de izquierda. En la mitad de la pela entró al bar un hombre de unos 40 años de edad y venía acompañado de aquella mujer con la que La Babosa hacía ejercicios matinales cuando repartían leche. El hombre llevaba a la mujer a las malas

y se dirigió a la mesa donde estaba La Babosa y lo cogió por la camisa azul que se ponía todos los viernes para ir a los bares y le plantó un puño en la mitad de la cara take it easy. Mierda, se formó una pelea tremenda. Daisy se escondió debajo de una mesa para que no se le dañaran sus pantalones blancos, esos pantalones de bota ancha llenos de pepitas, pepitas que decían ese soy yo, pepitas que decían no sé si soy hombre, mujer, hombre, burro o elefante, pepitas para salir los viernes, pepitas para jugar con la vida con un poco de whisky, soledad y cigarrillos.

En todo caso La Babosa salió mal librado de aquella pelea take it easy. Después de la pelea Daisy se puso a curarle las heridas a La Babosa. En definitiva, su camisa azul quedó hecha una mierda. Por todos lados quedó lleno de sangre, de babas, de licor, de miedo. Sin embargo, al poco rato fue al baño y se miró al espejo y se vio reflejado take it easy en el cristal sucio del Triste México y mierda pensó que otra vez llegaba ese olor a sangre que tenían los días take it easy. Se terminó de limpiar los rastros de sangre, cagó mientras fumaba tranquilamente y soñó con la Ford roja en

medio de un potrero lleno de mujeres que tenían los senos como las vacas. Luego salió y se dirigió a la mesa. Estaba eufórico.

—La próxima vez me levanto una mujer que no tenga pecas y le hago el amor en la mitad de un potrero sembrado de naranjas, —dijo La Babosa mientras pedía otra ronda de cerveza.

Al poco tiempo la babosa fue echado de la lechería por haberse robado una plata.

Los días posteriores fueron bastante aburridos. Max iba al volante. Daisy repartía la leche, pero los días, las mañanas ya no eran lo mismo. Faltaba la cagada de La Babosa, faltaban sus cigarrillos, sus chistes, sus invitaciones a cerveza a hablar de fútbol, de culos, de tetas. No había duda. La Ford roja empezó a oler a Daisy, un poco a burro, un poco a elefante, un poco a obladioblada perfume barato. Sin embargo, todos los viernes se encontraban en el bar Triste México.

Un viernes La Babosa les llegó con una noticia. Les dijo que tenía un plan para sacarlos definitivamente de aquella Ford roja, que iban a ser millonarios, que se

pondrían camisas de verano por el resto de sus días. La Babosa tenía todo preparado para asaltar un banco en la avenida Blanchot y requería la colaboración de Max y Daisy para llevarlo a buen término.

—Oye Max, allí sólo van viejitas y maricas a consignar. Eso va a ser par comido, —les aseguró La Babosa.

Sin embargo, Max estaba preocupado y le hizo notar su duda a La Babosa.

—Oye Babosa, Gary Gilmour me dijo que para ser alguien debía robar un tren o algo así.

En todo caso La Babosa siguió adelante con el plan. La Babosa estaba seguro que todo iba a ser un éxito porque nadie se iba a imaginar que un travesti y un loco con cara de paloma fueran a asaltar un banco.

La preparación del asalto duró un mes. Todos los sábados por la tarde los tres se iban a las colinas a ensayar tiro al blanco. Era importante que por lo menos Daisy, que sólo sabía manejar tijeras aprendiera a maneja una puta pistola. Llevaban cerveza y cuando se aburrían se tendían sobre la hierba, le disparaban a las nubes y hablaban del futuro que tenía el color azul del

cielo y pensaban que el cielo azul era estar en la playa con una botella y una mujer de camisa blanca, cielo azul era estar con una mujer que se llamara Miel, Melaza, Panela, Azúcar, cielo azul era escuchar música todo el día, cielo azul era ir a más de cien por hora, cielo azul era ir por la calle meterse en un bar, hablarle a una desconocida, preguntarle el número telefónico, chuparle las tetas y luego llevarla a cine, cielo azul era caminar por los parques sin pensar en nada, cielo azul era tener cara de berenjena y no importarle, cielo azul era tener una botella de whisky siempre al lado, cielo azul era caminar descalzo sobre la arena de la playa, cielo azul era montarse a un bus y no ir para ningún lado, cielo azul era alimentar a las palomas, cielo azul era acariciar el pelo de una mujer en la oscuridad, cielo azul era comer naranjas en la ventana, cielo azul era fumar y tomar café negro con dos cubos de azúcar, cielo azul era, en fin, cagar en paz.

La noche anterior al asalto estuvieron en el Bar Triste México ajustando detalles. Max era el que iba a quedarse en la puerta. Luego de unos tragos en el Triste México cada uno se fue para su casa. Max subió

por la 32, luego cogió la cuarta y antes de llegar a casa se miró en la vidriera de la droguería Providencia. Luego fue al parque y se lavó la cara en el estanque de las palomas y durmió allí toda la noche.

En la mañana, antes de las nueve, fue a la esquina, se comió un mango y después se fue a un urapán y pensó en Gary Gilmour. Era lunes. Ocho y media, cielo azul, mango en el estómago. Antes de ir al punto de reunión rezó en silencio frente al urapán ángel de mi guarda no me desampares ni de noche ni de día amén.

Antes de las nueve los de la banda se encontraron en el reloj de la 30.

Indudablemente La Babosa era un experto en la materia. Cuando entró al banco se puso una media Dalia en el rostro. Lo mismo hizo Daisy, que iba con un horroroso pantalón blanco con flores negras. Daba la impresión de que iba para una orgía y no a atracar un banco. Max se quedó en la puerta con una Smith & Wesson. El atraco fue un éxito. A los cinco minutos salieron y se dirigieron a un chevy que los esperaba cerca. El chevy arrancó a toda velocidad y cogió por la calle que bordeaba el parque. Cuando pasaban por el

parque un perro atacaba a una paloma, cerca de un urapán. Entonces Max empezó a disparar como loco al perro y la babosa trató de calmarlo. El resultado fue que a Max lo expulsaron del carro y lo dejaron allí botado en el parque. Max le siguió disparando al perro y luego le disparó a las nubes, al cielo azul. Luego se confundió con la multitud, se subió al bus y se fue a la fábrica donde trabajaba su madre y lloró en su regazo.

Días después La Babosa apareció muerto con un tiro en la nuca. Lo hallaron en la playa. Daisy, por su parte, se cagó de susto y escondió la plata. A los pocos días salió de la lechería y se dedico a lo suyo. Todas las noches se instalaba en una esquina de la avenida Blanchot con su traje escandaloso, lleno de pepitas, lleno de mieditos, de sudorcitos, con un bolso, unas gafas negras, a esperar los autos, los pasajeros de la noche. Por su parte, Max se compró en el mercado diez palomas y las acostumbró a que andaran por la casa. Durante mucho tiempo no salió. Vivía feliz con las palomas y en las noches hablaba con su madre, La Pielroja, que llegaba mamada de la fábrica, con el cuerpo lleno de agujas invisibles.

Todas las mañanas estaban clasificadas según el estado de ánimo de las palomas. Por ejemplo, si las palomas llegaban solamente hasta los techos y se quedaban en línea, la mañana tenía la lógica envolvente de la heroína, esa lógica venenosa, irreal, de estar en línea bajo el cielo azul, esa lógica de que el mundo es una plasta de mierda amarilla llena de velitas que son las chimeneas de las fábricas y un hapiverdituyú. Si las palomas venían y se posaban en las ramas de los árboles, las mañanas sabían un poco a pan, un poco a ojas secas, a mantequillas con tambores, a café negro, a dolor de estómago, a me quiero matar con una inyección en la cabeza antes del mediodía, pero antes me como unas berenjenas con queso. Cuando las palomas se confundían con la gente en los parques, la mañana sabia a Browning, a Smith & Wesson. Por eso Max les disparaba desde su ventana, para espantar el olor de la mañana, ese olor a pólvora con trigo.

Gary Gilmour se había bebido dos botellas de whisky y se había fumado cualquier cantidad de cigarrillos. La noche estaba seca. Olía a sangre, a barro, a 11:45 pm, a cielo fatigado, a cielo restringido.

Gary dirigió su mirada hacia el afiche de una playmate, Mary Moon, que estaba pegado en una pared del Café del Capitán Nirvana. La pretty baby, Mary Moon, la playmate, ese animal en technicolor estaba detrás de la puerta con esos senos, con ese cuello, con esos ojos grandes, inmóvil, inmortal manchada, restregada con sudores, con miedos. Pretty baby que estás en los cielos, no nos desampares con tus senos, con tus muslos dorados, con tus enormes nalgas redondas que tapan el sol, la luna y las estrellas, no nos desampares ni de noche ni de día. Hasta la próxima oración, pretty baby. Mamita.

En verdad Gary fue de malas. Gary quería cuidar animales, pero la vida quiso que fuera asesino. En realidad no tenía cara de asesino, sino más bien de profesor de historia que en el fondo viene siendo lo mismo. Esa noche Gary se quedó con nosotros en el Café del Capitán Nirvana. Gary no nos dejó dormir y al otro día, cuando el sol estaba saliendo nos dijo que lo acompañáramos hasta un urapán que había visto por el camino porque quería orar un poco en honor al guardia Monroe. Fuimos con Gary, hasta el urapán. Gary

entonces sacó una botella de whisky. Siete de la mañana, cielo azul, mar en calma. El día olía a un poco de green stripe 100% choice scotch blended in Scotland J&G Stewart Ltd Edingburgh Scotland Estd 1779 ángel de mi guarda mi dulce compañía no lo desampares ni de noche ni de día amén.

HELGA, LA ARDIENTE BESTIA DE LAS NIEVES

Era lunes. O tal vez martes, no puedo precisarlo. Ese día jugamos béisbol con Max en la playa. Max sacó la pelota que le había regalado Gary Gilmour y jugamos toda la mañana sobre la arena. Cada vez que le lanzaba la pelota a Max le decía oye Max la curva número cinco?, y Max me respondía claro Sven la curva número cinco y entonces la mañana empezaba a oler a la curva número cinco y mierda Max parecía no cansarse de lanzar la pelota hasta que yo le decía nuevamente, oye Max esto es mucha mierda y Max me respondía efectivamente Sven esto es mucha mierda y finalmente terminábamos rendidos sobre la arena, llenos de sudor, llenos de luz, de tedio, con ganas de una copa de whisky con mucho hielo, con ganas de quedarnos en el Café del Capitán Nirvana viendo pasar los días bajo ese sol, esto es mucha mierda.

Después fuimos con Max al puerto. Entramos al bar Osiris.

Las mesas estaban rotas. Había algunos vasos todavía con licor. El Osiris olía a caballo viejo, a eructo, a labial barato. Nos sentamos en la barra y nos pusimos a hablar. Hacía un calor infernal. Las moscas revoloteaban a nuestro alrededor. Yo me senté en la esquina de la barra donde solíamos sentarnos con Amarilla cada vez que veníamos al puerto a ver los barcos blancos los domingos. A Amarilla le gustaba venir los domingos a ver los barcos blancos anclados en la bahía. Antes de venir al puerto íbamos a la avenida Blanchot y comprábamos los diarios para ver la página de caballos. Esas mañanas de domingo hablábamos de caballos, tomábamos jugo de naranja en los parques y yo me dejaba llevar por el olor a hojas secas que tenía la ciudad.

Después cogíamos el autobús rojo y nos veníamos con Amarilla al puerto. Siempre entrábamos al Osiris a tomar una copa. Amarilla decía que no soportaba los domingos sin alcohol. Sentía que era mejor cruzar el mar de los días a bordo de una lata de cerveza o al interior de un vaso de vodka con hielo mientras el ventilador giraba sobre nuestras cabezas

incesantemente y en la radio del Osiris sonaba Don't Bother Me y entonces siempre llegaba algún marino borracho a hablarnos en inglés, qué pesadilla, Little child Little child common with me Little child y entonces yo le decía a Amarilla nos vamos nena? Y ella decía no, nene todavía no. Siempre nos quedábamos un rato más. Un rato más en el Bar Osiris viendo cómo pasaba la mañana del domingo por entre los hielos del vodka, por entre nuestras manos y mierda nos vamos nena? Y ella, no, nene, todavía no y la cosa se ponía más tediosa. La música penetraba el ambiente lentamente Little child common with me, vamos muñeca, claro muñeco vamos y por fin salíamos del Osiris.

Luego íbamos al puerto a confundirnos con el olor a acpm de esos domingos. El acpm se pegaba a las palabras de Amarilla, a mi camisa de tigre triste, al cielo, a las nubes, a mi lata de Heineken, a los besos. Nos sentábamos a ver los barcos de la bahía y Amarilla cantaba canciones tristes. En la tarde volvíamos a la ciudad un poco rotos, un poco inciertos, con las nalgas cansadas, con las miradas llenas de acpm, de cebolla, de gasolina, de vodka. Regresábamos con nuestros

cuerpos llenos de arena, de espuma, de mierda de gaviotas, oliendo a plátano, café y contrabando. Siempre caíamos al mismo parque lleno de hojas secas y carros de perros calientes. El cielo siempre estaba triste. Los domingos al atardecer siempre olían a eso, a tristeza con acpm.

Claro. El parque. Las hojas secas. La tarde. Las babas de Amarilla. Las babas del día. Las hojas secas. Siempre nos apostábamos debajo del árbol donde en la niñez había construido una casa de madera con Leonid y Bayer, dos chicos con las rodillas raspadas y las nalgas rasgadas por las correas compradas en el almacén Ley. El parque. Las hojas secas.

Amarilla.

La conversación siempre era la misma. Le decía a Amarilla que en ese árbol yo construí mi primera casa de madera. Era un día de lluvia y había llegado del colegio con la cabeza hecha un ocho porque no comprendía muy bien porqué los ángulos de los triángulos sumaban entre sí 180 grados no entendía nada de nada ni en las mañanas ni en las noches era una tarde de lluvia y tenía la cabeza la revés y junto a Bayer

y a Leonid los otros dos mocoso con los que andaba nos pusimos a construir una casa de madera en el árbol recuerdo que el sol pegaba fuerte sobre nuestras cabezas y mientras íbamos pegando puntillas Bayer que era el más grande de los tres hablaba de que había que hacer una escalera especial para dejar subir a los fantasmas en las noches una puntilla aquí otra puntilla allá otra más allá jueputa me machuqué el de do una cura Bayer échese babas muchas babas y diga sana que sana culito de rana sino sanas hoy sanarás mañana o más bien sana que sana culito de vieja sino mamarás hoy mamarás mañana dilo Sven dilo el caso es que duramos tres días armando la casa yo tuve que robarme unas cuantas tablas de las camas de la casa por su parte Leonid desarmó la casa de su perro y Bayer desbarató el carro de madera de su hermano menor yo era el arquitecto y al tercer día se me metió la idea de que aquella casa iba a ser para la chica a la que semanas atrás no había podido decirle nada por culpa del Buick o de la Ford roja o del Chevy no recuerdo bien estaba mareado tenía un millón de babas metido en la garganta en los ojos tenía todo el cuerpo lleno de

roticos de nalguitas de olorcitos del olorcito ese que producen las chicas a las tres de la tarde un olor entre el atún y las begonias un olor a yogurt de fresa y pan francés y habíamos declarado un estado de emergencia amorosa porque yo estaba enamorado de una chica que chupaba helado de vainilla con ron con pasas que compraba en la esquina en la tienda del señor Orson que siempre estaba fumando Derby en el mostrador y siempre nos decía hola muchachos cómo están hoy hay chocolates suizos baratos baraticos y nosotros solamente mirábamos la sección de revistas oiga Orson qué tal la playmate de diciembre espectacular espectacular tiene un trasero y un bomper mejor que la camioneta donde le llevo el mercado a tu mamá y entonces una noche cuando la noche del verano aplastaba las nubes contra los techos tuve frente a frente a la chica que chupaba helado de vainilla con ron con pasas e iba a declarármele y esperé a que pasara la Ford roja pero nada uno nunca sabe cómo funciona la química del amor al poco rato apareció una Chevy de pronto con la Chevy me iba mejor pero definitivamente tenía un nudo de tráfico en la mitad del corazón y no

había nada qué hacer ya no me acuerdo muy bien por qué fue en todo caso diseñé una ventana que daba contra la calle donde vivía la vainilla una ventana especial para verla cuando salía a tomar su bus para el colegio pero los días pasaban y lo único que hacíamos allá arriba era fumar los cigarrillos malucos que Leonid le robaba a su padre mientras dormía y los días pasaban entre mucho humo de cigarrillo yo ya tenía la garganta raspada y la boca me sabía a licor porque Bayer un día llego con una botella de scotch amarillo y la destapó y el día empezó a oler a eso a whisky triste y el día se impregnó con 74 grados de alcohol el sol era una naranja borracha en medio del jugo agrio de los días afuera llovía y las hojas secas no dejaban de caer y yo no dejaba de pensar en la vainilla deliciosa vainilla y solamente deseaba que estuviera junto a mí cerca del olor de las hojas secas cerca del mareo del scotch cerca de mi aliento quería quemarla decirle que había construido esa casa esa ventana sólo para ver cómo el viento levantaba su falda y para decirle también ojala cerca del oído que sus calzones rosados me gustaban mucho y que quería colgarlos cerca de la ventana para

que la casa de madera se impregnara con el olor de esos cucos de esos cuquitos rosados que seguramente su mamá los había comprado en la promoción que hacían todos los fines de semana en el supermercado hoy promoción de cucos rosados en la sección número cinco acérquese señora don Julio llega y usted no se puede perder la promoción y todas las señoras corrían apresuradamente parecían venados locos enredados en aquellas faldas azules amarillas negras rojas oiga mija mire qué lindos cucos le combinan con el brassier voy a llevar cuatro para ti otro para tu hermana señora llega don Julio haga sus compras mierda se acabó la plata pero los días pasaban y yo ya estaba aburrido de meter en mi boca aquellos orines de perro hechos en Escocia que era como le decía Bayer al scotch y además ya me sabía de memoria la revista sueca que Leonid había traído para formar la biblioteca del club impresa en Estocolmo cuarenta páginas y una propaganda de cigarrillos suecos en la contraportada los cigarrillos en cambio ayudaban a mitigar la soledad de aquellas tardes de sol y tedio que pasaban por entre nuestros huesos lentamente como una canción lejana y triste el

mundo era un inmenso balón de fútbol y en cualquier momento alguien le podía dar una fuerte patada y todo se iba para la física mierda y los días eran grandes y alargados panes que se iban descascarando con el paso del viento y de los minutos y no podíamos hacer nada por comer ese pan que se iba por entre nuestras manos por entre las gafas de Leonid por entre los mocos de Bayer que nunca se sonaba siempre andaba envuelto en su tejido de mocos era un poco triste pegado al pegote sucio de los días límpiate Bayer no me joda la vida Sven tome un poco de whisky entonces poco a poco la casa de madera se fue llenando de revistas suecas que Leonid fue clasificando por cucas color de pelo y tamaño de senos al mes ya nos sabíamos muy bien la lección a Helga La Ardiente Bestia de las Nieves la inspeccionábamos en las mañanas era bueno y saludable mirar a Helga La Ardiente Bestia de las Nieves en las mañanas era curioso pero sus enormes senos nos parecían algo del otro mundo a Leonid puedo jurarlo que la miopía le aumentó mucho por esos días pensábamos que Helga trabajaba como mesera en alguna carretera sueca y por eso entre todos

empezamos a ahorrar nuestras monedas porque algún día íbamos a ir a visitar a Helga La Ardiente Bestia de las Nieves pero con Inga todo era diferente. Inga salía en las páginas centrales y ahí fue donde por primera vez Leonid se enamoró perdidamente y una tarde le escribimos a Inga al centro de sus nalgas rosadas a la punta de los triángulos agudos de sus senos y por primera vez entendimos a la perfección lo bello que era la geometría nosotros que tanto la odiábamos le escribimos una larga carta donde le decíamos que la amábamos sin haberla visto que éramos tres chicos solitarios mocosos que teníamos las rodillas raspadas de tanto jugar fútbol sobre el pavimento que la amábamos que queríamos saber cómo respiraba cómo gritaba que nos mandara uno de sus alaridos aunque fuera un pelo maldito y precioso pelo de su triángulo que nos enviara uno de sus griticos nocturnos nuestras palabras eran totalmente acuáticas líquidas húmedas y le dijimos que nos respondiera lo más rápido posible también le hicimos saber que aquí al otro lado del mundo había tres chicos dispuestos a dejar el scotch y los cigarrillo si ella Inga pedía los días pasaron y al cabo

de unos meses recibimos una carta en un español mal redactado la carta la firmaba un tal Karl el editor de la revista y nos mandaba a decir que Inga nos amaba mucho y que nos echáramos mertiolate en las raspaduras de las rodillas también decía que nos mandaba un beso de lengua a cada uno pero lo que más nos decepcionó fue que había un labiel impreso en tinta negra y una letra de molde que decía fríamente «Inga» maldita sea ese día supimos que Inga era apenas una fotografía apenas un sello en serie unos labios que se ponían sobre un papel blanco para que todos los chicos que hacían casas en los árboles alrededor del mundo soñaran con ella Inga la fotografía la fría fotografía entonces nos decepcionamos totalmente y clausuramos nuestras clases de cultura sueca para siempre no más no más entre tanto yo seguía soñando con la vainilla con esa vainilla que veía pasar todos los días por la ventana de la casa del árbol era extraño pero siempre que pasaba cerda del árbol el viento me dejaba ver sus cucos rosados y entonces Bayer o tal vez Leonid no me acuerdo muy bien el que dijo que hiciéramos una colección de calzones para colgarlos en

la casa del árbol y creo que al principio cada uno hizo trampa yo le pagué a mi hermana para que me vendiera uno de sus cucos y me inventé alguna historia barata llegué y les dije oigan muchachos no me van a creer pero anoche me colé a la alcoba de la hija de Orson y mientras se duchaba le cogí estos cucos pero que va pura paja pero Leonid fue el más descarado pues se robó un par del almacén en todo caso aquellos cucos no nos decían nada los de Leonid olían a nuevo a algodón recién procesado hasta tenían el precio no había caso definitivamente queríamos unos cucos que olieran a sudor a sueños dulces y eternos a niña en faldas de cuadros a niñas que comían helados a aquellas niñas que el viento despelucaba en tardes de sol mientras los perros ladraban y saltaban a su alrededor queríamos tener congelados aquellos aromas entre nuestros ojos para siempre o por lo menos mientras duraba el efecto del scotch tenerlos entre los pliegues de los días retenerlos entre palabra y palabra entre respiración y respiración entre los dientes entre los dedos entre los pantalones entre la talla catorce y la talla quince eso era lo más importante en ese momento

sentir que ese olor de alguna manera nos pertenecía y los días seguían pasando y cada vez más nos convencíamos que lo que los determinaba definitivamente eran los olores más que los colores en las mañanas el olor siempre era el mismo olía siempre a café recién preparado a jabón de espuma azul en todo caso era un olor que no incitaba a nada lo único que daban ganas era de quedarse en la cama leyendo más tarde se filtraba el olor de los perros y de las hojas secas de los parques era un olor que entraba por las ventanas y llegaba al fondo de los pulmones había algo en ese olor que me decía que allí había vida después me llegaba el eterno olor de mamá siempre olía a pan papá por su parte olía a carro tal vez a un Ford o a un Opel no sabría decirlo con exactitud era un olor especial olía como a timón a asfalto caliente a carretera a llanta olía a algo así como un puñado de kilómetros las calles también tienen su olor Amarilla no te desconcentres Amarilla mira que esto es importante Amarilla mira Amarilla que los olores son ese tejido invisible que conectan todos los recuerdos y los días mira Amarilla que cuanto tú no estés más junto a mí yo te recordaré

mas por tu sudor que por tus palabras es muy importante esto que te estoy diciendo mi querida Amarilla y entonces ella me miraba y el domingo seguía oliendo a acpm con atún a hojas secas sobre el pavimento oye Sven dáme otro cigarrillo claro Amarilla toma Amarilla las calles también tienen su olor las calles huelen a bicicletas dejadas en los antejardines eso es cuando uno está chico huele a cadena de bicicleta a grasa a refresco a paleta de limón a árbol tal vez a pino huelen a muchas cosas se mezclan los olores de mamá su perfume de pan el aroma de papá el olor del perro el olor de las tres de la tarde cuando no hay nada qué hacer Amarilla también huele a bus a gasolina huelen a nubes apretadas fatigadas a cielo deprimido observa ese cielo Amarilla obsérvalo con esos ojos grandes huele ese cielo el olor de las calles siempre es el olor de la desolación todo parece quieto pero en el fondo todo está muerto todo parece feliz pero todo es infeliz uno cree que porque los chicos montan en bicicleta la felicidad anda por aquí y por allá pero nada de eso Amarilla nada de eso en el fondo todo es un engaño el olor de las calles nos mata lentamente nos atraviesa los

huesos con precisión y nos dice que le tiempo está pasando por entre nuestros dedos y nuestros ojos y no hay nada que podamos hacer Amarilla el olor de los días es un océano invisible por donde vagamos sin saber dónde queda la costa ni los faros solamente somos islas que nos vemos intermitentemente cuando las olas bajan y entonces nos saludamos de isla a isla nos decimos hola observamos los rostros y luego cada cuál se sumerge en su pequeña isla en su pequeño olor particular y se concentra en sus sudores en sus miedos en esos aromas que vienen de lo más profundo de los pantalones de los zapatos de los ojos es una especie de pecueca del alma Amarilla así como lo oyes una especie de pecueca del alma como si tuviéramos un millón de zapatos en la mitad del corazón un millón de zapatos que han andado todos los leves caminos de los días sin hallar nunca nada y luego en las noches los dejamos arrumados cerca de las palabras de los recuerdos los dejamos con los cordones sueltos porque al otro día ese millón de zapatos negros vuelven a salir por todas las carreteras de tu rostro o del mío a hacerle auto stop a la felicidad pero nada Amarilla nada

recorren todos tus besos todas tus babas todas tus manos pero nadie ni nada los recoge siempre ese millón de zapatos van a estar con nosotros por eso cuando a veces cuando me dices que oyes algo en mi corazón o en el tuyo no te engañes Amarilla son tus zapatos esos zapatos que llevas ahí adentro que hacen ruidos, son tacones lejanos que se arrastran entre sí te voy a contar otra cosa Amarilla te voy a contar a qué huele esta maldita ciudad al principio me olía a parque tal vez a hojas secas llegaba a un parque y llenaba mis pulmones de hierba húmeda de banca de madera podía oler las pecas de los niños que se balanceaban en los columpios podía oler el olor de sus orines amarillos era unos orines como todos olía a taza blanca a calzoncillos baratos a tristeza en la boca del estómago ponme cuidado Amarilla cuando uno está niño los orines están por todos lados miras hacia arriba y las nubes te saben a orines hablas con otra chica y tus palabras te saben a orines es como si llevaras una eterna fuente de orines en todos los días de la niñez porque ese olor se pega en las bicicletas en las paletas en la cama en la pijama en el pan y en la chica que amas a veces eran orines flacos

otras veces orines gordos pesados los flacos Amarilla eran los de la felicidad y cuando daban tarta de chocolate los días eran de orines flacos y cuando papá nos pegaba con su correa sobre nuestras nalgas rosadas eran días de orines gordos pero cuando veías a la chica que amabas en silencio en eterno silencio los orines se revolvían con tus palabras con tus dientes y sentías que eras una especie de acuario lleno de orines por donde nadaban tus más bellos sueños de aquí para allá mi pequeña Amarilla y por más que intentaba uno me podía zafar del olor de la tristeza Amarilla es un olor que atraviesa toda la niñez creo Amarilla que es otra forma industrializada de los orines o algo por el estilo el olor de la tristeza se localiza en la boca del estómago es como si siempre tuvieras hambre de algo hambre de luz hambre de de calle hambre de noche hambre de todo hambre de nada hambre de mierda no te deja tranquilo te quema te da vueltas en el estómago te atrapa todas tus palabras y no las deja salir Amarilla el mundo Amarilla el mundo una cosa extraña una pelota caliente un pedazo de cielo entre los dientes un pedazo de día entre las piernas un sol roto entre los calzoncillos

blancos Amarilla y entonces solamente entonces me daban ganas de limpiar con los cucos rosados de las chicas el vidrio roto de los días pero a los pocos minutos otra vez el vidrio se ensuciaba y todo volvía a ser igual Bayer se sacaba los mocos límpiate los mocos no me joda la vida y Leonid tomaba licor y yo seguía fumando dejaba escapar el humo por entre el vidrio roto de los días y sólo esperaba que alguien me diera una piedra para romperlo definitivamente a lo mejor si lo hubiera hecho estoy seguro de que Bayer habría pegado el vidrio roto de los días con sus mocos de eso estoy seguro Amarilla.

OPIO EN LAS NUBES

No sé cómo empezar. Te conocí en el Opium Streap Tease y me dijiste que te llamabas Harlem y también me dijiste que te gustaba el whisky, las mañanas de sol y tantas otras cosas de las que no me acuerdo. Yo te dije que me llamaba Gary. Gary Gilmour y que acababa de morir en la silla eléctrica y no me creíste. Pensaste que estaba loco, que tal vez había bebido demasiado y te fuiste a la pista a sacarte tus ropas, a regar un poco de sudor aquí y allá mientras tocaban boys don't cry y yo pedí una cerveza y te vi allí desde la barra y me pareció que olías un poco a opio, un poco a cerveza, un poco a paloma, un poco a boys don't cry, un poco a mañana de miércoles y no parabas de mover tus muslos, tus ojos, tal vez mirabas hacia arriba, hacia esas luces que olían a tomate, tal vez buscabas a Dios en la mitad de aquellas luces amarillas y rojas que daban vueltas encima de tu cabeza, de tus sueños de manzanas podridas y cuando se acabó boys don't cry volviste hacia mí y nos pusimos a hablar, hablamos de

todo, creo que hablé de tus cigarrillos y te pedí que me dejaras pasar la noche contigo, pero tú me dijiste que qué va, que no era posible y me dieron ganas de escribir tu nombre en el cielo, cerca de las nubes, ganas de escribir tu nombre con whisky, con vodka, con cerveza, con pequeños gritos, con sudores, con orines. Después te fuiste de mesa en mesa y te pusiste a repartir besos y claveles rojos a todos esos hombres que tenían mirada de pepino cansado y que te decían con sus miradas y desde el fondo de sus vestidos chillones que tú Harlem eras la mujer, que Harlem era esa noche llena de canciones confusas y rotas, Harlem era tener esos labios rojos que decían palabras de amor, Harlem era no ir a trabajar al otro día, Harlem era tener ese olor a yegua cerca de los vasos de licor, Harlem era boys don't cry a las doce de la noche, Harlem era una noche de lluvia mientras daban en la radio el reporte del tiempo, Harlem era no saber si era sábado o domingo o viernes o martes o cualquier día, Harlem era quedarse mirando tus ojos en medio de aquellas luces, Harlem era importarle un culo todo, Harlem era tu culito, tus nalguitas, tus teticas perfectas,

Harlem eran tus manos llenas de lluvia, tus dientes llenos de palabras secretas, Harlem era decir quiero hacer el amor contigo sobre una colina sembrada de tomates rojos en una mañana de verano, Harlem era tu pelo salpicado de sudor y luces de colores, Harlem era mi camisa azul de recluso y en el bolsillo unos cigarrillos sin filtro, Harlem era fumar al lado tuyo y dejar que el humo azul impregnara tus labios asesinos, esos labios rojos, Harlem era coger una jeringa y llenarla con un poco de tus babas, con un poco de tu olor e inyectársela en la cabeza, Harlem era asaltar un banco o un tren en nombre tuyo y dejar escrito tu nombre, ese nombre, en las paredes, en los rieles, en el aire, en la hierba, Harlem era ir a vomitar al baño todo el whisky y pensar en ti, Harlem era escribir tu nombre con la lluvia, Harlem era ensopar un auto en gasolina y whisky y prenderle fuego, Harlem era tener una erección sin remordimiento en la mitad de aquel bar que olía a opio, a cerveza y a soledad concentrada, Harlem eras tú caminando entre las mesas regando un poco de tu nombre, un poco de tu olor aquí y allá, Harlem eran tus manos llenas de vasos, llenas de monedas, llenas de

sueñitos, de palabritas roticas, Harlem era saber que era más de media noche y que afuera llovía y hacía calor, Harlem era el sabor de tu boca, ese sabor a carretera, Harlem era soñar contigo en una playa llena de niños, arena y barcos, Harlem era un domingo contigo en la playa, Harlem era cogerte y lamerte todo tu nombre, todo tu cuerpo, toda tu soledad.

Desde que te vi quedé envenenado, Harlem. Eres como esa canción, Wild Thing, de Hendrix. Tenías la misma lógica de la heroína, me produjiste el mismo efecto porque te vi y me dieron ganas de inyectar tu nombre en mis venas, me dieron ganas de ir al baño y orinar orines con el sabor de tu nombre, ganas de ir al baño del Opium y mirarme frente al espejo y decir mierda you make me feel like a wild thing, you make my heart sing wild thing, me dieron ganas de escribir tu nombre con sangre en el fondo de mi vaso de cerveza, ganas de que me cortaras las venas con tus labios rojos mientras te tocaba las tetas. Ganas de desangrarme entre tus piernas mientras me hablabas de ir a la playa.

Después te esperé en la puerta del Opium Streap Tease. Eran las tres de la mañana y la noche olía a

gasolina. El cielo estaba plagado de estrellas y por la carretera pasaban los autos llenos de gente, llenos de ruidos y canciones. Caminamos un rato por la carretera sin saber a dónde ir. Simplemente íbamos y te cogí el brazo y te dije que me acompañaras a Zimbawe a una pradera llena de cebras blancas y negras y me respondiste que no, que no sabías nada de animales, que tenía suficiente con los animales que iban al Opium, que más bien nos fuéramos a dormir, tenias mucho sueño, me pediste que te contara un poco de mi vida y entonces te dije que había estado ocho años en la prisión, que mis dos únicos amigos eran Max y un árbol que había en la prisión y te pareció gracioso, insólito. Tú respondiste que nunca habías tenido amigos árboles y entonces encendimos un cigarrillo y nos sentamos en el borde de la carretera y te conté que para tener un amigo urapán, por ejemplo, había que acercarse y hablarle en las mañanas y orinar en su tronco en las noches, un poco como los perros y sobre todo hablarle, eso, hablarle al árbol, al urapán y decirle, oye amigo urapán aquí estoy yo, allá estás tú, oye amigo urapán me voy a fumar un cigarrillo bajo tu sombra,

bajo tu olor a silencio, bajo tu olor a viernes y a jueves que siempre tienes y tal vez voy a soñar un poco, voy a soñar que soy boxeador y que riego un poco de sangre en el ring, voy a soñar que me tomo un whisky en una mañana de domingo soleada y tal vez voy a leer un libro, un poema, dos poemas tristes, tres poemas tristes, cuatro poemas tristes, llenos de ballenas, cinco poemas tristes que empiezan diciendo un viento salvaje recorre mi corazón, un viento salvaje me arranca de ti. Yo te respondí que en la prisión tenía la cabeza de whisky con sol, con alambre de púas y desde que te había visto tenía la cabeza llena de olas de heroína, que estaba envenenado, alucinado por tu nombre, por tu manera de cogerte el pelo, por tu forma de decir no ahora no Gary, tócame después de que pase ese auto y me pediste que siguiera con el cuento de la ciencia de tener amigos árboles y te dije claro, pero antes te pedí que me dejaras verte en medio de ese océano de heroína en tu nombre, cosa salvaje, wild thing, you make me feel like a wild thing y entonces seguí con mi rollo. Una vez que se le ha hablado al urapán, hay que escuchar sus silencios, sus susurros, pues él te dice

muchas cosas, el siempre está ahí, es testigo de todos los amaneceres, eso es lo más importante de todo es que se puede dormir bajos sus ramas y sueñas cosas que nunca sueñas en otra parte. Es algo increíble. Allí bajo la sombra de sus silencios verdes sueñas los sueños de todos los hombres, conoces a todas las mujeres, conoces todos los aeropuertos, todos los cielos, todos los mares, todos los bares. Te dije que solamente había que cerrar los ojos y pensar en aquellas hojas mecidas por el viento, por la noche, y entonces llegaban hasta ti todas las mujeres que hubieras querido conocer, mujeres que llegaban hasta tus sueños y te daban un beso en la frente, en las manos, mientras en tu sueño llovía. Luego te ibas con esas mujeres a un bar y hablabas de las puertas, de los parques y en tu sueño seguía lloviendo. Eran mujeres que llegaban hasta tu sueño y se sentaban junto a ti con las manos sobre las rodillas y te miraban por entre la lluvia, por entre las hojas del árbol y te decían que no lloraras, que metieras tu mano entre su cabello, entre sus teticas calientes, entre su boca y luego esas mujeres te llevaban a algún parque donde había muchos árboles

y te los presentaban. Eran árboles que tenían nombres, árboles que se llamaban un poco como los leones, un poco como las mujeres, un poco como los silencios, un poco como la lluvia, árboles que se llamaban Marruecos, Lenguadentro, Brooklyn, Corazón de Perro, Castillo Amarillo, árboles que sabían a ojos claros, a lluvia con hojas secas y entonces después me dijiste que ya tenías sueño y nos quedamos dormidos al borde de la carretera. Al otro día cuando el sol salió nos despertamos y fuimos al mar y nos limpiamos la cara. El día olía a opio y también un poco a ti, a Harlem, a labios rojos, a hielo con whisky. Hacia las diez de la mañana me dijiste nene hasta aquí llegó todo me voy y yo te dije está bien, siempre es así no hay nada qué hacer. También te dije que cada vez que tuvieras un sueño con lluvia era porque yo estaba debajo de un urapán soñando contigo, con tu olor a opio, a hielo, a noche y me dijiste está bien nene eso pensaré y entonces te fuiste caminando por la playa y yo me quedé sentado viendo el mar, ese mar triste lleno de heroína, cosa salvaje y deseé con todo el alma estar en Zimbawe. Cuando ya te habías perdido bajo la luz

creo que pasó un avión a propulsión a chorro y me pareció que ese avión escribía tu nombre con gasolina en las nubes. Eran las nueve de la mañana y ese avión escribió Harlem sobre el cielo azul. Cosa salvaje. Y me dieron ganas de ser nube, ganas de estar allá arriba en ese cielo azul con los ojos cerrados pensando en ti, en tu forma de decir mi nombre, en tu forma de decir oye Gary ven a mi lado y me cuentas más cuentos de tus amigos los árboles, ganas de esta en esas nubes y ole el olor de tus ojos, ganas de estar con una botella de whisky para siempre en el nombre, en tu nombre Harlem escrito por ese avión y marearme en cada una de las letras de tu nombre, h, a, r, l, e, m y quedarme ahí entre las nubes y tener tu imagen, ser tu imagen, ser el olor de tus calzones, ser el olor de tus licores, ser tu forma de caminar, ser tu forma de mover los brazos, ser tus sueños llenos de lluvia, opio y heroína, cosa salvaje, mierda.

Gary lloró aquella noche y destrozó parte del Café del Capitán Nirvana. Antes de irse abrazó a Max como si fuera su hijo y le sobó la cabeza. Luego cogió una botella de whisky y se sentó sobre la arena. Eran las

cuatro de la mañana. Cuando el sol estaba saliendo vino hasta nosotros y se despidió.

—Oye Max, si alguna vez viene Harlem por acá dile que siempre hay un urapán y un sueño con lluvia para ella.

Después se fue hacia el mar y se metió en el agua. Eran las seis de la mañana. Max se quedó un rato en la playa mirando hacia el sitio donde Gary había desaparecido bajo las aguas. Después vino al Café del Capitán Nirvana, sacó la pelota de béisbol y regresó de nuevo a la playa y la lanzo hacia el mar con rabia, con tristeza. El día olía a opio, a pelota de béisbol, a la curva número seis, a Harlem.

LA SUCIA MAÑANA DE LUNES

Hace calor. La noche está caliente. Parece como si estuviera en la mitad de una pistola ardiente, recién disparada. La noche huele a pólvora, a dinamita con flores y alcohol. Estoy perdido. Pienso en Amarilla, en su olor a babas perfectas. Qué maricada. Ese olor me persigue por todas partes trip trip trip. Toda la noche hemos estado deambulando con Lerner por las calles. No hemos tenido suerte esta noche. Ni una puta ratica. A veces pienso que la vida de gato es un poco difícil. Sin embargo, con algo de whisky es llevadera. Lerner me ha pedido que lo lleve un poco a los bares, un poco a la vida, un poco a la noche porque mierda, Lerner dice que con Job su expectativa de vida de gato se reducía a unas galletas de coco en la mañana, leche en la tarde, un poco de atún en la noche y yo le digo a Lerner no Lerner así no se puede trip trip trip. Mierda, Lerner ya está aprendiendo a hablar como todo un gato vagabundo, qué cosa seria trip trip trip.

Bar Kafka

Asientos Rojos. Un ventilador destila airecito sobre las cabezas de todos esos hombres, y mujeres que fuman y murmuran en medio de nubes de humo azul trip trip trip, qué vaina tan jodida. Luego le digo a Lerner que todo bar tiene su historia. Creo que el asunto es así. Para pedir una cerveza en el Bar Kafka hay que decir que al despertar esta mañana, tras un sueño intranquilo, me hallé convertido en un monstruoso insecto y me dieron ganas de una cerveza. Entonces lo más seguro es que el hombre que atiende el bar Kafka conteste que qué vaina, que sus innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con las patas de las nenas que asisten al bar ofrecen a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia, que qué vaina tan jodida trip trip trip, que se vaya a otro bar, qué le vamos a hacer. Lerner me dice que así no se puede trip trip trip y claro yo le respondo, claro Lerner así no se puede.

Bar La Gallina Punk

En la entrada del bar La Gallina Punk hay una pequeña horca de la que uno jala y suena un alarido. Entonces algún punk flaco viene, abre la pesada puerta negra y dice qué punk y claro hay que responder qué punk trip trip trip. Le digo a Lerner que la cuestión aquí adentro es moverse dando codazos y patadas y que cuando un punk se levanta una punketa triste la invita a una cerveza y le da patadas en el culo. Una patada significa te amo y quiero acostarme contigo, levantarme a la mañana siguiente, no lavarme los dientes y decirte te amo así no tenga empleo en una fábrica de embutidos, en una fábrica de llantas o de cigarrillos. Dos patadas en el culo quieren decir te amo mucho, me quiero acostar y vivir un mes contigo, pero te odio también. Tres patadas significan te amo demasiado como para vivir y acostarme contigo. Sólo quiero que nos besemos, que tomemos cerveza, que compartamos nuestros pésimos olores y que después cada uno se salga por la puerta del bar y nos olvidemos de esta noche tan punk trip trip trip. Aquí adentro huele a desempleo. A grasa. A no futuro. A me vuelvo mierda ahora trip trip trip. Solamente se toma cerveza. La

bebida de los obreros. Así es la vaina y Lerner me responde claro Pink así es la vaina. Aquí viene gente que nunca se baña los dientes, gente que sólo come arroz y cerveza y que fuma cigarrillos negros sin filtro. Una vez al año se lleva a cabo la celebración del No Futuro y entonces se reúnen, cierran el bar, ponen Sex Pistols toda la noche trip trip trip y a la media noche se cogen a patadas en las huevas, porque no hay caso seguir procreando desempleados y claro, cuando suena God Save The Queen, un elegido se abre las venas y después lo sacan a la calle entre tres o cuatro y lo llevan corriendo y el punk va regando su sangre por esas calles llenas de calor, odio, pestilencia, fango y desolación. Le dan tres o cuatro vueltas a la manzana y cuando ya se está muriendo trip trip trip, mierda directo al hospital, a urgencias. Claro, allá los médicos ya se conocen la historia y lo alcanzan a suturar con puntos. Luego de dos horas llevan de regreso el punk al bar La Gallina Punk y éste muestra con orgullo los puntos de su brazo qué punk trip trip trip y se cogen a patadas hasta el amanecer, qué cosa tan seria.

Bar La Sucia Mañana de Lunes

El bar abre los domingos en la tarde. A las cinco. Densas nubes de humo azul cubren el ambiente. El humo se desliza por los hombros, por las manos, por las nalgas, por las tedas de aquellos hombres y mujeres que están sentados en la barra, en silencio, chupando su cigarrillo lentamente, sin afán trip trip trip. Nadie habla con nadie. Nadie le enciende un cigarrillo a nadie. Nadie se llama nadie. Nadie tiene a nadie. Nadie se fuma su cigarrillo. Nadie se toma su vodka con hielo. Nadie tiene el culo frío. Nadie ama a nadie. Nadie odia a nadie. Nadie es nadie. Nadie tiene la mirada yo no sé trip trip trip, qué vaina tan jodida. Nadie viene todas las noches y le dice a nadie oye nadie no te acerques a nadie, nadie no quera nada nadie trip trip trip. Una noche nadie se levantó de su asiento en la barra y se dirigió al baño, al fondo a la derecha muñeco, entró y cerró la puerta. Luego nadie se miró al espejo, al sucio espejo que había reflejado muchos nadies en muchas tontas noches de domingo y entonces nadie se dijo no soy nadie, qué vaina tan jodida trip trip trip y se

destapó los sesos con una pistola y tal vez nadie pensó en la canción de Lennon que dice que la felicidad es un revólver ardiente trip trip trip. Nadie escuchó el disparo que provenía del wc, al fondo a la derecha. Pero nadie no murió en el acto. Antes de morir escribió en el espejo del wc que odiaba la sucia mañana de los lunes, qué vaina tan jodida y de ahí salió el nombre del puto bar trip trip trip. Desde ese día la víspera de los lunes, los habituales se dirigen al wc y vomitan en honor a nadie que bautizó con su sangre, un poco de pólvora y vodka la sucia mañana de los lunes en el espejo del wc, qué cosa tan seria.

Bar El Acuario Nuclear

Las muñecas se menean en el fondo del bar. Las miradas recorren los muslos dorados, las nalgas ensopadas en aceite brillante y en la oscuridad los hombres obtienen una erección con un poco de cerveza, con un cigarrillo, con un poco de muévete así muñeca, lo haces muy bien trip trip trip. Siempre es la misma historia de siempre. Una canción de Donna Summer, hey muchachos miren hacia acá, una cerveza

y entonces qué vaina tan jodida, las luces se apagan, sale una muñeca, se pega de la barra como si fuera un animal salvaje que están a punto de sacrificar y empieza a rasgar su traje de luces en el medio del humo trip trip trip. Una noche de agosto el bar El Acuario Nuclear convocó a sus habituales a una fiesta en conmemoración de la primera bomba atómica. La atracción principal era una muñeca llamada Enola, como el avión que llevaba la bomba. Todo el mundo llegó puntual. Pasaron primero otras muñecas, nada especial, en todo caso, le digo a Lerner y Lerner me responde, claro Pink nada especial y entonces después, a la media noche apareció Enola vestida como piloto y empezó a desvestirse lentamente. Las luces del lugar se apagaron y en el fondo se escuchaba el sonido de un avión y la muñeca tenía en sus manos un micrófono y mientras se iba destapando dejaba escapar a través de sus labios carnosos, violentos y nocturnos, esas palabritas mojaditas hey muchachos miren hacia acá, qué rico jet tienes trip trip trip y los hombres contestaban en coro claro muñeca lo haces muy bien trip trip trip, qué vaina tan deliciosa, qué rico pecar

contigo y mierda cuando ya estaba casi en cueros sacó de su liga un taco de dinamita y lo encendió con el cigarrillo que llevaba en su boca y lo empezó a mamar con rabia, tal vez con amor trip trip trip y luego lo lanzó a las mesas donde los hombres gritaban eso muñeca así lo estás haciendo muy bien, qué vaina tan jodida y mierda pum, el bar voló en mil pedazos trip trip trip y desde ese día ningún hombre pudo obtener una erección durante algún tiempo mientras reconstruyeron el bar, qué cosa tan seria.

CAFÉ NEGRO PARA LAS PALOMAS

Se llamaba Marciana y siempre quiso ser bailarina. Tenía los huesos bien puestos. Y también los ojos y los senos. Y las palabras. Las palabras de Marciana sabían a labial rojo, a cerveza, a música a todo volumen. Max conoció a Marciana en el bar Cosa Divina, en la avenida Blanchot. En esa época Max era demasiado extraño. Tenía treinta años y tenía cara como de paloma gris. En verdad no conocía el mundo porque toda su vida la había pasado en la prisión haciendo rebotar una pelota de béisbol contra los muros para recordarle a Dios que Gary Gilmour no debía estar en el Infierno sino en una pradera de Zimbawe con su rebaño de cebras blancas y negras.

Cuando Max entró al bar Cosa Divina Marciana se encontraba en el fondo del bar bailando there is a hole in my life there is a hole in my life. Max se sentó en una mesa y pidió la carta de licores y se dejó llevar por ese hueco negro que poco a poco se iba abriendo paso por

entre las mesas, por entre los cuerpos, por la noche.

El dueño del bar era Alain, una especie de cerdo blanco que siempre estaba vestido con una camisa tropical de flores. Alain tenía la costumbre de sentarse con los nuevos clientes y entonces se ponía a hablar con ellos de las bailarinas, de Marciana, de sus bonitos senos, fíjate, de Nicolasa, de su carita de gato, de la señorita Petit, de sus bonitas nalgas, fíjate mientras servía un poco de vodka.

Después de que salió del ejército Alain dilapidó toda la herencia de sus padres en la avenida Blanchot. Fíjate. Su padre siempre quiso que fuera médico cirujano, pero Alain compró el bar Cosa Divina y desde entonces se la pasaba embutido en su camisa de flores tropicales hablando de bailarinas con los clientes, regando un poco de su soledad entre las mesas, los ceniceros, los vasos y la noche. Fíjate.

Max estaba sentado en la mesa fumando un Lucky Strike y Alain se le acercó. Al comienzo hablaron de deportes, de los goles de México 70, del gol de Carlos Alberto en la final contra Italia, del Ratón Ayala y su larga cabellera, eso fue Alemania 74. Max no dejaba

de mirar hacia el fondo del bar donde Marciana movía su cuerpo, sus brazos, como si fuera un helicóptero de sudores a punto de explotar. Y entonces no aguantó más y preguntó.

—Quién es esa?

Alain soltó una sonora carcajada y aplaudió fuertemente.

—Se llama Marciana y está un poco loca. Sólo le gusta hacer el amor en los baños frente a los espejos mientras escribe poemas en el cristal, —dijo Alain.

Alain hizo venir a Marciana. Marciana se instaló en la mesa y lo primero que hizo fue sacar su labial rojo y pintarse. Siempre lo hacía cuando conocía a un hombre.

Esa noche Marciana, Alain y Max se emborracharon. Después salieron. Amanecía. Caminaron por la avenida Blanchot y se dejaron perforar por el olor de los árboles, por el perfume que salía de aquellas ventanas llenas de calor, de alientos confusos, de axilas, de músicas envolventes que hacía que el paso por la avenida Blanchot fuera más ligero como si cada segundo, cada sombra y cada rostro

estuvieran contagiados de mariposas que aleteaban amor, descalabro, angustia, café, negro, pocillo, ven para acá mi amor, te tengo, no cierres la ventana, vaso.

Antes de llegar al apartamento de Alain corriendo en el parque La Trompeta y Marciana se acercó al estanque a fumar cerca de la casa de las palomas mientras Alain trotaba por entre los árboles. Max, entre tanto, se sentó en la hierba húmeda. Marciana se fumó medio paquete de Lucky. Esperaron a que amaneciera y Marciana se sentó junto a Max que estaba recordando los ojos de Gary Gilmour, su olor a profesor de historia.

—Oye Max, tú hueles bastante raro. Hueles como a gasolina y leche Klim, —dijo Marciana mientras pintaba en el lomo de una hoja seca un loco poema lleno de amor, descalabro, angustia, café, negro, pocillo, ven para acá mi amor, te tengo, no cierres la ventana, vaso.

Max la miró como se suele mirar a las mujeres en los amaneceres, es decir como por debajo de la luz, como por debajo del perfume de los árboles, por debajo del ruido tenue de la ciudad dormida. Marciana

tenía los ojos difusos como si los tuviera llenos de mermelada de mandarina. Marciana echó su cabeza para atrás y se dejó llevar por el viento, por las nubes, por el silencio, por el pito lejano de los autos que rompían con sus luces la línea que divide a la luz de la oscuridad.

—Todos los días me huelen a cebra, —contestó Max mientras acariciaba el pelo de Marciana. Ya estaba amaneciendo y la luz, la ciudad, las palomas, el estanque, la hierba húmeda olían a Marciana, a nicotina triste, a camisa de algodón, a sudor pegado al cuerpo, a palabras mezcladas con vodka. El sol olía al labial rojo de Marciana.

Los repartidores de periódico al poco rato aparecieron en el parque y las palomas se fueron a las copas de los árboles. Cuando la luz había invadido todo llegó Alain con el cuerpo lleno de huecos, con la mirada floja como si llevara papel periódico en las retinas.

Marciana lo acogió en medio de su cuerpo y de sus palabras. A los pocos minutos el sueño los venció y los tres se quedaron dormidos en el parque cobijados por

el olor de las palomas y por las hojas secas. Hacia las ocho de la mañana un policía de la Estación Sexta los despertó con el bolillo. Marciana intentó tramarse al policía, exactamente al cabo primero Rodríguez, pero Rodríguez siguiendo a cabalidad el código de policía se los llevó a la estación. Alain se lamentó no haber podido ir al apartamento a cambiarse de camisa. Alain consideraba que su gloriosa camisa de flores tropicales no estaba para ocasiones policiales y mucho menos con cabos primeros con apellidos tan comunes como Rodríguez. Hacía el medio día salieron de la comisaría. Realmente el capitán los soltó porque Marciana empezó a pintar la estación con el labial y dejó la comisaría llena un poco de amor, descalabro, angustia, café, negro, pocillo, ven para acá mi amor, te tengo, no cierres la ventana, vaso.

Después Alain invitó a Marciana y a Max a un pequeño restaurante de la avenida Blanchot. Marciana pidió hamburguesa y le echó mostaza a Max por toda la cara, en las manos y en la ropa. Max pidió lo único que había comido toda la vida. Sopa de minestrone y café negro, con dos cubos de azúcar.

—Ahora somos hermanos de mostaza —agregó Marciana mientras pintaba un barco con alas en una de las servilletas. Entre tanto Alain pegaba un moco debajo de la mesa. Era para no perder la costumbre. Alain era un poco como los perros que se mean en los árboles para demarcar su territorio. Alain lo hacía con los mocos. En verdad Alain parecía un enorme ovejero inglés lleno de pulgas, de cigarrillos sin filtro, de eructos de vodka, de palabras gordas.

Después salieron del restaurante y Alain puso a disposición su apartamento de la avenida Blanchot. Marciana se durmió en los brazos de Alain en el sofá que daba contra la ventana. Max los vio dormirse mientras se preparaba un café negro, con dos cubos de azúcar, en la cocina. Después se quedó largo rato mirando hacia afuera y se durmió en el piso sobre un tapete persa en medio de vasos, botellas y paquetes de cigarrillos.

Hacia las seis de la tarde Max fue al baño a mear. Estaba mareado. Cuando estaba cerrándose la cremallera Marciana entró con mucho amor, descalabro, angustia, café, negro, pásame un cigarrillo,

esto es sólo para ti, esa musiquita es sólo para ti, no importa si no te has bañado, ven para acá, te tengo, no cierres la ventana, pero por favor no llores, te lo juro que estaré junto a ti cuando llegue la lluvia de noviembre, ven para acá, ven a mis babas, anoche no pude dormir, eres sensacional, déjame meter mis dientes en tus dientes, déjame tumbar todas tus palabras, las quiero manosear, quiero restregar mi cuerpo en cada una de tus palabras, en tu nombre, en las axilas, pero por favor sigue, no soporto más el día, mira esos perros allá cerca de los árboles, no cierres la ventana, pásame otro cigarrillo, háblame cerca del oído, quiero que tus palabras se metan por toda mi sangre, háblame de lo que más te gusta, de tu jabón preferido, de tus blusas vaporosas, de tus pantalones que huelen a días molidos, ven para acá, te tengo, ábrete un botón, y luego otro, y otro y háblame de tu amor, descalabro, angustia, café, negro, pocillo, ven para acá mi amor, te tengo, no cierres tu ventana, vaso.

Esa noche Alain organizo una fiesta en su apartamento. Marciana empezó a saltar de felicidad apenas Alain le dijo que fuera al bar con Max y trajeran

vodka, maní y cigarrillos.

Generalmente todo el mundo terminaba en casa de Alain con los cuerpos cansados llenos de alcohol y desolación. Los días en la avenida Blanchot, a pesar de que eran amables se iban instalando en los cuerpos como navajas afiladas y brillantes que poco a poco iban cortando el aliento y las palabras. Sí. Las fiestas en casa de Alain eran divertidas. Sí. A todos les gustaba la música que llevaba Régine. Todos alguna vez se metieron al baño y se comieron a Marciana y vieron su rostro descompuesto frente al espejo. Sí, todos se quedaron a dormir en esos sofás mullidos en casa de Alain, todos comieron sus pastas con salsa bolognesa y después salieron a caminar por la avenida Blanchot a sacarse ese amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, vaso que llevaban en el interior de sus cuerpos luego de cada fiesta en casa de Alain.

Con el cerdo Alain, Marciana realmente era feliz. Salían del bar, caminaban por la avenida Blanchot bajo los árboles de la noche con los cuerpos rotos. Alain siempre reía, siempre tenía los brazos abiertos y todos

se metían a su cueva a gritar en medio de mucho humo, susurros y licor.

A las diez de la noche sonó el timbre ding dong y Alain corrió a abrir. Era Régine. Llego con dos muchachos que recogió por el camino. Uno tenía cara de jalador de carros finos y el otro era una mala imitación de un modelo de revistas. Tenían el pelo mojado y cada uno venía del brazo de Régine. La eterna Régine se acomodó con sus muchachos cerca de la ventana porque seguro a la media hora sentía ganas de botarse para acabar de una vez por todas con todo ese amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, no cierres la ventana que acumulaba a lo largo del día en el restaurante donde servía todo el día hamburguesas grasientas a esos hombres que se las comían en silencio mientras miraban por los cristales el paso rotundo de los días.

Alain, se paseaba con su camisa de flores tropicales y su vaso de vodka esparciendo su sonrisa podrida a todo el mundo hasta cuando otro leve ding dong rompió la confusión de la fiesta y entonces dando pequeños saltos de ovejero inglés corrió desesperado

hacia la puerta ding dong y Oliver apareció con su cara pálida y sus ojos hundidos allá en el fondo de su confusión y de su perfume para la ocasión.

—Hola pequeño cerdo, cómo estás hoy?, —dijo Oliver mientras le daba una pequeña palmada en el cachete rojo de Alain.

—Bien, muy bien pequeño idiota. Sigue. Ya sabes, si quieres suicidarte, en el baño hay pastillas. La última vez me dañaste el cuchillo del pan pequeño idiota, —dijo Alain riéndose.

Oliver saludó a cada uno de los asistentes y luego se sumergió en alguna cortina de humo que producía una mujer que se encontraba recostada contra la pared y se sumergió allí para absorber toda su nicotina, todo el olor de sus pechos, de sus manos, todo el desasosiego de su carne.

Alain había preparado un ponqué blanco, con mucha crema y muchas fresas para celebrar el cumpleaños de su perra llamada Marta. Marta era una ovejera inglés que se la pasaba dormida sobre el tapete persa de la sala. Cualquiera que la veía pensaba que era una perra mongólica o algo por el estilo.

Marta, la perra de Alain, siempre inauguraba las fiestas. Y esa noche no fue la excepción. Alain la subió a la mesa del comedor y destapó una botella de vodka y sirvió en un vaso un poco del licor. Enseguida Marta metió su hocico, su pelo gris, su lengua roja y lamió el vodka helado.

A las doce de la noche casi todo el mundo estaba en casa de Alain. Régine como siempre, estaba cerca de la ventana observando las luces de la ciudad y hablaba de que se sentía más sola que nunca, que los días la fusilaban cada mañana allá en medio de sus sábanas blancas, tibias y desoladas, ausentes de babas y de brazos y que lo que más deseaba era despertar en medio de algunos brazos, en medio de un mar de nicotina amarilla porque ella decía que así olía su corazón. Entre tanto Marciana fumaba cerca de la tarta blanca y hablaba de sus cosas, del balón de colores que le había comprado al hijo del vecino que también estaba de cumpleaños y al que cuando le quedaban ratos libres le enseñaba a cantar canciones de moda.

De pronto un ding dong sonoro y prolongado interrumpió la cascada de risas y humo y en la puerta

apareció Kim y el apartamento de Alain se inundó con su perfume agresivo. Kim siempre olía a cama, a sudor, a medias negras, a colilla de cigarrillo, siempre saludaba con mucha emoción a cada persona. Se agarraba de las personas como si fueran barcos que atravesaban el mar confuso de sus días. Su rostro siempre estaba mojado, húmedo, tal vez de tanto llorar, de tanto amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, no cierres la ventana, vaso.

Al rato alguien nuevamente tocó el timbre. Ding Dong. Era Marciana que había ido a comprar cigarrillo. Marciana no saludó a nadie como de costumbre. Siempre que salía a comprar cigarrillos a la avenida Blanchot llegaba ausente, abaleada por la noche. Marciana se sentó cerca de la ventana y acarició a Marta y después desapareció y se metió al baño. Se alzó la falda y dejó que Max le acariciara sus nalgas rosadas mientras le hablaba de las apuestas, del clima o de la inflación.

Entre tanto Oliver ya se había tomado dos tragos y estaba cerca de la ventana viendo los autos de la avenida Blanchot que rompían con sus luces la

oscuridad y la muralla de hojas secas. Alain, el risueño Alain, se paseaba por toda la casa atendiendo a sus invitados. Estaba atento de que a Régine no le faltara su venenito, de que a Marcel no le faltaran las chicas. Aquella noche estuvo atento de consolar a Marciana luego que salió de hacer el amor en el baño surgió vuelta mierda, con el culo descompuesto, con las palabras ahogadas, con el corazón ensopado en sangre y solamente buscó derrumbarse entre la camisa de flores tropicales de Alain para olvidar el incesante ding dong que se prolongaba en el interior de su cuerpo como si fuera un timbre negro que hacía despertar todas las puertecitas clausuradas que llevaba debajo de las axilas, de las piernas, de las palabras. Alain la acogió entre sus brazos peludos de oso fatigado y le dio un trago de vodka. Le ensopó los labios y le susurró palabras dulces ding dong no te preocupes todos estamos vueltos mierda ding dong ven hacia acá reposa ding dong no te desesperes Marciana a todos nos da vueltas la cabeza ding dong toma un cigarrillo descansa Marciana déjate únicamente llevar por la suprema ley del amor descalabro angustia café negro

ven para acá mi amor te tengo pocillo no cierres la ventana vaso ding dong.

Hacia la media noche Alain reunió a todo el mundo en el comedor y se partió la tarta de cumpleaños de Marta. Antes de que Alain insertara el cuchillo brillante en la masa blanca y dulce un breve silencio salpicado de susurros se apoderó del recinto. Todos cantaron el hapiverdituyu hapiverdi Marta y la abrazaron. Entonces Marta metió una de sus patas en el ponqué. Y luego la otra. Bravo, gritó Alain. Enseguida Marta se bajó de la mesa y se fue por toda la casa y tras de sí fue dejando huellecitas de crema, huellas blancas para que los navegantes de la fiesta no se perdieran tanto debajo de los sudores, el vodka, el humo del cigarrillo y las palabritas no sé, te tengo, pocillo, café, negro y todas esas mierdas que se dicen en las fiestas. Todos tuvieron que ver con Marta. Todos se sumergieron en sus pelos grises, en su collar de pulgas rojo y le desearon mucho amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, no cierres la ventana, vaso, todos fueron tan felices, todos rieron, encendieron cigarrillos, dejaron escapar palabras, griticos y

mieditos, todos navegaron encima de las pequeñas baldas de sus sonrisas procurando no naufragar en aquel pantano de cuerpos y humos. Después cada uno se fue a su rincón a seguir la fiesta en casa de Alain. Marciana se puso brava porque habían ocupado el baño y se quejó ante Alain, que inmediatamente le dijo que se serenara.

—Está bien Marciana, pero la próxima vez no me dejes vuelto mierda el baño. Es la tercera vez que cambio ya de espejo. —En efecto, mientras algún hombre le hacía el amor frente al espejo, Marciana sacaba su labial rojo y lo llenaba de signos, de ritmos, de pulsaciones, de palabras, de descalabros, de amores rotos como sus calzones.

Hacia las dos de la mañana Alain de pronto paró la música y su cara de cerdo estaba más roja que nunca. Todo el mundo se calló y Alain pregunto por Marta, por su querida perra Marta. Alain no la encontraba por ningún lado. La fiesta se paró. Alain dispuso un operativo de búsqueda y dijo que tal vez Marta se había ido al parque detrás de las palomas. Sin embargo, luego de unos minutos el grito de Régine

partió la oscuridad en dos. En la cocina estaba Oliver frente a Marta, que yacía abierta de par en par por un cuchillo. Le hablaba con mucha ternura. Alain estaba fuera de sí y cogió a golpes a Oliver que solamente atinó a reírse. Todo el mundo salió despavorido. La única que no se dio cuenta fue Marciana que se había metido al baño a pintar amores rotos sobre el vidrio sucio de su cuerpo. Alain echó a todo el mundo a patadas del apartamento. Max y Marciana se fueron al parque a alimentar a las palomas.

—Todas las mañanas alimentaba a las palomas a esta hora, —le dijo Max a Marciana mientras bajaban las escaleras del edificio. A Marciana le pareció divertida la idea y se fueron entonces al parque de la avenida Blanchot. Régine se fue un poco triste y se llevó unas cuantas pastillas para su casa para terminar la fiesta, pero antes les dio un par de patadas a los chicos que había traído a la fiesta y les dijo que se metieran por el culo los ceniceros que se habían robado.

Después de aquella noche los días no fueron iguales en la avenida Blanchot. Marciana a las pocas semanas fue recluida en un sanatorio y únicamente Alain iba a

hacerle visita. Le llevaba flores y chocolates y también labiales rojos porque según decía Alain, Marciana se la pasaba pintando las paredes y los troncos de los árboles con su nombre, con su amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, no cierres la ventana, vaso. Marciana decía que iba a llenar de labial rojo el cielo y las nubes y el aire y los ruidos. Régine también se fue de la avenida Blanchot porque su madre cayó enferma. Por su parte Oliver siguió trabajando en la librería de la avenida Blanchot y no se acordaba de aquella noche. Alain clausuró las fiestas por un tiempo y dejó de reir. Los días y las noches se fueron diseminando como semillas sin sentido que se iban arrastradas por los vientos sucios de la ciudad ding song. Todos extrañaban las locuras de Régine, sus chistes, su risa dislocada, su sostén blanco como la nieve, su música, sus dedos, sus uñas. También las palabras que Marciana dejaba en los espejos mientras le acariciaban ding dong en el trasero esas manos solitarias que buscaban calmar allí entre los cristales del baño los reflejos dementes de los gritos de Marciana, que nunca preguntaba el nombre, la

ocupación, la canción preferida, la marca del perfume. Solamente exigía que fumaran cigarrillos rubios para que el humo azul se mezclara con su amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, no cierres la ventana, vaso. Por su parte. Alain nunca se repuso de la pérdida de Marta. Al otro día la enterró en el parque, cerca de la casa de las palomas, cerca de esas palomas que Marta perseguía en las tardes mientras Alain se fumaba un cigarrillo sin filtro abaleado por el sonido roto de la tarde. Tal vez Marta era la única que sabía moverse entre su amor, descalabro, angustia, café, negro, ven para acá mi amor, te tengo, pocillo, no cierres la ventana, vaso, sin hacer ruido.

Tal vez Marta era la única que entendía que los días estaban salpicados de pequeñas pulgas negras, insignificantes.

DC-3 ESPINACAS DE MAYO

Ese día, Amarilla te llevé al parque de diversiones. Era domingo y estabas un poco como todos los domingos. Un poco triste, rota, alucinada. Un poco vuelta mierda, con el trasero frío, con las manos oliendo a hojitas secas. Caminamos un rato por el parque de diversiones y vimos los avisos luminosos y cuando pasamos junto al aviso del Señor Árbol de Mermelada me dijiste hey Sven ese tipo se parece a mi hermano. Eran las ocho de la noche.

El Señor Árbol de Mermelada

El señor Árbol de Mermelada se levantaba todas las mañanas y orinaba cerca de la jaula de Cooper, El Oso Polar y mientras procuraba que el chorrito amarillo golpeara las barras de la jaula susurraba, oye viejo todo bien? Y entonces Cooper, El Oso Polar entreabría un ojo y parecía responderle desde su pereza blanca, claro viejo de mermelada, todo bien. El Señor Árbol de

Mermelada siempre desayunaba café negro, sin azúcar y después se iba a la cabina de Iliana, La Mujer Barbuda y le acariciaba sus tetas, un poco elefante, un poco de ballena y le decía hola pequeña cómo estás? Aquí te traigo un poco de café para que pasemos la mañana un poco cerca de los leones, un poco cerca de la lluvia. El señor Árbol de Mermelada era el más huraño de todo el parque de diversiones. Olía a orines de camello. A hierba seca. A hierba vieja y amarilla. Cuando estaba aburrido, El Señor Árbol de Mermelada se iba a la jaula de los leones a tomar un poco de vodka, Mercury, el león viejo siempre bostezaba cuando lo veía entrar con la botella. El señor Árbol de Mermelada sacaba la botella y se recostaba en Mercury y en Migue, el león con cara cansada y se tomaba un sorbo, dos sorbos, tres sorbos y le hablaba a los leones y les decía hermanos míos no se vayan a mover mucho que el viejo de mermelada va a hacer una pequeña siesta. El Señor Árbol de Mermelada siempre iniciaba su espectáculo a las seis de la tarde. Su show no era nada del otro mundo. Era más bien algo triste. Salía y decía hola chicos cómo va todo? Y los chicos

respondían hola Señor Árbol de Mermelada cómo va todo? Y entonces se ponía a hacer contorsiones que decía que eran de los dioses de la India, contorsiones también en honor a Osiris y después sacaba unos cigarrillos que apestaban y hacía figuras con el humo azul. A veces se atoraba. Después se metía a la cabina, tomaba un poco de vodka y al poco rato salía a observar el número siguiente, el número de La Señorita Tetas de Mantequilla, que se bamboleaba en el aire mientras los chicos soltaban suspiros cuando le veían sus nalguitas de rana allá arriba, nalguitas tan inalcanzables, nalguitas que olían a león, a arena triste. El Señor Árbol de Mermelada siempre quiso ser mago, pero no pudo. Por eso envidiaba al Señor Viento. Y llegó el número del Señor Viento. El Señor Viento pidió un voluntario del público para llevar a cabo un truco especial. Un chico con cara de idiota, se paró y saltó a la arena. El Señor Viento lo saludó, le preguntó al chico su nombre, Roger, respondió el chico y entonces lo metió en la caja de madera y le echó los polvos mágicos. Después abrió la caja y el chico no se hallaba por ninguna parte. El público aplaudió. Nuevamente el

mago cerró la caja y después la abrió, pero el chico no apareció. El público aplaudió de nuevo. A la tercera vez, el público se quedó callado y el Señor Viento se metió a la caja y esculcó por todos lados. A la hora llegó la policía y se llevó al Señor Viento y la caja. El chico nunca apareció. Esa noche El Señor Árbol de Mermelada se sintió feliz y fue a orinar cerca de la jaula de Cooper, el Oso Polar y él le dijo, oye Cooper todo bien? Y Cooper bostezó y le dijo, claro viejo de mermelada todo bien. Desde ese día el parque se quedó sin mago. Al poco tiempo la policía devolvió la caja del mago y El Señor Árbol de Mermelada la adecuó como retrete. Después de su número se iba a cagar allí a la caja del Señor Viento. Una noche después de un desastroso número de cigarrillos donde trató de hacer la Muralla China El Señor Árbol de Mermelada fue a cagar a la caja del Señor Viento y nunca más salió de allí. Desapareció.

Amarilla: después me dijiste que querías unas palomitas de maíz y te dije, claro muñeca. Después encendimos un cigarrillo y un avión pasó por encima del parque de diversiones y te abracé y te dije que el

domingo olía a espinacas y me miraste y yo te conté que cuando estaba niño siempre que daban espinacas las ponía en la cuchara e imaginaba que era un DC-3, el DC-3 Espinacas de Mayo se reporta en emergencia, atención torre de control, pido permiso para hacer un aterrizaje forzoso y claro, la mano de mamá tumbaba el DC-3 Espinacas de Mayo. Mierda.

El Señor Viento

El Señor Viento llegó al parque de diversiones cuando era apenas un chico y al principio le tocó limpiar la mierda de los leones y también despertar los elefantes. Desde el comienzo las relaciones entre Mercury, el león y el Señor Viento no fueron buenas. Cada vez que Viento llegaba a limpiar la jaula, Mercury se instalaba en un rincón y esperaba a que Viento levantara los bollitos. Cuando se iba a ir, Mercury se incorporaba, dejaba escapar un gran bostezo y le decía oye marica Viento toma para que sepas y entonces se cagaba nuevamente, sin afán, con toda su paciencia africana. Viento, un día perdió la paciencia y habló con Sombrero, el elefante triste, que había sido apresado

cuando era una cría y le dijo oye Sombrero vamos a vengarnos de Mercury, te juro que haces el idiota en ese número idiota donde sales y el león marica ese se sube y el que se lleva las palmas es él. Esa noche Sombrero se echó una cagada milenaria, que Viento recogió en varios toneles.

Después se fue a la jaula de Mercury, que estaba durmiendo, tal vez soñaba con una estepa surcada por un millón venados que saltaban hasta el cielo azul, hasta las nubes, hasta el viento y entonces le echó la cagada de Sombrero. Desde ese día Mercury respetó a Viento. Al poco tiempo Viento fue designado como asistente del mago del parque y poco a poco fue aprendiendo los trucos. Siempre los practicaba en las mañanas en la jaula de Sombrero. Llegaba y despertaba a Sombrero con una pedrada y se ponía a practicar. Cuando decidió que ya era la hora de entrar al estrellato llamó al maestro, al mago del parque y lo invitó a la jaula de Sombrero y le dijo que se pusiera debajo de Sombrero, que fresco, que no iba a pasar nada y efectivamente el mago se puso debajo. Entonces Sombrero se sentó encima del mago y desde esa noche

Viento fue el mago oficial del parque. El Señor Viento, el único. El otro mago fue enterrado en el sitio donde Sombrero cagaba todas las noches.

Me dijiste que en el parque había mucho ruido y te respondí que el parque era un poco como el mundo, un poco como los días y nos sentamos a esperar el turno para la montaña rusa y el ruido te siguió molestando y te dije que no había remedio muñeca, que la única la única manera de soportar este mundo era a través de su ruido. Entonces sacaste la botella de vodka para ensopar esa noche rota de domingo con un poco de alcohol, claro nena hazlo, tomemos un poco, un poco para matar el tedio, un poco para estar el uno junto al otro, un poco para mirarnos a través del reflejo del cristal de la botella, claro muñeca y te dije al oído que no soportaba los días serenos y tranquilos, eso días pasaban como una estela de flores sobre el viento de los tiempos, esas mañanas donde los ladridos de los perros navegaban a través del murmullo de mi sangre. Después nos quedamos en silencio esperando el turno para la montaña rusa y solamente abriste la boca, solamente dejaste escapar unas palabras a través de tus

labios rojos, de tus labios yo no sé, y dijiste mierda, que tenías ganas de montarte en la puta montaña rusa y soñar que tocabas las nubes con la punta de los dedos y que después te vomitabas sobre las estrellas. Claro muñeca, hazlo.

La Señorita Tetas de Mantequilla

A la Señorita Tetas de Mantequilla la habían recogido en otra ciudad. El primero que la vio fue El Señor Hueco y cuando le vio esas tetas, esa forma de cogerse las nalgas mientras la noche le perforaba las babitas debajo de un poste de la luz dijo mierda, uno, dos, tres, esa es mía, yo me la llevo. La Señorita Tetas de Mantequilla era la putica más famosa de la región. Su número consistía en hacer numeritos con sus teticas elásticas llenas de pecas mientras se balanceaba por los aires. El que mejor le salía era el número 5. Entonces el público soltaba gemidos y El Señor Hueco decía mierda, uno, dos, tres, esa es mía. Al principio el espectáculo de la Señorita Tetas de Mantequilla era aceptable. En realidad no era una lumbrera. Con el paso del tiempo su número fue declinando, pero el

dueño del parque sabía que La Señorita Tetas de Mantequilla era indispensable. En las épocas duras, en los tiempos difíciles, de hambre y sed, todo el parque hacía fila frente a una carpa que instalaban en el parque y la Señorita Tetas de Mantequilla ofrecía un poco de su leche al Señor Árbol de Mermelada, al Señor Viento, también llevaban a Cooper, a Mercury, a Miguel, a los enanos. Todos tomaban y claro el Señor Hueco les decía a todos mierda, uno, dos, tres, esa es mía. Creo que una vez Mercury, el león tenía mucha hambre y le rebanó un seno. El Señor Hueco no dijo nada. Solamente dijo, uno, dos, tres, esa es medio mía y se rió. Desde ese día el numerito 5 que hacía La Señorita Tetas de Mantequilla con sus teticas no le salió bien.

Amarilla, nos montamos en la montaña rusa y todo empezó a dar vueltas. Estábamos mareados. Eran casi las diez de la noche y teníamos las manos llenas de frío. Estábamos tú y yo, Amarilla. Tú y yo en la mitad de la montaña rusa, tú y yo en el recoveco de un domingo absurdo totalmente salpicados de oscuridades. Amarilla, tú y yo, rotos, frágiles, dementes. Vueltos

mierda. Con el trasero frío. Felices bajo la lluvia en la montaña rusa. Creo que cerraste los ojos para tocar con la punta de los dedos el cielo negro, las nubes, la lluvia y entonces dijiste que algo no iba bien en la montaña rusa, que olía a sangre, y yo te dije que tranquila nena no pasa nada. La noche olía a sangre, a periódico mojado, a licor, a pistola recién disparada. Tranquila muñeca, te dije, así son todos los domingos, pero tú insistías en que algo no iba bien y claro vomitaste y después miramos hacia atrás y hacia adelante y estábamos salpicados por gotas de sangre y gotas de lluvia. Todos los pasajeros de la montaña rusa se habían cortado las venas y su sangre nos caía por todos lados. Tranquila nena. Seguiste vomitando. Los pasajeros tenían la mirada hacia el cielo, se encontraban con los brazos abiertos y tú dijiste que buena muerte, tranquila muñeca y agregaste que a lo mejor todos esos muertos soñaban que tocaban con la punta de sus dedos las nubes y el cielo y mejor que no vomitaran. Tranquila muñeca. Entonces nos bajamos de la montaña rusa y salimos del parque de diversiones y me dijiste que nos fuéramos al aeropuerto a ver los aviones

en la madrugada y que nos acostáramos en la pista e hiciéramos el amor mientras un DC-3 pasaba por encima de nosotros. Cogimos un taxi que nos llevó al aeropuerto. La autopista que conducía al aeropuerto estaba vacía. Una leve brizna de lluvia empezó a caer y el ruido de los parabrisas nos llenó la pequeña noche del taxi con su ruido incierto flap flap. En la radio daban la hora, una de la mañana flap flap y dijiste que te abrazara, que te metiera los dientes en la mitad de la boca, tranquila muñeca, flap flap, hacía calor, había flores amarillas bajo la noche flap lluvia flap lluvia flap, tranquila muñeca. Llegamos al aeropuerto. Entramos y los pasillos estaban llenos de pasajeros con los ojos apagados. Hacía calor. Me sentí en otro país. Toda esa gente parecía como si estuviera huyendo. Caminamos sin afán pom pom pom por los pasillos vuelo número 890 destino Kingston listo a despegar pom pom pom. A través de los vidrios los aviones parecían luciérnagas de metal. Pequeñas aves dormidas. El aeropuerto olía a toalla higiénica, a clínex con mocos perfectos, a maletas de lona, a Chanel número 5, a tres de la mañana, a beso con crema dental, a café con crema y dijiste que

el olor de los aviones te encantaba, que así debían oler las nubes. Tranquila muñeca. Después llegamos a la pista. El cielo estaba plagado de estrellas. Era una noche de verano. La noche olía a DC-3, a Fokker, a cinturón de seguridad, a trece mil pies de altura, a please no smoking. Nos sentamos en el borde de la pista. Fumamos y sacaste la botella de vodka. Varios aviones pasaron encima de nuestras cabezas con todo su ruido, con ese olor a nubes blancas, a cielo azul, a cerveza, a DC-3 con espinacas. DC-3 con espinacas era estar contigo fumando en la pista, 3 am, DC-3 con espinacas era tener los calzoncillos húmedos, DC-3 con espinacas era darte un beso en tu boca, en tus tetas, en tus piernas, en tu nariz, DC-3 con espinacas era sentir ese calor de los aviones cerca de nosotros, encima de nosotros, dentro de nosotros, DC-3 con espinacas era ese día de mayo 3 am. DC-3 con espinacas era tomar vodka mirando las estrellas y las luces de los aviones, DC-3 con espinacas era hacer el amor en la pista abaleados por el ruido de los aviones, por ese olor a gasolina y felicidad que poseen todos los aviones, por ese perfume incierto a estrellas, a aire, a perfume

plateado, a rosas rojas en la mitad de una turbina en una noche de lluvia. Esperamos a que el sol empezara a inundar la pista. Antes de irnos a la ciudad vimos aterrizar un DC-4. Un avión de carga, que emergió de la débil línea del horizonte y luego nos llenó los cuerpos con su ruido de mosquito grande y sin complejos. Después entramos al aeropuerto y tomamos un café con tostadas y mantequilla. Caminamos por entre los viajeros, sin afán pom pom pom. Tomamos una carta de viaje y me dijiste que querías ir a cualquier isla del Caribe pom pom pom. Tranquila muñeca. Tomamos un taxi y dormiste todo el trayecto. Ese lunes dormimos todo el día. Nos despertó hacia el atardecer el ruido de un avión. Era un DC-3. Era un día de mayo y me dijiste que tenías ganas de espinacas. Tranquila muñeca.

ALABIMBOMBAO

Todos terminaron mal. Mal. Mal. Mierda, qué cosa tan jodida. Calor. Sangre. Una moto. Tal vez una jeringa. Un teléfono. Un mensaje que decía Susy te llamo a las 8 pm después del partido trip trip trip. Eran Carolo y El Loco. Le digo a Lerner que no sé cómo empezar y entonces Lerner me responde fresco Pink, como vamos vamos bien trip trip trip. Bien. Carolo y El Loco. Carolo y El Loco. Calor. Sangre. Una moto. Calor. Lluvia.

Todo empezó una tarde cuando Carolo jugaba fútbol en un parque. La tarde olía a alabio alabao alabimbombao. En la cancha jugaban Los Loros Asesinos y Los Hongos. Claro. Antes del partido un bareto, un cien, para tener brava la pata trip trip trip. Carolo era el arquero de los Loros Asesinos y se estiraba como un pez de palo a palo y miraba hacia los árboles donde Susy se fumaba un cigarrillo. La tarde era un infinito alabimbombao. Alabimbombao los árboles, alabimbombao el carro de paletas del señor

Beltz, alabimbombao el cielo azul, alabimbombao el avión que rompía las nubes, alabimbombao todas esas caras llenas de pecas que miraban el juego, alabimbombao el aire seco. Alabimbombao Carolo que se restregaba los guantes contra las rodillas. Alabimbombao esas ganas de tener aquellas teticas de perra flaca entre sus manos, alabimbombao que Susy le metiera un gol olímpico en la mitad de las piernas trip trip trip, en la mitad de la tarde, de la luz, en la mitad del olor de los árboles y de la gaseosa. Calor. Sangre. Una moto. Tal vez una jeringa. El sol. La tarde. La gaseosa. El bareto. Nuevamente el sol. Un poco de lluvia. Alabimbombao. Susy. Mamita.

Una tarde Carolo se dejó de pendejadas y esperó a Susy a la salida del colegio. Una paleta de limón. La tarde. El sol y las teticas de perrita flaca. Susy. Mamita. Te quiero. Susy se subió en la moto de Carolo y se dejó despeinar por el viento, por el olor a sangre en los días. Se mojó con la lluvia. Susy. La tarde. El resumen de la tarde. Susy. La tarde. El sol. Teticas. El olor a fresa del pelo. Las manos blancas. Fumar en el agua. Ser el agua de los días. Susy. Mamita.

Carolo la llevaba al monte, cerca de la valla de Marlboro y allí se tendían sobre la hierba. Calor. Una mano en la mano. El sol en el sol. El silencio en el silencio. Susy. Mamita. Te quiero. Clarito muñequito trip trip trip. Pero Carolo ya estaba jodido. Mierda. Carolo ya iba en anfetaminas.

Después los días fueron más bien opacos. Las fiestas en la casa de El Loco ya estaban demasiado heavys. Black Sabbath, Sabotaje. Paranoid. Lluvia. Un poco de hongos. Sangre en el wc trip trip trip. La casa hecha una mierda. Fresco locos los viejos están de viaje, decía El Loco. Para Susy fue un cambio duro. De un día para otro pasó de las hostias del colegio a los hongos de El Loco. Un trip. Claro un trip. La noche. Calor. Sangre. Una moto. Susy. Mamita.

A los pocos meses a Carolo lo mandaron a un kibutz en Israel para que dejara la vaina, la cosa, la droga, la güevonada trip trip trip. El Loco y sus amigos fueron al aeropuerto. Sanidad. Sanidad. El Loco montó a Susy en la moto y se metieron a la pista y llegaron hasta la escalera del avión. El mierdero total. Sanidad. Sanidad. Fue la última vez que se vieron. Tres de la

tarde. El sol. La tarde. El viaje. El último trip. Cielo azul. El avión. Teticas con pequitas. Teticas flacas. Mamita. Susy. Mamita. Carolo. Mi amor. Qué cosa tan jodida. Un beso largo. Un beso con olor a avión y gasolina. Mamita. Babitas. Avioncitos. Cielitos. Teticas. Lagrimitas pendejas.

Carolo llegó a Israel y empezó una nueva vida. Mierda. Todos los días se la pasaba cultivando naranjas en ese desierto pleno de sol y viento seco. El sol. El sol. El sol. El recuerdo de Susy. El recuerdo de sus teticas de perrita flaca. Su olor. El olor de Susy y de las naranjas. Susy y el sol. Susy. Mamita. Fresa. Pero en todo caso, sanidad, sanidad. Al cabo de un mes Carolo sufrió una insolación tenaz y mierda lo llevaron a la enfermería del kibutz. Una puta aspirina y crema. En la enfermería soñó con Susy. Mamita. Con la tarde. Con la tarde, la moto y Susy. Y la lluvia. Y las calles. Pero claro. En la enfermería había canecas llenas de morfina para los soldados que se daban plomo en la frontera con Siria. Carolo se robó una caneca y se la mamó él sólo. Un trip. Claro, un trip. Y mierda. De regreso a casa. Nada qué hacer. Llegó al aeropuerto.

Nadie lo recibió. Era de noche. Calor. Una gaseosa. El pasaporte. Los pasillos. La requisa. Los perros policía. Los carabineros. Un café con crema. La oficina de Interpol. Aduana Nacional. El Das. El F-2. La maleta. La noche. Carolo cogió un taxi y le pareció que la lluvia escribía con sus gotas el nombre de Susy en el panorámico del taxi. Susy. Lluvia. Una de la mañana. Teticas. Mamita. El vidrio. La Lluvia trip trip trip. Un cigarrillo.

Pero todo había cambiado. El Loco y Susy se habían cuadrado en una fiesta en la casa de Yoyi en una noche de lluvia. Se besaron en la mitad de la lluvia. El Loco le dijo que ella era como la lluvia, que ella era como pequeñas gotas que se escurrían por el vidrio sucio y roto de sus días. Susy. La lluvia. Lluvia de babitas. Mamita. Mierda, qué cosa tan jodida. Y Carolo que pensaba llegar y decirle a Susy muñeca vamos al monte y me cuentas un poco de tu vida, un poco de lo que haces, de lo que no haces, un poco de tus pequeños sueñitos llenos de babitas, cielitos, arbolitos y gotas de lluvia. Pero más bien no. Mamita. Teticas. Carolo entró en una profunda decepción.

Tal vez era navidad. 24 de diciembre. La noche. Velitas. Los regalos. Campanitas. El árbol. Las luces. Los perfumes. El pavo. El vino. La pólvora. Un trip? Claro un trip. El último. Carolo salió a la calle y se acercó a su hermano y le arrebató el paquete de totes. Claro. Calor. Sangre. La noche. Una moto. Se fue en la moto trip trip trip y a medida que iba acelerando se fue metiendo uno a uno los totes en la boca, qué cosa tan seria. Después llegó a la casa vuelto una mierda. Lluvia. El vino. Susy. Mamita. Y se desplomó. Al otro día fue el entierro. Susy. Mamita ya no había nada que hacer.

A los pocos meses El Loco se mató en la moto en la avenida. No le sirvieron los frenos. Un bus de transporte sin subsidio le subsidió su pase a la eternidad. Mierda. Calor. Sangre. La moto. Un teléfono.

Después Susy se fue para Estados Unidos. Tres de la tarde. El avión. El cielo azul. Teticas flacas de perrita. El labial. El avión. El vestido. La beca. La puta beca. Un trip? No, nada de trip. El día antes de irse fue al cementerio y visitó las dos tumbas, las de Carolo y El Loco. La lluvia. El cementerio. La tarde. La sangre. El

calor. Hasta siempre muñecos. Les dejó flores. Encima de la tumba de Carolo dejó un brassier. En la de El loco, un labial, qué cosa tan jodida. La tarde.

Cuando el avión pasó sobre el campo santo a Susy le pareció que este era un parque donde se jugaba un partido de fútbol, el último partido de fútbol entre los claveles rojos y el viento frío de la tarde arbitrado por ese olor yo no sé trip trip trip a alababao alabao alabimbombao que tenían las nubes y el cielo azul a cinco mil pies de altura. La tarde. El sol. La sangre. Susy. El avión. Mamita. Babitas.

LOS DÍAS OLÍAN A DIESEL CON DURAZNO

Todas las mañanas Max y Marciana iban al parque a alimentar a las palomas. Después dormían un rato sobre la hierba fresca cubiertos por el olor de la lluvia. Sus cuerpos se llenaban de hojas secas y del olor de los urapanes. Hacia las diez de la mañana Marciana y Max se dirigían al apartamento de la avenida Blanchot. Max se sentaba en el balcón mientras Marciana se bañaba con agua caliente y cantaba no me jodan la vida nene nene qué vas a hacer cuando seas grande van a tener que hablar conmigo piel dura fotografías con brandy a las diez de la mañana prende un cigarrillo en la mitad de los dedos abre la puerta vamos al cine chúpame mátame.

Los días en la avenida Blanchot pasaban como una canción que se estaba apagando. Eran días que empezaban recortados, mutilados, destrozados. Apenas se despertaban Max y Marciana empezaban a chapotear a través de la luz pesada del día. Lentamente

Max atravesaba el pasillo y se dirigía al baño a lavarse los dientes y llenaba su boca de espuma blanca para sacarse los malos olores de las pesadillas, para limpiarse los restos de las palabras oscuras que se atropellaban entre los dientes durante la noche.

En las mañanas el apartamento de Marciana permanecía en silencio. Únicamente se escuchaba el ruido que producía Max en el balcón. Después de su desayuno, sopa de paquete y café negro con dos cubos de azúcar, Max se iba al balcón y regaba migas de pan sobre la cornisa con paciencia como si las palomas o el pan se fueran a acabar. El ruido que producía Max era leve y se colaba debajo del ruido de la ciudad, debajo del ruido que hacía Marciana que dormía con la almohada cogida entre sus manos para no dejar ir ese olor invisible de los sueños, ese perfume del amanecer que la cobijaba de pies a cabeza, para no dejar ir esa canción profunda y borracha que mojaba sus sueños rotundamente con un poco de no me jodan la vida nene nene qué vas a hacer cuando seas grande van a tener que hablar conmigo piel dura fotografías con brandy a las diez de la mañana prende un cigarrillo en la mitad de

los dedos abre la puerta vamos al cine chúpame mátame mientras Max permanecía en la ventana alimentando a las palomas con migajas de pan, con trozos de silencio y de humo azul.

Definitivamente ambos no estaban debajo de los mismos ruidos. Max y Marciana atravesaban los días a través de canciones rotas e inconclusas. A lo mejor se venían a encontrar al final del día, cuando sus canciones ya se estaban acabando y entonces se quedaban instalados en medio de dos silencios y se miraban, se tocaban, se despojaban de todo ese ruido que se les había pegado a lo largo del día y es por eso que Max le metía la lengua entre los dientes, para que Marciana no hablara, para que no rompiera ese silencio, sólo para eso, para que no iniciara otra vez la ópera absurda del tiempo y quedaran incomunicados uno al lado del otro pegados por el olor de unas babitas escandalosas, de unos calzones, del olor de esos calzones inciertos.

Marciana era un compendio de murmullos oscuros que latía junto a Max. Marciana se hacía partir de la luz, a partir de un cigarrillo, de un pucho con un café negro con tres cubos de azúcar. Max sufría de insomnio

y por eso siempre observaba a Marciana durmiendo., respirando ruidos. Para Max el amanecer era una hora peligrosa. A esa hora siempre tenía un pie en la oscuridad y otro en la luz. Cuando veía a Marciana junto a él, pensaba en su cabello revuelto y sentía que debajo del olor fresco de ese pelo había un pantano donde nadaban todas las palabras y los ojos y las manos de Marciana porque las movía como si quisiera coger el aire, como si quisiera apagar la máquina de los sueños que había encendido cuando clausuraba su pequeño cielo restringido que portaba debajo del brassier blanco, debajo de no me jodan nene nene qué vas a hacer cuando seas grande van a tener que hablar conmigo fotografías con brandy a las diez de la mañana prende un cigarrillo en la mitad de los dedos abre la puerta vamos al cine chúpame mátame.

Todas las tardes Marciana iba al hipódromo. La razón era que unas semanas antes había conocido a un tipo en el bar de Alain. Se llamaba Noé y era dueño de Blasfemia, un pura sangre que era la promesa de la temporada. Noé estaba hablando con Alain cuando Marciana estaba cantando en el fondo del bar put on

the red line put on the red line y mierda Noé le dijo a Max que esa mujer era la que necesitaba para llenarle la cabeza a Blasfemia de pequeños griticos, de ruiditos, de Marcianitas, de mañanitas con brandy y fotografías a las diez cuando el sol calentaba los árboles, la arena, las nubes.

—Max, esa mujer es la que necesito para que le reviente los sesos a Blasfemias con canciones dementes, —le dijo Noé a Alain mientras se servía una copa de vodka en medio del ruido y del humo del bar La Cosa Divina.

Noé contrató a Marciana para que se fuera todas las tardes a las pesebreras a cantarle canciones rotas, tristes porque estaba convencido de que Blasfemia era un poco como una planta. Había que cantarle para que no se deprimiera, para que estuviera listo para la carrera de los sábados. Por eso Marciana todas las tardes se iba para el hipódromo. Se despedía de Max que se quedaba escuchando música y alimentando a las palomas en la ventana y cogía el autobús Ruta 45 Banderas-Hipódromo de Techo. Marciana siempre se sentaba en el último asiento y se dejaba llevar por el

ruido del bus, por los sonidos de la Décima, por las promociones de ollas cromadas, por el olor de los chicharrones, del aceite sucio, por ese olor sucio y pegachento que se pegaba a los pulmones y a las manos, por el olor de las fábricas de llantas, de neveras, por ese humo negro donde se quemaban todos los sueños, los días y las palabras de los habitantes. Marciana se bajaba del bus oliendo a gas, a latonería Oneida. Sus tardes sabían a bus bluebird. La mirada de Marciana sabía a estampa de la Virgen del Carmen pegada al lado del espejo retrovisor dios te salve maría reina de los choferes hágame el favor y se corre al final del bus no me coja las nalgas me faltan diez pesos agáchense que el chupa está en la esquina dios te salve maría reina de los choferes se me rompieron las medias mierda huele a vómito este bus pasa por la 80 compren la cruz magnética de los siete poderes barata barata córrase al fondo mierda no le meta más gente a este perlo bájese cuando quiera paren esta mierda en la esquina por favor el día sabe a gasolina tengo el corazón ensopado en acpm mierda.

Blasfemia era un pura sangre perfecto. Era hijo de

LSD, otro caballo de respeto. Primo del Capitán Berlín. Un caballo de casta. Toda la tarde Marciana se quedaba al lado de Blasfemia. Le daba un poco de heno y se sentaba a fumar y a cantar. Marciana nunca olvidaba su botella de brandy. El brandy le ponía la voz rasgada, pesada como si llevara una lata de cerveza en los pulmones. Cada semana se hacía tomar una fotografía al lado de Blasfemia. Era los viernes. Marciana siempre aparecía sonriente al lado de Blasfemia. Todas esas fotografías eran tomadas en días de sol, en días tapizados con nubes blancas y cielo azul. Eran días que olían a arena, a heno, a brandy, a cigarrillos rubios de Virginia, a calzones recién lavados, a galletas.

Blasfemia respondía perfectamente a las canciones de Marciana. Marciana le cantaba algo de Hendrix, de Joplin, de B. B. King, algo duro, algo suave, algo duro, algo suave, todo dependía del cielo, de las nubes, de los polvos que se había echado Marciana la noche anterior.

El día que Marciana se volvió definitivamente loca de remate fue en el gran derby, sábado en la tarde,

nubes blancas, cielo azul, mujeres oliendo a Heineken, a perfume de rosas, a tabaco negro. Marciana le dijo a Max ese sábado en la ducha que la acompañara a ver a Blasfemia.

—Max vamos al hipódromo a ver correr a Blasfemia ding dong de pronto ding dong.

Cuando llegaron al hipódromo el ambiente estaba caliente. Los apostadores daban gran preferencia a Blasfemia. El otro opcionado era Sandinista. Cuba también tenía alguna opción. Max le preguntó a Marciana si en el hipódromo había palomas, porque en ese caso debía llevar un poco de sopa de paquete para alimentarlas. Marciana iba vestida con una camisa blanca, vaporosa y estrenó sus gafas de sol. Era un perfecto día de verano. Las mujeres olían a rosas y sus palabras se iban con el viento, con el humo azul de los cigarrillos. Las palabras olían a cerveza y la gente se tomaba fotografías con brandy. La gente se tragaba las nubes, el cielo azul, el viento de la tarde y Marciana estaba llena de ruidos, de zumbidos de no me joda nene nene qué vas a hacer cuando seas grande fotografías con brandy a las diez de la mañana piel dura

prende un cigarrillo en la mitad de los dedos abre la puerta vamos al cine chúpame mátame.

Blasfemia iba por el carril tres. LSD por el cuatro. Púrpura Profunda por el uno. Cuando dieron la largada Marciana fue hasta la primera fila y luego saltó a la arena. Max pensó que iba a alimentar a alguna paloma que había por allí. Una vez en la arena se puso a cantar las canciones que le cantaba toda la tarde a Blasfemia en la pesebrera. El caballo vaciló un instante, dos instantes, tres instantes, cada instante y se devolvió hacia esa corriente caliente, hacia esa voz ronca que desde la arena desarrollaba cielos de mermelada it was twenty years ago today Sgt Pepper taught that band to play they've been going in and out of style I don't really want to stop the show uhhhhhh. Blasfemia llegó hasta donde estaba Marciana y ella le pidió a gritos al público que le tomaran una fotografía urgentemente. Luego se subió al caballo, que había tumbado al jinete y se fue al galope mientras se quitaba toda su ropa. Encima de Blasfemia, se sintió inmortal. Sintió que el aire olía a Brandy, que Dios había regado brandy con begonias sobre las nubes, sobre los árboles, sobre su cuerpo

lleno de pecas. A los pocos minutos llegó la policía y se la llevó. Max desde las graderías aplaudía en medio de la confusión de la gente. En todo caso pensaba que Marciana había ido detrás de una paloma.

—Ella es Marciana… hizo todo eso por alimentar una paloma. Si todo el mundo hiciera eso se acabarían los problemas en el mundo. Eso decía Gary Gilmour. Conoce usted a Gary Gilmour?—, le dijo Max a una mujer que estaba a su lado mirando con unos prismáticos la escena.

Marciana fue llevada a una comisaría y luego fue recluida en un sanatorio a las afueras de la ciudad. Todos los jueves Alain le llevaba chocolates y labiales rojos. Siempre la encontraba en la alameda del sanatorio pintando sobre el lomo de las hojas secas con el labial. Max a veces iba a visitarla, sobre todo por ver a las palomas que abundaban mucho en aquel sanatorio. También le llevaba chocolates y labiales rojos que compraba en la avenida Blanchot.

Marciana siempre lo recibía calurosamente y el pintaba la cara con su labial. Luego se sentaban bajo el silencio de algún árbol y Marciana encendía su

maquinita de hacer ruidos inciertos y el día empezaba a oler a labial, a Marciana, a LSD, a Blasfemia, a hojas secas, a vodka con hielo hola Max mira ese cielo azul sobre mi cabeza míralo bien era el mismo que nos cobijó cuando éramos felices pequeños y remotos debes acordarte Max teníamos el corazón envuelto en papel regalo y nada nos importaba Max observa ese cielo siempre está ahí nunca se mueve es como una gran mano azul que cubre todos los dolores todos los olores todos los colores gracias por el labial rojo Max gracias voy a llenar ese cielo con mi nombre con tu nombre con el nombre de los conejos de las moscas de las hormigas desde esta misma tarde empiezo a pinta el cielo con este labial voy a llenar ese cielo con mi nombre en tu nombre con el nombre de los conejos de las moscas de las hormigas desde esta misma tarde empiezo a pintar el cielo con este labial voy a escribir poemas dementes cerca de las nubes cerca de Marte cerca de las estrellas muertas voy a escribir que un caballo se agolpa en tu risa y que cada vez que abres las manos salen halcones que llenan de sangre los árboles y los ríos y las hojas secas y las palabras y las

pesadillas gracias por los chocolates Max gracias muchas gracias voy a llenar cada silencio de labial rojo y cada ruido del día del mundo del universo voy a terminar de romper mi corazón todos me dicen que mi corazón son como mis calzones rotos que huelen a noches cansadas a manos que se escabullen por mis nalgas buscando un poco de calor un poco de silencio tal vez un poquito de ruido ven para acá Max déjame ver tus ojos déjame ver si también tienen los sueños vueltos mierda como los míos ven Max estréllate contra mi carne destrózame córtame en pequeños pedacitos y llévatelos y bótalos cerca de aquellos árboles donde nos veíamos y cuando terminábamos los días en medio de la metralla del tedio y del silencio ven Max y toca mis nalgas tócalas pálpalas recórrelas termina de romper mis calzones blancos y llenos de rotos tristes llenos de agujeros de nicotina y licor amor descalabro café negro no cierres la ventana Max quiero que escribamos un poema con nuestra sangre sobre ese cielo azul tan ausente tan callado tan distante ven para acá Max házte a mi lado porque hace frío Max súbete en mis piernas súbete en mis pesadillas y no te bajes

súbete en mis pechos y estíralos muérdelos llénalos de babas de sudores de olores de colores de cometas de gritos y de miedos pero no te vayas toma un poco de chocolate dame la mano dame muchos besos por todas partes quiero que recuerdes mi olor cuando pases por las avenidas por los bares por los parques que recuerdes mi canción rota y demente en cada hoja de cada árbol quiero que sepas que siempre estaré esperándote cerca de un espejo para que toques mi cuerpo por detrás por encima por los lados por la tangente con tus manos con tus dedos y que siempre mi pequeño Max escribiré tu nombre en el espejo mientras me tocas mientras me inyectas toda tu oscuridad en mi oscuridad mientras te desangras en mi sangre mientras desbocas todo tu silencio en mis gritos salivales salvajes atroces remotos locos rotos no te vayas ven para acá no cierres la ventana deja que el aire termine de revolcar los corazones deja que el viento seque mis calzones rotos y mis vasos rotos y mis papeles deja que el viento seque la sangre que se ha acumulado entre la nicotina de mis cigarrillos ven acércate quiero echarte el humo de mi cigarrillo en tu cara en tus palabras deja

que el humo azul te opaque lo que estás pensando y sígueme contando sobre aquellos días cuando teníamos los corazones envueltos en papel regalo y no había mucho que hacer simplemente caminábamos bajo los árboles comíamos helados de vainilla después los días se fueron achicando se fueron encogiendo se fueron rompiendo frente a nuestros ojos los días pasaban bajo los zapatos y nosotros los pisábamos alegres contentos felices irresponsables claro que te acuerdas Max lo que más me gustaba de ti era el olor de tu camisa que olía siempre a paloma a sopa de paquete tus días olían a minestrone era un olor particular molecular auricular reticular quisiera en este momento tener esa vieja y querida camisa para ponerla sobre el cielo azul para que todo el universo las nubes los árboles las estrellas y los camiones de leches olieran a paloma triste como tú mi querido Max acompáñame a tomar un poco de scotch y fumar un cigarrillo para matar la tarde para matar ese tedio que me carcome todos los huesos todos los sudores todas las babas en el parque siempre te veía haciendo signos en el aire te veía rasgando la tela de los días con tus manos desesperadamente me

imaginaba que me llamabas en silencio a través del ladrido de los perros a través de las hojas secas a través de los ruidos agónicos del día pero los días fueron pasando como si fueran las hojas de un libro que no estábamos escribiendo los días eran arrancados cerca de nosotros por alguna cuchilla de afeitar una fiber glass de pronto una fiber glass que estaba sobre nuestras cabezas y que cortaba cada segundo cada hora y las echaba en un cesto no me cabe la menor duda de que el tiempo estaba jugando basketbol con nuestros días estaba anotando y anotando cestas a costa de nuestra presencia remota rota y no hicimos nada solamente dejamos que las cosas siguieran su curso sólo dejamos que los camiones siguieran repartiendo la leche de puerta en puerta sólamente veíamos esas señoras que salían en silencio a recoger las botellas llenas de líquido blanco y luego nos sentábamos en la orilla de las noches metíamos la punta de los pies tan sólo la punta pero no nos atrevíamos a ir más allá ya creo que es la hora Max quiero irme hacia las nubes a pintar con mi labial rojo el cielo quiero que los peces negros atraviesen mi nombre pintado en las

nubes y que ojalá alguno se estrelle contra él ven para acá Max no cierres la ventana lléname con todo tu amor descalabro amor angustia café negro pocillo vaso te tengo mira ese cielo Max mira como se diluye entre tus manos observa como se derriten tus huesos más allá de tu piel a veces me gustaría cogerte a golpes y sacarte cada uno de tus huesos y cada uno de tus sueños para disecarlos en las mañanas mientras me seco el pelo frente al sol frente a las montañas no lo niego también me gustaría coger este cigarrillo y hacerte pequeñas quemaduras en toda tu jetica para que cuando hablaras tus palabras salieran quemadas incendiadas calientes vueltas mierda acabadas cocinadas ven para acá Max te voy a seguir contando cómo pasaban los días cierto día nos fuimos a ver pasar el tren y contamos los vagones uno dos tres cuatro cinco sesenta sesenta y uno sesenta y dos y saludamos a toda esa gente que iba dentro del tren que iba lleno de niños con los cachetes rojos mientras comían colombinas de colores y que nos dijeron adiós con sus manos sucias y pequeñas y rotas y lejanas mientras tanto nosotros dos estábamos allí en la hierba

abaleados por la canción metálica del tren de ese gusano que iba hacia el mar y por un momento sólo por un momento cerramos los ojos y pudimos ver el mar sentimos su viento fresco sobre nuestra frente sentimos la arena bajo los pies y entonces me cogiste la mano me cogiste con los ojos cerrados nos encontramos en medio de un leve paréntesis de oscuridad y deseo nuestras oscuridades se estrellaron en medio del ruido del tren que iba hacia el mar hacia la arena y fuimos felices pero el tren pasó y nos dejó solos descompuestos tal vez tristes en la mitad de una tarde absurda solos tú y yo solos aislados con los ojos cerrados solos con nuestros pequeños cielos restringidos dentro de nuestros cuerpos ven para acá Max me hace falta tu olor a paloma me hacen falta tus silencios tus cigarrillos tu aliento a licor me hace falta la sensación que produces es como si te hubieran soltado súbitamente en medio de cualquier mañana soleada sin saber cómo te llamas sin saber a dónde ir estás perdido solamente sabes que llevas un pequeño cementerio en la mitad de tu cuerpo en la mitad de tus sueños solamente eres feliz allí en la mitad del núcleo de tu

bosque ensangrentado por donde desfila un millón de cruces blancas que te inunda la voz las manos los pies las palabras sólo quiero que me invites al pequeño y discreto funeral que llevas a cabo cada día cuando te levantas y enciendes un cigarrillo y luego te bañas en silencio y tal vez abrazas a esta mujer en medio del descalabro de la mañana y supongo que te dan ganas de salir corriendo debo confesarlo a mí también me dan ganas de salir corriendo quiero corre sobre la espuma del mar eternamente cada mañana y cada noche ya estoy cansada de tener mi culo aplastado en los asientos de los bares no vale la pena te sientas enciendes un cigarrillo pides un vodka te enciendes con la canción de moda miras a través del vidrio y ves la autopista pides de nuevo otro vodka mi pequeño Max alguien te ofrece un cigarrillo tatareas la canción de moda baby I love you te mareas te vuelves mierda con el humo te rascas una oreja miras el reloj y ves que apenas han pasado unos cuantos minutos sientes que los pitos de los autos penetran tu sangre y tu olvido a veces te olvidas que tienes trasero llega un momento donde empiezas a perder conciencia del cuerpo todo

empieza por las nalgas se duermen se esconden luego los pies se sumergen por allá abajo en la canción mediocre de los zapatos te olvidas que tienes pecueca enseguida ya no sientes las piernas las medias te olvidas que en la mañana te pusiste unos calzones y luego cuando sigues con el baby I love you de pronto las tetas desaparecen asimismo el cuello y la nariz al cabo de un rato no eres más que una sombra que sostiene un cigarrillo entre los dedos o tal vez unos labiales que pronuncian palabras incoherentes rotas inconexas cerca del humo cerca de los ceniceros y te das cuenta que tienes el corazón lleno de nicotina y te dan ganas de dejarlo con las colillas y luego sales a caminar y ves ese cielo del amanecer totalmente deprimido descompuesto a punto de venirse abajo y solamente piensas en meterte en la cama y no pensar en nada en absolutamente en nada pero estás lejos de todo no hay babas no hay sudores no hay manos que te cojan en la oscuridad no puedes dormir los autos no te dejan dormir el sonido de las hojas secas tampoco es algo insoportable ven para acá Max acércate quiero escribirte un poema en el corazón con mi labial rojo

quiero escribir que eres un muñeco de cera que se derrite con mis besos quiero escribir que tienes un reloj demente en la mitad de la sangre un reloj que no te deja dormir un reloj que te lleva al infierno al fuego un reloj que es una máquina que hace pájaros en las mañanas pájaros que salen volando de tus labios y se posan en los míos y los desgarran los destruyen ven para acá Max déjame accionar tu máquina de hacer pájaros déjame sacar plusvalía de tu soledad de tu dolor permíteme meter tu mano en la máquina de hacer pájaros te juro que te construiré un cielo muy azul o tal vez muy rojo todo depende si me tras más labiales para que tus pájaros puedan volar de aquí para allá con toda libertad también te haré un paisaje lleno de árboles si es indispensable me robaré unas cuantas hojas secas de algún parque para que no te sientas extraño y también te construiré una casa en algún árbol para las palomas pero por favor déjame ser parte de tu máquina de hacer pájaros será divertido haremos fiestas nacionales y el ejército desfilará por las avenidas de nitrógeno que te construiré Max y si quieres yo me meteré en la mitad de las avenidas de nitrógeno y me cortaré las venas

mientras Dios pasa regando cruces blancas a bordo de su avión invisible sobre tu maldita máquina de hacer pájaros y entre los dos alimentaremos todas las mañanas las palomas con sopa de paquete.

Después Marciana se fugó del sanatorio con un demente que se llamaba Highway 43.

Según informaciones del doctor Tomás, Marciana estaba recuperándose en forma satisfactoria. En las mañanas se levantaba muy temprano y caminaba por las largas alamedas del sanatorio. Leía cerca de los árboles, pintaba con el labial algunas hojas secas y antes de la hora del almuerzo se acostaba a dormir en una banca de madera al final del sanatorio.

Highway 34 tenía la mirada como la autopista 34. Uno lo miraba a los ojos y solamente veía líneas blancas, simulacros de miradas, señales confusas. Tal vez lo llamaban así porque en esa autopista en la Highway 34, fue donde se volvió loco. Highway 34 iba un domingo en el auto, todas las cosas pasan en domingo, con su familia hacia la playa. De un momento a otro paró el carro, se bajó y le prendió fuego. Highway 34 esperó a que llegara la policía de caminos.

Se fumó un cigarrillo y desde ese momento no dejó de reír, de llorar, de sentirse solo, roto, de sentirse autopista. El juicio fue rápido y el juez lo declaró totalmente loco y lo recluyeron en el sanatorio.

Highway 34 llegó un viernes en la mañana. Cuando el camión del sanatorio llegó todos los doctores estaban en el patio central esperando su llegada. Highway se bajó tranquilamente y alzó los brazos. Tal vez se sintió en medio de una carrera de caballos al ver a todos aquellos doctores con los rostros circunspectos, serios, agrietados por el viento seco del sanatorio. El doctor Tomás se le acercó y lo saludó. Highway solamente le pidió un cigarrillo y un café.

—Doctor, de usted solamente espero pastillas tranquilizantes en las mañanas y un café en las tardes.

Nada más. Después se fue a dormir. Durante varios meses no salió de su habitación. La única persona que venía a visitarlo era su madre. Aparecía todos los viernes con un ramo de flores y chocolates. Todo parecía indicar que a todos los locos de ese sanatorio les gustaba el chocolate. Con el papel dorado de los chocolates Highway se fabricó una camisa. Cuando se

la mostró a su madre, ella se puso contenta. Tal vez pensó que su pequeño Highway se estaba recuperando y que pronto se lo llevaría a casa para que la escuchara tocar piano en las tristes tardes de su enorme casa repleta de objetos fatigados, Pero la madre dejó de venir a ver a Highway 34. Highway se puso más pálido. Parecía un gato maldito y callado. Luego conoció a Marciana. Sucedió un día que Alain vino a visitar a Marciana. Marciana llevaba una semana recluida y Alain llegó con chocolates, labiales y obviamente tenía puesta su camisa de flores tropicales. Highway observó el encuentro entre Marciana y Alain. Este último la estrujó entre sus brazos, cerca de su sudor, cerca del jardín escandaloso que llevaba estampado en la camisa de algodón. Marciana se echó a llorar mientras Alain le hablaba cerca del oído y le llevaba la cabeza con dulces cucarachas, ya saben, que la quería, que le había traído un chocolate suizo y cigarrillos americanos y unos labiales rosados y rojos, sangrientos en todo caso. Después se fueron a caminar por la alameda. Marciana le dijo a Alain que era un cerdo, que tenía caminado de cerdo, boca de cerdo, pero que a pesar de todo era su

cerdo y que esperaba la visita de su cerdo todas las cerdas tardes de los jueves para que le trajera las cerdadas de siempre, que obviamente compraba a última hora en alguna tienda de la avenida Blanchot. Luego de unos cuantos besos y unos cigarrillos en silencio, luego de unas cuantas palabras preñadas del humo de blend of the finest american, turkish and other choice tobaccos se despidieron bajo el sol decadente de la tarde. Cuando Alain venía de salida Highway 34 se le atravesó en su camino con un cuchillo. El cerdo de Alain se asustó. Highway se acercó lentamente y lo saludó.

—Pequeño cerdo, voy a tomarme por asalto tu camisa de cerdo, —dijo Highway 34 mientras blandía su cuchillo brillante.

Entonces fijó su mirada en la camisa de flores tropicales de Alain y hacia allí llevó el filo del cuchillo. Pacientemente cortó una flor de la camisa de Alain. Una victoria regia para ser exactos. Y se largó feliz con su flor. Alain salió despavorido del sanatorio y se metió en el primer café a tomarse un vodka. Eran ya casi las seis de la tarde. La luz del sol estaba retirándose del

sanatorio y los primeros cantos de las ranas inundaban los espacios, las alamedas, los árboles, las ventanas. Highway se acercó a la ventana de Marciana, alzó del piso unas piedrecillas y las lanzó hacia el vidrio. Ella se asomó. Highway le enseñó la flor y le grito desde abajo:

—Oye preciosa, toma esta victoria regia para que la observes toda la noche mientras te deprimes viendo una lluvia de idiotas. —Marciana le respondió con una sonrisa. Eran las seis de la tarde. Highway dejó el trozo de camisa bajo la ventana y desapareció rápido hacia la oscuridad.

A Marciana era a la única persona a la que Highway le hablaba. Con el paso de los días ella se fue convirtiendo en una especie de madre para Highway 34. En las mañanas Marciana le leía cuentos y tal vez las noticias de los diarios. Mientras le leía un cuento Highway 34 se sacaba los mocos, se rascaba las pelotas y se tiraba pedos. Siempre se fumaba los cigarrillos de Marciana metido entre sus piernas. Todas las tardes se quedaban cerca de los árboles totalmente locos mirando cómo caían las hojas secas a su alrededor. De cuando en cuando Highway también

escribía poemas en las paredes blancas del sanatorio. Le metía la mano a Marciana cerca de los senos, que era el lugar donde ella guardaba los labiales y se iba al muro a escribir poemas cerca y lejos del olor de Marciana, cerca y lejos del olor del día, cerca y lejos del olor de la demencia, cerca y lejos del olor del whisky, del humo azul oye preciosa oye muñeca loquita rotica esta mañana me siento como una ballena de luz que cruza tus pequeñas nubes de sangre tal vez son las ocho de la mañana hoy me siento ballena Marciana déjame llegar a tus cielos restringidos a tus nubes clausuradas hoy me siento mariposa hoy quiero ser nuevamente la Highway 34 hoy me siento una Highway 34 el viento pasa por mis ojos los coyotes son mis amigos hoy huelo a gasolina mi corazón es como una estación de servicio perdida en la Highway 34 donde tú tanqueas un poco de besos otro poco de mierda un tris de olvido y sigues el camino pero siempre vas a estar en la Highway 34 hoy me siento ballena mariposa estación de servicio hoy estoy lleno de gasolina mis palabras son de gasolina y aceite hoy te voy a dar un beso con sabor a diesel y a durazno.

Highway 34 siempre esperaba a Marciana en las mañanas. Casi nunca dormía. Tenía profundas ojeras como si un camión le hubiera frenado debajo de los ojos. A las seis de la mañana estaba siempre debajo de la ventana del cuarto de Marciana. Movía los brazos, gesticulaba con el viento, se tiraba pedos y se miraba en el pequeño estanque que había en la mitad del sanatorio. Luego se ponía a caminar por las alamedas esperando a que fueran las siete de la mañana, la hora del desayuno. Fumaba, caminaba, hablaba, cantaba, lloraba, caminaba y veía llover. Highway 34 era el único que se levantaba y olía el aroma de los días. Antes de que los demás locos se despertaran Highway 34 llenaba los pulmones con el aire de la mañana mientras silbaba alguna canción for the benefit of Mr. Kite there will be a show tonight on trampoline for the benefit of Mr. Kite. Luego aspiraba profundamente el día, la luz, se metía todo el canto de las aves en su pecho, olía cada hoja seca. Cuando llegaba a la alameda Highway se agachaba y saludaba personalmente a cada paloma, a cada hoja seca. Hubiera preferido que dentro del sanatorio hubiera coyotes, pero creo que el reglamento

interno no lo permitía. Su paloma preferida era una que siempre estaba cerca de la estatua de algún doctor famoso que había fundado el sanatorio. Highway 34 la bautizó Houston. Houston siempre estaba en las mañanas revisando el paso de la noche sobre las hojas secas. Siempre se encontraba con sus ojos abiertos cuando Highway 34 se acercaba a saludarla. Highway 34 se agachaba y le echaba un poco de humo azul del cigarrillo cerca del pico. Al principio Houston se asustaba, pero con el paso de los días se acostumbró al olor a tabaco rubio de Highway 34, a su perfume diesel, a su aroma de gasolina como si toda la noche hubiera estado conduciendo por una autopista un infernal camión lleno de vacas o de cervezas. Después la pequeña y gris Houston se dejaba llevar en la mano. Highway 34 la portaba en su mano y no dejaba de silvarle al oído las canciones que se sabía You could be mine Don't cry my sweet Little baby. Cuando eran las siete de la mañana Highway 4 se dirigía hacia la ventana de la alcoba de Marciana y le lanzaba piedrecitas al cristal. Nunca fallaba. A los pocos segundos las cortinas se abrían y ella se asomaba con todos sus ojos,

con todo su cuello, con todo su rostro plagado de pesadillas y le decía hola con la mano, con los dientes, con la nariz, con las pecas, con el pelo.

—Hola Highway, anoche soñé con un árbol que daba hojas de galletas de vainilla gigantes y las comíamos bajo la lluvia.

Highway 34 le respondía el saludo desde su pequeña nube de humo azul, desde su pequeño cielo roto.

—Hola Marciana. Baja que el día huele a eso, a diesel con durazno.

—Highway 34 esperaba a que Marciana se pusiera la ropa. Pero no había caso. Marciana siempre se vestía del mismo modo. Unos jeans rotos, una camiseta, unos tenis y listo. Después iban al comedor. Claro que antes de ir a desayunar Highway siempre acompañaba a Marciana a la enfermería. El doctor Tomás todas las mañanas le aplicaba una inyección tranquilizante. Por eso Highway 34 siempre le incrustaba un beso lleno de babas, de amor, de diesel y durazno en la vena del brazo izquierdo que la tenía amoratada. Hola mi pequeña herida, cómo te sientes

esta mañana de verano?, —le decía Highway a Marciana allí en la pequeña banca que había afuera de la enfermería.

—Como siempre. El verano me deprime. Quisiera estar en un hotel de la carretera durmiendo mientras tú toreas los camiones en la autopista, —respondía Marciana.

Highway 34 nunca entraba a la enfermería. La odiaba. Detestaba el olor a formol, el olor del merthiolate. Le recordaba las tardes del colegio, las rodillas raspadas, los ceros en matemáticas, las bofetadas, los puñetazos en los recreos. La sangre sobre la hierba, los tristes violines del verano, la campana para ir a clase, la fila para entrar al comedor, el olor a banano en el comedor. Simplemente Highway 34 se quedaba afuera con Houston plantada en su mano. Fumaba, silbaba, gesticulaba y le susurraba obscenidades a Houston. Houston cerraba los ojos y trataba de volar, pero Highway no la dejaba. Definitivamente estaba atrapada por el olor a diesel y durazno de Highway 34.

Marciana y Highway 34 siempre se instalaban en la

mesa que daba contra la ventana y desde donde se podía observar todo el sanatorio. Era un lugar estratégico. Desde allí, se podía ver la caída de las hojas secas. A Highway 34 le gustaba ver cómo la luz iba rayando con su paso las alamedas, la estatua del doctor fundador y las bancas que se encontraban en medio de los árboles. Mientras fumaba su cigarrillo rubio observaba cómo la luz se insmiscuía en la copa de los árboles. Entonces la campanilla de la cocina rompía el encanto de la luz, las nubes de humo azul y el olor a babas de Marciana. Luego de la campanilla aparecía Elías, el cocinero, que siempre llevaba un cigarro en sus labios. Supervisaba los carritos que portaban los desayunos mientras se limpiaba la grasa de sus manos de oso aburrido con el delantal. En el sanatorio siempre daban lo mismo de desayuno: café con crema, pan y alguna fruta. Los domingos servían huevo tibio. Asco total. La única que se lo comía era Houston, que clavaba el pico entre el plato blanco. Guacala. En los desayunos de trabajo, como los llamaba Highway 34, Marciana siempre trataba de permanecer en silencio, tal vez por la inyección tranquilizante que le aplicaba el

doctor Tomás. Pero Highway 34 le sacaba las palabras, los sueños, los silencios, las pequeñas sombras que tenía detrás de los dientes. En aquellos desayunos Highway 34 hablaba y hablaba. No dejaba de hacerlo. Era como si llevara una cascada de palabras llenas de babas viejas y fatigadas que quería regar entre el pan, el café con crema y el pelo mojado de Marciana. En todo caso, Highway 34 hablaba como si estuviera restregando sus palabras sobre las mañanas. Como si las mañanas fueran eternos panes de luz, tedio y melancolía sobre las cuales Highway esparcía todo su olor a gasolina, todas las líneas blancas de sus ojos, todo el humo azul de su cigarrillo rubio, toda su fatiga. Después del desayuno salían a la alameda a caminar. Highway 34 abrazaba a Marciana y soltaba a Houston que siempre caminaba detrás de ellos con su paso particular, un poco coja, un poco aporreada. Highway 34 nunca se quedaba a las terapias de grupo que el doctor Tomás organizaba en el comedor después del tedio del desayuno. No había duda. Highway lo tenía todo preparado. En el bolsillo llevaba un pequeño radio para escuchar las carreras de

caballos y las sinfonías que pasaban a las nueve de la mañana Bubble Mass Radio: «Mozart Sinfonías Nos. 35 en Re, Haffner, No. 36 en Do Linz» dirigida por Otto Klemperer. Nunca fallaba. Mientras daban el reporte de la carrera de caballos de la tarde anterior Marciana no hablaba. Highway 34 entonces gesticulaba e imitaba a algún caballo. El que más le gustaba era uno que se llamaba Kufú. Apenas terminaban de hablar de caballos, escribía algún poema en el aire de la mañana mientras Houston hacía enormes esfuerzos palomeriles por seguirles el paso. Cuando se iniciaba la sinfonía de Mozart, Highway 34 le decía a Marciana que era hora de sentarse. Ella se sentaba y Highway se ponía a correr por entre la alameda, cerca de la sombra de los árboles, cerca del olor fresco de los pinos. En ese momento Houston volaba y solamente aparecía por la tarde. Marciana veía a Highway 34 trotar, gesticular. Mientras limaba las aristas de su tedio con el viento de la mañana, Highway 34 gritaba sus poemas para que Houston se los llevara más allá del alambre de púas que protegía el sanatorio, cerca y lejos del olor de los días de sol, cerca y lejos de la lluvia, cerca y lejos del olor

de la demencia, cerca y lejos del olor de los calzones de Marciana, cerca y lejos hoy me siento de nuevo una ballena de pronto abro los ojos y me veo lleno de agua por todas partes hoy soy una ballena y tú Marciana estás en el reflejo del agua estás orinando mientras lees una revista cualquiera tal vez lees cómo se prepara una receta con tomates queso y vino hoy soy tu ballena esa ballena que atraviesa todos tus días esa ballena con tomates que te espera todas las mañanas debajo de una ventana hoy soy una ballena que escucha a Mozart hoy soy una ballena a la que le gusta la mermelada de mora y tus babas que también me saben a mora soy una ballena que va llena con tus beso con tus sueños con tu nicotina soy una ballena que quiere que le pinten el cuerpo con labial hoy soy una ballena con tomates que escucha a Mozart una ballena que no sabe nadar sino en tus babas mientras tú escuchas el sonido de los días metida en el centro exacto de tu labial.

Después del almuerzo Highway y Marciana dormían la siesta abrazados. Siempre Hacían la siesta en el mismo lugar, cerca de la estatua del doctor fundador del sanatorio. Hacia las tres de la tarde

llegaba Houston y despertaba a Highway 34. Houston caminaba por su cuerpo, exploraba su pelo, su olor y le aplicaba leves picotazos cerca de los labios, cerca del olor a diesel y durazno. Entonces Highway 34 abría los ojos y despertaba a Marciana.

—Marciana. En la tarde no pasan a Mozart. Una lástima. Vámonos a volver loco otro árbol.

El resto del día se quedaban abrazados, petrificados, absortos por el ruido que las hojas secas producían a su alrededor. Marciana siempre se llevaba una hoja seca a los labios. A esa hora no le daban ganas de pintar con el labial cosas en el aire o en los muros. Hacia las cinco de la tarde Marciana solía destapar uno de los chocolates que le llevaba Alain o Max y lo compartía con Houston y con Highway 34. Posteriormente se decretaba un silencio entre ambos. Cuando el sol se estaba ocultando detrás de las colinas Highway 34 acompañaba a Marciana hacia el edificio central. Caminaban en silencio. Se despedían en la entrada. Highway 34 siempre le decía a Houston que le diera un beso en una de las alas.

—Marciana, escríbele algo a Houston para que

sueñe con perros amargos.

A veces Marciana le pintaba algún poema en su cuerpo, en el pico, en las patas. Pero Highway 34 se abría la camisa y dejaba al descubierto su pecho para que ella pintara con el labial el perímetro de su corazón. Diástole y sístole. Diástole y sístole. Entonces Highway 34 se iba tranquilo a su alcoba. Subía las escaleras y llegaba al cuarto a fumarse un cigarrillo mientras observaba por la ventana hacia el mundo, hacia afuera y veía como la noche poco a poco se tomaba por asalto los árboles, la alameda, el sanatorio, el viento, el aire.

Creo que la idea de escaparse le vino a la cabeza a Highway un día a la hora del desayuno. Highway fumaba tranquilamente su cigarrillo mientras sorbía ruidosamente el café. Marciana estaba al otro lado de la mesa y de cuando en cuando le daba migajas de pan a Houston que para llamar la atención picoteaba el vidrio. Definitivamente Highway ya no soportaba más el olor del sanatorio. Todo el ámbito olía al doctor Tomás, a su bata blanca, a su pecueca sicoanalítica mezclada con tabaco negro. Esa mañana Highway le

dijo a Marciana que odiaba al doctor Tomás.

—Oye Marciana. Lo que más deseo es orinarme en la cara del doctor, sobre sus gafas, sobre su nariz. Sí. Eso. Ahogarlo con esos orines con olor a autopista, a billar de autopista.

Mientras terminaban de desayunar Highway 34 le dijo a Marciana que la iba a sacar de aquel sanatorio y que la iba a llevar a vivir al desierto, lejos, donde nadie pudiera interrumpir esos gratos momentos que olían a eso, a diesel con durazno. Vivirían en una casa y Highway observaría a Marciana preparar recetas con tomates, la observaría orinar mientras leía una revista donde decía que la receta de espinacas era excelente contra la resequedad de la piel, la llenaría toda de sudores y luego harían el amor en un duro catre de camionero envueltos por el blend of the best finest american and turkish and other choice of tobaccos. A Marciana le sonó la idea, pero le respondió que decididamente a ella le gustaba hacer el amor cerca de los espejos.

—Eso suena bien Highway. En las mañanas sacaré a secar mis calzones rotos para que toda la autopista

huela a eso, a diesel con durazno.

Agregó que por plata fresco porque ella se conformaba con sus cucos rotos que sacaría a secar cerca de las ventanas para que el ruido lejano de los autos que pasaban por la autopista los terminara de volver más tristes, más rotos, más descompuestos. Highway se emocionó mucho. Tal vez pensó que toda la autopista iba a oler a gasolina, a cucos rosados de Marciana y le dijo que los domingos saldrían a pintar con el labial las líneas de la autopista.

Y se escaparon. En todo caso creo que el sanatorio desde aquel día no fue lo mismo. Esa misma mañana un loco de nombre Ray se lanzó contra el enorme cristal del comedor. Durante varios días Highway 34 y Marciana anduvieron por las carreteras y las autopistas. Creo que sobrevivieron con los juegos de billar. Highway era realmente diestro manejando los tacos. Marciana se quedaba en la barra emborrachándose con vodka y siempre le preguntaba al mesero si conocía al cerdo de Alain. Entre tanto Highway se concentraba en las bolas y fumaba desesperadamente metido en medio de aquel incesante mar de música, copas, camioneros y

nubes de humo azul. Dormían donde los cogiera la noche, generalmente en el desierto cerca de la canción de los coyores. Comían cualquier cosa. A veces pasaban la mañana desnudos entre los arbustos del desierto. Marciana aprovechaba para lavar la ropa de ambos mientras Highway observaba el paso de los autos y se ponía a cantar con los coyotes lejanos que recorrían las crestas de las colinas.

Sin embargo, lo que más les gustaba era caminar por la autopista. Mientras lo hacían Highway cantaba cerca del oído de Marciana, cerca de la reverberación del asfalto cerca y lejos del olor del desierto, cerca y lejos del olor a whisky de los días, cerca y lejos de la demencia, ceca y lejos hoy me siento de nuevo una ballena llena de gasolina soy una enorme ballena que escucha a Mozart a la orilla de la autopista hoy soy una ballena que le gusta mear a la orilla de la autopista y ver cómo la espuma se va rápidamente chupada por la arena hoy soy una ballena borracha que le gusta el vodka el olor de tus senos el hueco de tus jeans en la rodilla hoy soy una ballena borracha que le gustaría tener un jugo de naranja para escuchar a Mozart hoy

soy tu ballena borracha perdida en este mar de ruidos camiones coyotes billares y moteles hoy soy una ballena perdida borracha demente rota triste y vuelta mierda que quiere pintar tu nombre en todas las autopistas para que los malditos pilotos de los peces negros lo vean desde el aire y digan oh quién será Marciana y yo les diré que es una preciosa que le gusta los chocolates y que se emborracha en los billares y que siempre pregunta por el cerdo de Alain al que le corté una flor de su cerda camisa de cerdo y también pintaré mi nombre Highway 34 para que sepan que me oriné en la jeta del doctor hoy soy una ballena borracha que va a unir con labial todas las líneas de todas las autopistas soy una ballena demente borracha y vuelta mierda que hace mierda sobre la mierda de los coyotes hoy soy una ballena borracha que se salió del acuario de los días hoy soy una ballena borracha y mi único patrimonio es un bled of the best american and turkish and other choice tobbacos y un radio donde escucho Mozart.

Durante varios meses Marciana y Highway 34 anduvieron uniendo las líneas blancas de las carreteras

con labial rojo mientras los días pasaban a través de sus cuerpos, cerca y lejos con esa rara sensación de león carpa triste deje ver no joda payaso borracho alcohol crazy mama quiero más palomitas de maíz véte a casa crazy mama blend of the finest american and turkish and other choice tobaccos ballena borracha que se salió del acuario de los días lluvia lluvia lluvia.

UNA LÓGICA PEQUEÑA

Cada cosa en el mundo tiene su lógica. Las calles tienen su lógica propia. Los tomates y los gatos también. Mi lógica es un poco gris, un poco nocturna. Es una lógica con techos, lluvia, una lata vacía de cerveza trip trip trip, qué cosa tan seria y un poco de soledad y whisky. En el fondo toda lógica es solitaria y sobre todo la de los gatos. En realidad un gato no vive su propia vida. Un gato vive la vida de la ciudad. La lógica del gatos es de la calle, de la sangre, de la basura y la mierda trip trip trip. Una lógica jodida, puta mierda. Para ser gato hay primero que comprender la lógica de los árboles, que si es un árbol triste o un árbol alegre, que si es un árbol donde se mean los perros o donde se besan un hombre y una mujer. De todos modos es un asunto complejo. La lógica, mi lógica, la de Pink Tomate es salir en las noches y decir mierda el mundo lo hago yo, yo soy el rey de la noche, yo puedo andar por encima de toda la mierda de las calles y al mismo tiempo comer mierda. Mi lógica es vagabundear por los

techos y decir trip trip trip soy el dueño de mi pequeña soledad alquilada, qué cosa tan seria, es sentir la lluvia en mi rostro, es ser la lluvia, ser la desolación, ser el viento nocturno, ser la contaminación, ser una botella de whisky, ser las nueve de la noche, ser un árbol, un pez, un plato de arroz, el humo azul de un cigarrillo, ser el olor de esas mujeres que van a los bares y dicen vamos o no vamos, ser su boca, sus dientes, sus nalgas, sus manos trip trip trip, vamos o no vamos.

Whisky

Mierda. La lógica del whisky es cosa seria. Ante todo hay que tener un estado de ánimo de desolación. Los gatos no sentimos con el corazón. Sentimos con el hígado. Le digo a Lerner que nosotros los gatos somos puro hígado y Lerner me responde, claro Pink, los gatos somos puro hígado. Hígado es un día de lluvia. Hígado es la lluvia que moja las calles. Hígado es el sonido de la lluvia sobre los techos de los autos. Hígado es tener en el cuerpo la sensación de una pistola que dispara palabras tristes de aquí para allá trip trip trip, de los bigotes a las patas, de las patas a los ojos,

de los ojos a la espuma sucia de los días, qué cosa tan jodida. Por eso para soportar el hígado lo mejor es el whisky. Whisky es la ciudad vuelta mierda. Whisky es no saber dónde uno se muere, tal vez en un techo, en un bote de la basura, en medio de una balacera en la puerta de un bar, debajo de un puente. Whisky es no saber si se muere envenenado por el olor de la ciudad, por el olor de las mujeres, de los árboles, de los autos, de las botellas, de la mierda trip trip trip. Whisky es morir una noche con un poco de alcohol en la sangre, con un poco de lluvia entre las manos, con un poco de silencio. Morir con dinamita en la sangre. En los ojos, en las palabras. Whisky es saber que los días se apagan debajo de la lluvia, debajo de las hojas secas y no hay nada que nosotros podamos hacer, puta mierda trip trip trip. Whisky es ahogarse en los sudores de la ciudad en una noche violenta y caliente. Ahogarse en las luces de neón, en las vitrinas que exhiben los últimos cucos rosados en promoción con estampados de mariposítas perfecticas, en la música que sale de los bares, be happy no worry trip trip trip, qué cosa tan seria, en el fragor de las peleas de los bares, su madre, la suya

güevón, mierda. Whisky es pasar los días con un poco de flores diminutas que se marchitan en la mitad del jardín sangriento que llevamos sembrado en la mitad de los huesos, be happy no worry, qué cosa tan jodida trip trip trip, vamos o no vamos.

Vodka

Un asiento negro. Un ventilador. Un cenicero. Humo azul. Vodka. Qué cosa tan jodida. Una pistola recién cargada. Hielo. El vodka está en otra parte. El mundo está en otra parte. La tristeza no está aquí. La tristeza está en la copa de los árboles. Por eso todas las mañanas subimos con Lerner y bebemos el veneno de los días en las copas de los árboles y nos embriagamos y entonces le digo a Lerner puta vida Pink vamos trip trip trip. El silencio está en otra parte. Se encuentra debajo de los vasos llenos de vodka, debajo del humo azul, debajo de los labios rojos, rotos, carnosos y animales que fabrican palabritas que salen una por una y caen sobre la mesa vamos o no vamos trip trip, qué cosa tan seria, debajo de las nalgas, de las tetas, de las manos vamos o no vamos, debajo de la noche. Vodka.

Lluvia. Vamos o no vamos. Lluvia. Vodka. Vamos o no vamos, tú dices sí, yo digo no trip trip trip. La misma situación. El vodka está en otra parte. Tú dices vodka, yo digo vodka. Vamos o no vamos trip trip trip, qué cosa tan jodida.

Cerveza

Tres de la tarde. Cuatro de la tarde. Cinco de la tarde. Tarde. Sol trip trip trip vamos o no vamos. Un litro de cerveza para pasar la tarde, para simular la espuma de los días con la espuma que se escurre por el vaso, por los dedos, por la mesa, la calle, los labios de las mujeres, por las paredes, las ventanas y las puertas y las nubes. La cerveza es el olor, ese olor que se pega a las horas, tres de la tarde, cuatro de la tarde, cinco de la tarde, tarde, el olor de la tarde trip trip trip vamos o no vamos, qué cosa tan seria. Cielo azul. Cielo limpio. Cielo. Edificios. Cuerpos que pasan abaleados por la espuma negra de los días. Cuerpos que se diluyen en un sorbo de luz. Cuerpos que pasan uno tras otro con su olor a hierba seca, a cigarrillo rubio, a yegua, a parque lleno de hojas secas. Cuerpos. Cerveza. Cuerpos con

pequeñas lluviecitas diseminadas un poco en las nalgas, un poco en las tetas, un poco en los pies. Cuerpos que pasan uno tras otro con la tarde, tres de la tarde, cuatro de la tarde, cinco de la tarde. Nubes, palomas. Mayo. Junio, un semáforo en amarillo y un plato de arroz y una cerveza vamos o no vamos trip trip trip, qué cosa tan jodida.

CIELITOS RESTRINGIDOS

La carretera. El calor. La lluvia. La ballena borracha. El silencio. Toda la carretera estaba llena de poemas de Marciana escritos con lápiz labial rojo, violento. Roto. El silencio. Lo último que supimos de Marciana y Highway 34 fue que se robaron un camión tanque de gasolina y por donde pasaban provocaban un incendio. El silencio. El incendio del silencio. La lluvia. El silencio. La lluvia. El incendio del silencio. La lluvia. El silencio. La lluvia. La carretera. Por donde pasaban dejaban la huella de los labiales en el reflejo de la mañana, en la lluvia, en los billares, en los wc, en la hierba, en las nubes, en el olor de los días y al final, como siempre, se quedaban con las manos vacías. Se quedaban al borde de la carretera pensando, puta vida, que la mañana, la hierba, el humo, el olor de los días pasaban por entre sus dedos como agüita invisible, un agüita que iba borrando el color de sus cuerpos para siempre de la página absurda y abierta del calor. Mierda. Un poco de

whisky. Un cigarrillo. Un labial. Highway mi amor. Marciana mi amor. No hables.

Kilómetro 10

Hoy soy una aspirina, tal vez una anfetamina
Highway mi amor
Tengo el culo frío
Una máquina negra destila un millón de tigres sangrientos en la mitad de mi cuerpo
Hoy soy una aspirina, tal vez una anfetamina y parece que hoy nada camina
No camina el camión
Tengo ganas de saltar al vacío
ganas de cortarme las venas con el filo de tu aliento con el filo de tus silencios
para que la mañana y el cielo y las nubes
se llenen con tu sangre
Hoy soy una aspirina, tal vez una anfetamina
Me falta un tornillo
y seguramente se me ha perdido en tu caja de herramientas

Highway mi amor, tengo el culo frío

Kilómetro 13

La carretera no conduce a ningún lado
Estamos en la mitad de la niebla
y el día se desangra en el asfalto
Es domingo, son las tres de la tarde
y me dices que mis teticas son como dos naranjas
invisibles
en la mitad de la pradera de los días
Highway mi amor
Houston vuela alto
Escuchas a Mozart
y esta carretera no conduce a ningún lado
Pásame la botella y mojamos los días
y la luz y el silencio con un poco
de whisky
con un poco de Mozart
Highway, ballena borracha
regálame un poco de tu desolación

Highway, ballena borracha
regálame un poco de tu Mozart
regálame un poco de tu lluvia
para provocar una pequeña tempestad
en los pequeños cielos restringidos
que llevo en la mitad de mis ojos
Highway, ballena borracha
matémonos y hacemos dos pequeñas cruces
con las líneas blancas de la carretara.

Kilómetro 20

Highway, mi amor
encendiste la máquina de hacer los días
y no sé cómo pararla
He intentado con los silencios, con los ruidos
con las palabras, con la lluvia
con la llave número 13
Highway, mi amor
encendiste la máquina de hacer los días
y no sé cómo pararla
Highway, mi amor

Kilómetro 29

Hoy tengo ganas de ser el espejo
sucio de un bar de carretera
para atrapar un millón de gestos
Hoy tengo ganas de ser un camionero solitario
que huele a gasolina y cerveza
Hoy tengo ganas de ser la risa de un boxeador ebrio que perdió su mujer, la pelea y la apuesta
Hoy tengo ganas de ser el espejo
sucio de un bar de carretera
para escribir con el aliento invisible
el nombre de Dios en medio de una borrachera,
Hoy tengo ganas de ser el espejo
sucio de un bar de carretera
para apostar a Dios
con dos dados, una cerveza y tres bolas de billar

RUTA 34A MEISSEN

El día anterior a la destrucción de la ciudad estábamos con Amarilla y sus gatos en la Séptima. Ese día convencí a Amarilla a que nos metiéramos a ver The Buccaneer con Charlton Heston y Yul Brynner. Le dije muñeca son las siete y no hay nada que hacer y ella me respondió está bien muñeco vamos. Entonces terminamos de comer los helados bajo el cielo de la noche. Amarilla se dirigió a los gatos, que comían un helado de vainilla sobre el pavimento y les dijo cómo la pasan chicos? Y ellos dijeron con sus ojos bien muñeca, muy bien.

Nos metimos a cine. Cogí a Lerner y lo escondí debajo de mi abrigo, Amarilla hizo lo mismo con Pink Tomate y Laurencio. Salimos de cine hacia las once de la noche. La 24 estaba desolada y el cielo estaba lleno de estrellas borrachas por el humo de las fábricas. Caminamos un rato. Entramos al bar Anaconda y tomamos café negro. Un mesero nos puso problema para entrar, pero Amarilla se las arregló para que todos

sus gatos estuvieran junto a nosotros y le dijo al tipo oye nene qué putas te pasa y el tipo respondió tranquila nena no me pasa nada y entonces nos dejó entrar tranquilamente. Después de una pelea en el bar salimos sin pagar la cuenta. Siempre que íbamos al Anaconda había peleas. Esta vez era un cojo de camisa amarilla y cadenas de oro que peleaba contra un negro, por una putica ojerosa que llevaba un abrigo de imitación de piel y que emitía griticos desde la oscuridad cada vez que el descalabro del bar era roto por los puñetazos y las botellas que estallaban en mil pedazos. En la mitad de la pelea cuando el negro demolía a golpes al cojo y le decía malparido cojo la yoli es mía sólo mía, salimos del bar Anaconda sin pagar la cuenta. Corrimos varias cuadras y llegamos a la 33 y nos paramos debajo de un reloj a tomar aire. Esperamos a los gatos. A los pocos minutos aparecieron los gatos y Amarilla me dijo que no tenía sueño y que tampoco tenía ganas de caminar, sino que por el contrario sentía ganas de montarse a un bus y recorrer toda la ciudad hasta el amanecer. Está bien preciosa. Ni más faltaba muñeca.

Entonces fuimos a una cigarrería, servicio 24 horas

y compramos una botella pequeña de brandy, galletas y cigarrillos. En la 35 cogimos un bus, la ruta 34A Meissen. El bus iba casi vacío. Apenas unos cuantos pasajeros tenían las nalgas aplastadas contra los asientos. Nos hicimos en el último asiento. El bus olía a licor, a cigarrillo apagado debajo del asiento. Adelante de nosotros, un borracho se sacaba los mocos y hacía pequeñas bolitas que después pegaba debajo del asiento. El 34A Meissen bajó cerca del cementerio y después cogió la Avenida República del Uruguay y nos pusimos con Amarilla a contar los urapanes, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete las estrellas, las canecas de basura, las puertas y las ventanas de aquellos edificios grises donde a veces se veía un rostro asomado por la ventana mirando hacia afuera. Amarilla me dijo que los árboles le recordaban la niñez. Que cuando era niña siempre contaba todos los árboles y que los que tenían aves en sus ramas contaban por dos y me dijo muñeco vamos a contar urapanes, claro muñeca contemos, uno, dos, tres, cuatro, cinco urapanes.

El 34A Meissen llego al Santafé, ese barrio que no

tenía ninguna esquina, ningún ángulo recto. Eso me lo hizo notar Amarilla. Todas las esquinas no terminaban en ángulos rectos, sino en curvas.

—Tal vez el que construyó este barrio pensó que las esquinas eran parte de la circunferencia de la vida donde el amor es un punto central equidistante de la curva infinita del dolor, —dijo Amarilla mientras limpiaba con la manga de su camisa el vidrio para ver mejor las calles de aquel barrio.

Poco a poco el 34A Meissen se fue llenando. Era tal vez la una de la mañana. Al poco tiempo el bus se llenó de borrachos, de putas, de asesinos. También había un pequeño que nos pidió que le compráramos frunas, monita cómprame las frunas tres en cien monita. Amarilla le compró tres en cien y se las dio a Laurencio, Pink Tomate y Lerner que estaban absortos y tenían las patas contra los vidrios. Gracias monita.

Los habitantes que iban en el bus llevaban los rostros pegados a los vidrios y todos hablaban sin parar. Vomitaban las palabras cerca del olor del bus, encima de los cojines, mientras el bus atravesaba la avenida República del Uruguay llena de urapanes uno

dos tres cuatro cinco seis siete urapanes.

El 34A Meissen llegó a la 45 y realmente era una pecera llena de peces alucinados, ebrios, vueltos mierda que atravesaban las olas negras de la ciudad en medio de ese bus y entonces el conductor dijo mierda por favor el caballero córrase al fondo del bus que está vacío y el caballero le respondió que dejara la guevonada, que estaba mareado, que tenía ganas de vomitar, que el bus era un servicio público y que él iba a hacer público su vómito y mierda, Amarilla me dijo muñeco esta vaina está pesada y yo le dije fresca muñeca la vaina está pesada, tú tranquila, y el caballero se vomitó cerca de nosotros y yo le dije a Amarilla que nos bajáramos, que nos fuéramos al apartamento a destapar una botella de whisky, pero ella me dijo ni por el putas, tú tranquilo muñeco. Amarilla agregó que mejor tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez urapanes oye muñeco que viaje tan tenaz, sí, muy tenaz muñeca, tú tranquila, limítate a respirar muñeca y entonces ya estábamos mareados y nos sentimos pececillos negros en la mitad de un acuario borracho llenito de agüita amarillas que pasaban frente a nuestros

ojos, por nuestras manos, por nuestras babitas y mierda todo empezó a darnos vueltas en la cabeza, tú tranquila muñeca, limítate a respirar, tranquilo muñeco yo me bajo en la 63 deberíamos ir al Lucky Streap Tease a ver esos chiclecitos sabrosos que se zambullen entre la música de Donna Summer y esas luces vamos guevón mañana no toca ir a trabajar oiga el caballero allá no ha pagado el pasaje paren esta mierda que yo me bajo aquí en las residencias El Cairo pare esta mierda jueputa ya vamos por la 63 vamos al Lucky Streap Tease pare pare el perol urapanes avenida República del Uruguay uno dos tres cuatro cinco seis siete calle 45 botes de basura tienda Uganda servicio 24 horas paren esta mierda déme otro cigarrillo oiga marica ya nos pasamos de las residencias El Cairo seguro las nenitas ya se fueron seguro ya no queda agua caliente seguro ya quitaron el canal porno con esas nenas de tetas blancas y grandes vamos a comer perro caliente o un pollo y cerveza otro urapán avenida República del Uruguay uno dos tres cuatro cinco seis siete oiga usted hábleme de algo usted tiene cara de llamarse Humberto y usted tiene cara de llamarse Rodesia que va yo me

llamo Sven te vi perro y ella se llama Amarilla oiga usted te vi perro hábleme de algo me siento solo vuelto mierda todo el día me la paso por ahí escribiendo güevonadas y tomando tinto y después tomo el bus te vi perro usted tiene cara de vivir en la 30 qué va te vi perro vivo en la avenida Blanchot te vi perro otro urapán Sven uno dos tres cuatro cinco seis siete oiga el borracho de allá por favor váyase a vomitar en la jeta de su madre la suya güevón paren esta mierda estoy mareado te vi perro tranquila muñeca limítate a respirar claro muñeco.

Creo que en la calle 72 se subió un hombre con el revólver en la mano. Su rostro estaba descompuesto. Eran las dos de la mañana y el hombre se quedó parado con el revólver en su mano y empezó a silbar mientras blandía el arma. Después se fue acercando a cada uno de los pasajeros. Amarilla cogió a los gatos y los abrazó. El hombre del arma se acercó a una putica triste que dormía cerca de nosotros y le pasó el cañón por los senos. La putica se despertó y se asustó. El hombre le preguntó el nombre. Creo que la muchacha dijo que se llamaba Lizeth. El hombre la abrazó y a

grito herido dijo que se iba a casar con ella y que iban a tener tres hijos y que los domingos irían al Parque Nacional a tomar jugo de mandarina y a escuchar la orquesta distrital tocando era la piragua era la piragua de Guillermo Cubillos era la piragua la piragua la piragua.

Después el hombre corrió a la putica a empellones y bajó el vidrio del bus y se puso a dispararle a las ventanas de las casas, a los edificios, a los vagos y a los perros que esculcaban las canecas de basura. Uno de los borrachos que estaba delante de nosotros se levantó y fue hasta donde el tipo del arma que dijo que se llamaba Nelson y le dijo oye Nelson deja la güevonada y Nelson le contestó cuál güevonada, que lo dejara en paz, que tranquilo, aquí no ha pasado nada.

A Nelson no le gustó que lo interrumpieran y le propuso al borracho que jugaran a la ruleta rusa allí en la mitad del bus. Nelson le dijo al conductor que le bajara a la música. Pero las balas ya se le habían acabado. De todos modos se quedaron frente a frente haciendo click con el arma hasta que se cansaron. El borracho regresó a su puesto y Nelson sacó unas

esposas y se encadenó con la putica triste a uno de los asientos. Se quedaron dormidos. Nelson puso la cabeza en el regazo de la putica.

A las seis de la mañana estábamos por la 80 y ya no había urapanes. Nos bajamos del 34A Meissen y caminamos un rato por la avenida esperando a que el sol terminara de tomarse por asalto las calles. Desayunamos café negro con tostadas y llegamos a la avenida Blanchot, al apartamento de Amarilla. Dormimos todo el día y en la tarde salimos a tomarnos algo.

Creo que todo estaba tocando fondo. El cielo estaba azul, pero no daban ganas de mirarlo. Los peces negros volaban y producían una estela de ruido y grasa que permanecía cerca de las nubes y del sol. Caminamos con Amarilla por la avenida Blanchot. Los cafés estaban atestados de muertos que no cesaban de hablar, fumar, reír, murmurar, llorar, gemir. Aquella tarde los habitantes parecían más despreocupados. A pesar del ruido que producían los peces negros a su alrededor, continuaban hablando y no paraban de incrustarse besos cerca de sus palabras gastadas. Ya lo

tenía decidido. Íbamos a ir al mar, a la playa. Amarilla me lo había pedido. Quería que la llevara al mar y la embarcara en un pequeño bote y la dejara para siempre. Me dijo que quería irse con todos sus gatos en un bote blanco, pero que antes nos emborracháramos como la primera vez, que fresco loco, que todo bien, que al final quería que le dijera tranquila muñeca y ella me diría te vi perro. Ni más faltaba muñeca.

Al final de la avenida Blanchot entramos a un pequeño café. Estábamos extenuados. Nos encontrábamos llenos de silencios por todos lados. Amarilla estaba a mi lado pero no era más que un conjunto de murmullos blancos que respiraba agitadamente mientras miraba pasar los autos. Amarilla pidió un vodka. Yo pedí lo mismo. Fue un día triste, en todo caso. Nos sentamos en una mesa al aire libre, cerca de la calle. Eran tal vez las cuatro o cinco de la tarde. Los habitantes deambulaban cerca de nosotros. Entraban a los cafés, salían, leían los diarios, fumaban, aplastaban sus nalgas en aquellos asientos de rayas azules y blancas y despreocupadamente terminaban de gastar aquella absurda tarde de domingo con un trago

de licor o un café negro, cargado, absurdo, roto, aromáticos. Me sentí como en aquellas tardes cuando mi mamá me llevaba al circo. Era algo parecido. La misma sensación. El mismo olor. El mismo olor a arena con sangre. Mamá siempre compraba localidades de primera fila. Tal vez por eso se me pegó el olor a tigre viejo y fatigado. Tal vez por eso llevaba en la mitad de mis huesos ese ruidito de león arena no me joda deje ver payaso borracho alcohol carpa triste quiero más palomitas de maíz vete a casa.

Me sentí como aquel último domingo feliz cuando destruimos la casa que habíamos construido en el árbol. Sin embargo, desde unas semanas antes ya teníamos pensado cancelar aquella casa de madera. El señor Beltz nos aconsejó que las revistas suecas las podíamos vender a un buen precio porque nuestra colección era bastante respetable. Beltz nos dijo que entre más pegachentas y llenas de babas estuvieran las páginas centrales más pagaban por las revistas y agregó que Helga La Ardiente Bestia de las Nieves era una nena que estaba fuera de circulación y que eso la cotizaba aún más. Por eso una tarde salimos con Leonid y Bayer

a vender nuestra querida biblioteca de cultura sueca. Aquellos días estaban llegando a su fin. Leonid ya estaba pensando en ir al ejército y ya usaba clínex para los mocos. Por su parte, Bayer ya usaba gafas de sol y ahorraba todas las semanas para ir donde las brujitas de la avenida Blanchot a gastar los primeros cartuchos de la adolescencia en medio de aquellas sábanas sucias que olían a sudores gastados, vencidos, ausentes. Cuando íbamos al parque las paletas ya no nos sabían igual.

Algo había cambiado en la estructura de los días, en el tejido de los silencios. De pronto era que la tela de los días se estaba abriendo y estábamos desamparados, muertos de frío bajo el viento de la nada que siempre llegaba a nuestros rostros y los golpeaba como si fuera un fuerte coñazo seco y certero. En la mitad de los ojos. Luego de una reunión que llevamos a cabo en la casa del árbol decidimos clausurarla para siempre. Leonid propuso quemarla a la usanza de los piratas que quemaban sus barcos cuando habían cumplido su ciclo vital. Eso hicimos. Una tarde de domingo nos subimos nos emborrachamos con

scotch, llenamos nuestros pulmones de mucho humo y nos quedamos en silencio en medio de las revistas suecas. Bayer se lamentó de que nunca hubiéramos conocido a Helga y a Inga. En todo caso pensamos que Helga debía estar casada con un camionero sueco y debía tener como mínimo dos niños llenos de pecas y que tal vez las tetas descomunales se le habían estirado y que de pronto no era más que una enorme vaca tierna que en los días de nieve preparaba sopas de legumbres para sus hijos y que creía en Santa Claus. Inga, tal vez había corrido con más suerte y a lo mejor trabajaba como secretaria en una oscura oficina de Estocolmo pasando a máquina memorandos todo el día. Tal vez vivía en el departamento número 897 de la calle Erik Strolkjurgen y todas las mañanas salía a la estación, paraba en un cafecito cerca del edificio Olaf Palme y se tomaba un café negro, cargado, solitario, antes de meterse en el metro. Tal vez todavía tenía buenas piernas que eran admiradas por todos los yugoeslavos y los turcos que suelen ir en los metros embutidos en sus largos abrigos grises. Íbamos a quemar la casa, pero no a nuestras diosas. No íbamos a permitir que un

maldito fósforo hecho en Suecia terminara con esos animales salvajes que de alguna forma nos ayudaron a pasar en borrador los días de la niñez. Era preciso darles un homenaje. A pesar de que íbamos a quemar el barco pirata de nuestra niñez, nuestras diosas no iban a correr igual suerte. Propuse algo más digno. De algún modo tenían que perdurar en algún lado. Mi padre tenía un amigo piloto que volaba a Europa. Una tarde lo visitamos y le comentamos la idea. Se trataba de que cuando estuviera sobre el mar soltara los afiches de Helga e Inga y los dejara caer. Pensábamos que tal vez en alguna otra parte había otros tres chicos con las rodillas raspadas, con los bolsillos llenos de ranas, tornillos y palitos que de pronto construían una casa en algún árbol y que no tenían diosas para matar el tedio de las tardes. Al cabo de un tiempo el piloto nos comentó que había dejado caer a Helga sobre las islas griegas y a Inga cerca de Normandía. Y fue un domingo cuando después de habernos emborrachado le prendimos fuego a la casa. Esa tarde ardieron nuestros mejores días, nuestros sueños más profundos. También quemamos algunos cucos que habíamos

conquistado. Todo. Cigarrillos, botellas, poemas imbéciles, tornillos, las fotos que nos habíamos tomado y los estatutos del club. En efecto, cumplimos con la última clausula del reglamento que decía que si no podíamos detener el paso de los días debíamos mandar todo para la mierda, para el cielo, para el fuego.

Como aquel día cuando quemé la nave de mis mejores días, me sentía esa tarde de domingo con Amarilla, allí en aquel anónimo café de la avenida Blanchot matando la tarde de domingo cerca de un vaso de vodka. Pronunciando rotas palabras de amor que se resbalaban hacia el fondo de los cubos de hielo que había en las vasos. No había dudo. Ese día estaba quemando las naves de Amarilla. Estaba lanzando por la borda los sudores de Amarilla, sus palabras, su amor, su descalabro, su café negro, su olor a nicotina. Había cogido los naipes de los días y los estaba dilapidando sobre las olas negras de aquel domingo. Amarilla pidió otro vodka. Creo que quería embriagarse. Deseaba pasar la tarde de aquel domingo bajo los efectos del alcohol y del humo del cigarrillo. No de otra manera se puede pasar un domingo.

Tenía toda la razón Amarilla. Amarilla quería sucumbir ante el ruido del mundo. Eso estaba muy bien. Pero Amarilla deseaba ir más allá. Quería enloquecerse con el ruido del mundo. La veía y sus ojos me decían que se iba a volver demente con el ruido invisible de mis palabras, con el ruido de las hojas secas, con el ruido incesante del tedio que se incrustaba en todos los huesos. Ese día Amarilla se hallaba atrapada con mi león arena no me joda deje ver payaso borracho alcohol carpa triste quiero más palomitas de maíz vete a casa. A nuestro lado varios muertos ocuparon una mesa y pidieron botellas de alcohol. Me dieron ganas de estar con ellos. Ganas de reír como ellos, ganas de tener sus camisas blancas. Ganas de gritar en medio de los vasos de vodka. A lo mejor ganas de meterles un puño en la mitad de sus dientes para que no se rieran tanto.

El cielo ya se estaba poniendo oscuro. Amarilla tomaba su vodka lentamente y me miraba por entre el hielo y me dijo te vi perro y yo le dije tranquila muñeca yo también te vi perra. Ni más faltaba muñeca. El aire fresco de la avenida Blanchot ya no era tan fresco.

Nuestra conversación a veces era interrumpida por la sirena y por el ruido de los peces negros que continuaban volando sobre la ciudad dejando caer bombas. Miré a mi alrededor y la ciudad era un castillo de naipes que se derrumbaba como un pequeño león arena no me joda deje ver payaso borracho alcohol carpa triste quiero más palomitas de maíz vete a casa por favor no me siento bien callen esa sirena parel mundo paren el ruido huele a testículo a culo raspado no se ría tanto quiero otro cigarrillo es el conteo final mesero otro vodka por favor paren esta mierda me siento mareado no me he confesado rápido un cura un ácido aunque sea para que me estalle en la boca del estómago oye Amarilla ven a mis brazos tengo ganas de orinar abres esa caja deja ver qué tienes ya va siendo hora de ir al mar ven hacia acá quiero meterte en la lengua en los dientes quiero el último de tus sudores paren esta mierda.

Después de algunos vodkas pagamos y nos fuimos. A nuestras espaldas quedó todo ese ruido lleno de risas rotas, todo ese olor a dientes blancos con alcohol todas esas palabras torpes que salían de aquellas gargantas

cortadas por el miedo, por la noche. Me dio la impresión de que habíamos estado en medio de un jardín plagado de un millón de estatuas de ceniza que se desmoronaban entre copa y copa, entre risa y risa, entre palabra y palabra como si el tiempo de pronto les hubiera plantado un puñetazo en la mitad del culo.

Seguimos caminando por el malecón. Atardecía. Llovía. Atardecía. Llovía. Llovía. Llovía. Llovía llovía llovía. Amarilla tenía la camisa blanca que le había comprado el sábado en un almacén de la avenida Blanchot. Creo que fue el último día que fuimos felices. Después nos metimos a un concierto de rock cerca de la playa. Amarilla estaba feliz, Amarilla estaba eufórica y me dijo, perrito quiero un ácido y yo le dije, claro preciosa ya voy y entonces me metí en aquel mar de sudores, de gente que movía los brazos hacia arriba y hacia abajo y le dije a un tipo, hey por favor un sunshine y el tipo dijo fresco loco no lo diga tan duro, pero al final todo bien, me dio el sunshine y llegué y le dije a Amarilla preciosa toma tu sunshine y ella me dijo, te vi perro y yo le respondí, no me lo hagas repetir, yo también te vi perra. Ni más faltaba muñeca. Luego

Amarilla se sintió mal. Si no estoy mal desde esa noche empezaron los vuelos de los peces negros sobre la ciudad. Como nunca. Iban y venían. De sus bocas salían lenguas de fuego que preñaban las nubes con veneno. Es anoche de sábado la ciudad empezó a oler a cebolla, a sangre caliente. A caucho quemado. Olía a odio, a desesperación. Creo que los peces negros estaban cercenando el cielo de la ciudad y nadie se daba cuenta. Abajo todo el mundo continuaba su vida normal. Los muertos seguían en los bares, en los estadios, en los parques. Pero arriba el cielo estaba herido, partido en mil leves infiernos. Entre tanto, Amarilla y yo estábamos en el concierto de rock. La camisa blanca de Amarilla estaba ensopada en sudor. La sangre. La boca me sabía a sangre, a arena, a toro degollado. Un leve hormigueo me sacudía las manos. Amarilla fue por más acido. Creo que le estalló en la mitad del estómago en la mitad de la mejor canción. Las luces violetas rompían el cielo negro de la noche y a nuestro alrededor los cuerpos de los muertos se zambullían con todo su hola hola más nirvana azul sobre nuestras cabezas por favor no salten tanto me ahogo

mierda se me perdió la cabeza hola hola huele a sangre joven hola hola torre de descontrol los niños perdidos a la salida hola hola torre de descontrol se me perdió mi león carpa arena no me joda payaso borracho alcohol carpa triste deje ver vete a casa rompe los huesos métete todo el ruido que puedas riega la paranoia riega la sangre fango fango fango no puedo obtener satisfacción me duele el cerebro me quemo los pulmones las manos los dedos los dientes necesito alguien que me muestre el camino de la sangre no puedo obtener satisfacción cuidado con la electricidad páseme un sunshine que me ahogo quiero miel otro poco de miel no te preocupes mátate no te preocupes en la mañana limpian la playa el próximo sábado será otro concierto. Hacia el final del concierto le dije a Amarilla, hey preciosa no puedo obtener satisfacción y ella me respondió lo mismo, claro precioso, yo tampoco, te vi perro y luego la cabeza me empezó a dar vueltas y vi a Amarilla a cien millas de distancia y le dije muñeca te me vas y ella me sonrío y dijo, claro que me voy, te vi perro y mierda, ya estaba a quinientas millas, ya estaba lejos de mí, ya la veía por entre el

ruido, por entre el humo, por entre el ácido y cuando estaba a punto de perder el sentido le dije preciosa esto se acabó y ella me dijo, pero claro muñeco, te vi perro para siempre. Mierda.

Después del concierto de rock salimos a caminar. Creo que amanecía. Creo, que como siempre estábamos rotos, vueltos mierda, alucinados, descompensados por la noche, por el ruido, por la electricidad, por el silencio que se instauraba entre nosotros. El cielo tenía un color extraño. Tola la ciudad olía a ropa recién lavada como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo y hubiera sacado a secar sus camisas y sus pantalones a las terrazas, cerca de las plantas, cerca del ladrido de los perros. Mientras caminábamos reconocí el ladrido de aquel fox terrier que en las madrugadas tanto me llamaba la atención. Hola Joe. Hola triste Joe. Efectivamente era un fox pelo de alambre que se moría de frío detrás de una verja oxidada. Amarilla se dejó lamer una mano por Joe. Nos sentamos cerca de Joe. Amarilla sacó de su bolso un chocolate que llevaba y se lo dio. Jo se lo comió como todo un perro, es decir, con todo y envoltura.

Nos quedamos sentados cerca de la verja, cerca de Joe y destapé una botella de vodka. Amarilla acariciaba a Joe que se encontraba acostado con el hocico metido entre las varillas de la puerta de metal. Estuvimos un rato en silencio. De cuando en cuando Amarilla regaba un poco de licor en la palma de su mano y dejaba que Joe se la lamiera. Amarilla me dijo que por favor no dejara rastro de ella en casa, que por favor rompiera el vaso donde tomaba vodka cuando se sentía deprimida, claro muñeca, ni más faltaba. También me dijo que encima de la mesa del comedor había unas fotos de los paseos a la playa. La orden fue que las quemara. No quería que quedara rastro alguno cerca de mí. De todos modos sabía que su olor iba a permanecer cerca de mí, cerca de mi soledad, cerca de los domingos rotos. Fue entonces cuando Amarilla me dijo que quería llevarse a Joe y me dijo muñeco salta la verja y rescatas al perro, y yo le dije claro preciosa y seguro después me dices te vi perro y ella, claro, muy en su puesto, me dijo, tienes toda la razón, después te digo te vi perro para siempre. Puta vida. Salte la tapia y saqué a Joe.

Después seguimos caminando. Amarilla llevaba en

sus brazos a Joe. Ese día fuimos felices. Más adelante en un parque Amarilla dejó en libertad a Joe. Joe corrió hacia el malecón. Desde el descalabro del amanecer Joe ladró. Hasta luego Joe. Ese amanecer nos quedamos en el parque abrazados. Las hojas secas caían a nuestro alrededor. El sonido del mar nos taladraba los oídos, los huesos, los miedos. Amarilla me dijo que quería que le comprara otras camisas. Quería una camisa roja para caminar por la Avenida Blanchot en los días de sol. Una camisa violeta para ir a La Manzana a zambullirse en el agua de los cuerpos en desbandada.

Llegamos a casa y nos quedamos cerca de la ventana viendo como el sol teñía los techos con su luz enfermiza. Después creo que salí a comprar cigarrillos y los diarios.

Ese domingo, como todos los domingos nos sentimos rotos, tristes y en nuestras miradas no había más que un león arena no me joda payaso borracho alcohol carpa triste quiero más palomitas de maíz vete a casa. Después dormidos toda la tarde. Me desperté primero que Amarilla, me bañé y observé como

dormía. La observé bajo la luz tenue que entraba por la ventana. Parecía un delicado animal de monte que soñaba con pelotas de playa de muchos colores. Cuando abrió los ojos me dio la impresión como si hubiera estado en la playa cerca de la caseta donde vendían refrescos porque su mirada estaba diáfana, clara. Sus manos estaban pálidas como si se hubiera bañado en el agua salada del mar, como si hubiera leído una frase como por ejemplo «fui de flores, él de rayas» o algo por el estilo. Después de unos instantes en que permaneció en silencio Amarilla se levantó. Se fumó un cigarrillo cerca de la ventana y me dijo que había llegado la hora. Que nos fuéramos a la playa. Que lo tenía decidido. Quería irse en un bote blanco que había comprado la semana anterior. Irse para siempre. No deseaba dar explicaciones. Solamente quería decirme muñeco, te vi perro y quería que yo le respondiera, como al principio, fresca nena, todo bien.

Se tomó un café, se puso la camisa blanca y salimos. Fuimos a la avenida Blanchot, nos metimos al café y seguimos caminando. Luego arribamos a la playa. El olor del puerto era penetrante. Olía a pescado

crudo. A grasa. A hígado de bacalao. El olor del hígado de bacalao me llevó a esas mañanas grises de la infancia.

Amarilla se volcó a mis brazos. Arribamos al pequeño bote blanco que estaba anclado en la orilla. Había llegado la hora.

Amarilla se montó en el bote. Ya estaba anocheciendo y en el fondo se veía la ciudad con todo su murmullo confuso de luces, ruidos y muertos que reían, cagaban, hablaban y fumaban. Desamarré el pequeño bote. Amarilla me mandó un beso y yo empujé el bote hacia el mar. Desde el bote Amarilla me hizo una señal, te vi perro, yo también te vi perra y entonces le tiré una botella y un paquete de cigarrillos y le grite oye nena sin ti no puedo obtener satisfacción y ella sólo movió los labios y me dijo te amo perro y yo le dije, claro yo también te amo perra. El bote se bamboleaba lentamente con las olas del mar. Al cabo de unos instantes la oscuridad se la había tragado. Me senté en la playa. Encendí un cigarrillo. Cogí un puñado de arena y lo lancé al viento. Hacía frío y tenía todo el cuerpo lleno de un león arena deje ver payaso borracho

alcohol carpa triste quiero más palomitas de maíz vete a casa hasta luego Amarilla hasta nunca nunca te puede comprar las camisas que querías no me diste tiempo me siento vuelto mierda nunca te pude comprar la camisa violeta ni la roja ni la azul nunca te puse atención cuando me hablabas en los parques nunca se me va a olvidar tu olor a tengo frío Amarilla me hace falta el aliento a alcohol tus palabras cortadas tu sangre en la bañera tus cigarrillos malucos tengo un trancón de tráfico en la mitad del corazón llamen al tránsito me incendio me vuelvo mierda me ahogo un vaso de agua por favor paren esta mierda te olvidaste de una cosa Amarilla no te llevaste la camisa que olía a tigre viejo y fatigado Amarilla dejaste las ventanas abiertas dejaste las puertas de par en par para que los olores se fueran para siempre Amarilla dejaste el café sin prepara y en la terraza hay unos calzones blancos no sé qué voy a hacer con ellos también dejaste un chocolate encima de la mesa no me lo voy a comer que te vaya bien Amarilla rezaré por ti haré espinacas los domingos en las tardes y también cantaré la canción que tu cantabas cerca de la ventana te juro que todas las mañanas cogeré esos

calzones blancos que dejaste en la terraza y los oleré los llevaré por toda la casa los pondré cerca de la luz te juro Amarilla que no se me va a olvidar tu sudor tu miedo tus dientes blancos tu pelo la forma como destapabas los chocolates en el parque de diversiones Amarilla no sé qué voy a hacer estoy verde y no me dejan salir no puedo llorar no puedo salir Amarilla no sé qué voy a hacer en las noches de pronto me quedaré viendo la televisión de pronto iré a la avenida Blanchot y me emborracharé sólo pediré como siempre vodka iré con el pelo recién mojado pensaré en ti tal vez estarás en alta mar tal vez estarás igualmente borracha como yo tal vez fumarás un cigarrillo en la mitad del océano y me hallarás la razón Amarilla esto no es más que un inmenso mar al principio de los días te veía entera y ahora sólo veo tus dedos que me saludan desde el otro lado del silencio desde el otro lado del vodka desde el otro lado del humo estamos en el centro de un cristal roto que cada día se abre más y más nuestros reflejos en el espejo de los días no son más que un rompecabezas mal armado de nuestros sueños de nuestras palabras cuando te veía en las

mañanas sabía que eras apena una colección de ruidos y sudores que la mano del tiempo había armado antes de despertarnos Amarilla tengo frío y ya se me acabo el vodka y los cigarrillos la boca me sabe a Amarilla el día me sabe a Amarilla esta playa me sabe a Amarilla amanece Amarilla en este instante debes estar en silencio en la mitad del mar en el bote blanco tal vez piensas en la avenida Blanchot en el cielo de los peces negros Amarilla tengo frío ya se me acabó el vodka paren esta mierda.

Me quedé dormido sobre la arena junto a una botella de vodka. Los rayos del sol me despertaron. A mi lado estaba Joe, aquel fox terrier que la noche anterior habíamos liberado Amarilla y yo. Amanecía. Animo Joe, le dije al fox. Joe se tendió entre mis piernas. Un barco llegaba al puerto. Animo Joe. Creo que tenía ganas de ir a la avenida Blanchot a emborracharme en algún café. Miré hacia el mar. Olía a Amarilla. Olía a su camisa blanca. El día olía a babas de Amarilla. Animo Joe. El fox tenía hambre. Yo también. No me acordaba de que día era. Eso era lo de menos. Animo Joe. Caminé por el malecón y pedí una botella.

Me serví un vaso y brindé por Amarilla. Creo que eran las ocho de la mañana. El día olía a hígado de bacalao. Tomé otro vaso. Fumé desesperadamente. Por la radio me enteré que la ciudad había sido destruida. Una inmensa columna de humo se alzaba en el horizonte. El ruido de los peces negros era ensordecedor. El cielo se tiñó de llamas y de gritos. El ruido de los peces hacía vibrar el vaso de vodka y el sol quemaba mis ojos, mis sueños rotos.

Miré de nuevo hacia la ciudad. Me acordé de mamá. Debía estar llorando metida en la mitad de una manta blanca cerca de las flores. Debía estar regando las plantas del antejardín antes de que llegara la enorme nube de ceniza. Una sensación extraña se apoderó de mí. Animo Joe. Sobre el universo entero no quedaba nada más que aquel café del malecón, una mesa con una botella de vodka, un paquete de cigarrillos sin filtro, Joe y yo que seguía fumando.

Animo Joe. Eran tal vez las nueve de la mañana. Me emborraché. De pronto todo estuvo en silencio. Miré de nuevo a la ciudad y una nube de ceniza venía hacia nosotros. Observé el mar. Aspiré su olor y mis

pulmones se llenaron de un pequeño león arena deje ver payaso borracho alcohol carpa triste quiero más palomitas de maíz vete a casa.

Era lunes y no pude obtener satisfacción.

JIRAFAS CON LECHE

Después de la muerte de Marta, la perra ovejero inglés de Alain, los días no fueron nunca más iguales. Alain se encerró durante algunos días en su apartamento y no recibía a nadie. Inclusive desconectó el teléfono. Por esos días la ciudad estaba llegando a su fin y en las calles se sentía ese olor a voy a plantarte un puño en la mitad de tu jetica cerdita preciosa te tengo rodillas raspadas puerta cerrada 8 pm cigarrillo rubio animal lluvia animal lluvia nalguitas rosadas te tengo animal lluvia animal lluvia treinta grados.

En todo caso Alain dejó un diario de lo que fueron sus últimos días antes de internarse definitivamente en el Club de Muertos de la ciudad. El diario lo recuperamos con Max, un día que fuimos a la avenida Blanchot a buscar provisiones. Cuando pasábamos por el edificio donde vivía Alain, Max me dijo que entráramos. Subimos al cuarto piso, al apartamento de Alain. Estaba totalmente saqueado. Por todas partes había botellas vacías y paquetes de cigarrillos. Había también

algunas fotos de las fiestas famosas que hacía Alain. En una se veía a Marciana totalmente ebria alzándose una falda rosada estampada con florecitas amarillas de yo no fui. En otra fotografía Régine abrazaba a Marta la perra de Alain y tenía los ojos vidriosos. Estaba llorando, cosa que siempre sucedía después de que se tomaba un par de whiskys cerca de la ventana. Tal vez la foto había sido tomada después de las tres de la mañana porque olía a café negro derramado cerca de la ventana, a veamos a las palomas y tomamos whisky, a abrázame aquí y ahora, a qué triste está la noche tengo sueño whisky negro espuma negra pocillo mierda espántame las aves negras que vuelan por la mitad de mis sueños.

Mayo 6

«… esta mañana fui al parque donde está enterrada Marta y me senté junto a su tumba. Le leí algunos poemas idiotas. No había mucha gente en el parque. Después caminé por la avenida Blanchot y me metí a un cine. Estaban dando The Catered Affair con Bette Davis. Me encantan los ojos de Bette Davis. Y su

boca. Y su forma de decir no ahora no, házme el amor después del café. Después caminé otro rato por la Blanchot y fui a casa. Estaba rendido. 6 pm. Prepare algo de comer y dormí. A la media noche me desperté y fui a la ventana y me dieron ganas de tener a Bette Davis para que me preparara un café antes de hacer el amor».

Mayo 7

«Era jueves. Salí a la avenida Blanchot a comprar unos labiales y unos chocolates para Marciana que se encuentra en el sanatorio. Le compré cualquier labial y cualquier chocolate. Le dije a la señorita de la tienda que la invitaba a un café y me dijo que qué me estaba creyendo. En todo caso tuve una erección con aquella mujer de ojos grandes que me empacaba los labiales rojos para Marciana y me dieron ganas de untarla de labial, de decirle mande todo para la mierda y nos vamos a la playa, a un cine, nos emborrachamos, hacemos el amor, te juro no te pregunto el nombre y luego nos despedimos, y de pronto te regalo una de mis camisas de flores tropicales como recuerdo. Después

fui al sanatorio a ver a Marciana. Me llenó de besos y me dio las gracias. El día estaba triste. Marciana me dijo que era un cerdo. Ya lo sabía. Marciana me dijo que me parecía a Blasfemia, el caballo y me rogó para que la llevara a tuche por todo el sanatorio. Después nos sentamos debajo de un árbol y Marciana se puso a contar las hojas secas, uno, dos, tres, cuatro y me abrió la camisa y me pintó su nombre en la mitad del pecho y me dijo pequeño cerdo te adoro».

Mayo 8

«Estaba dormido y de pronto me despertó el teléfono. Puta mierda, pensé. Justo conecto el aparato y suena. Eran las ocho de la mañana. Era Oliver con su voz gangosa. Mierda. Régine había intentado suicidarse. Se había metido como 60 pastillas. Puta mierda. Definitivamente a las puticas de la avenida Blanchot no se les podía dejar con pastillas solas a las cinco de la tarde en una tarde de domingo. Me vestí y fui al hospital. Llevé unas flores. Entré a la habitación 208. Régine estaba pálida. Le di un beso en la frente, pero Régine se volteó y me dijo que le diera un beso en

la nalga. Luego Régine me dijo que cerrara la puerta de la habitación y le trajera la cartera. Me pidió que sacara los cigarrillos que estaban con las pastillas anticonceptivas. Fumamos en silencio. Después Salí. Caminé un rato y fui al zoológico. Me pareció que las nalgas de Régine eran parecidas a las de una jirafa que comía hojas. Puta mierda».

Mayo 9

«En la tarde fui al hipódromo. Nada especial, en todo caso. Aposte por LSD, pero no gané. Intenté entablar conversación con una mujer que estaba a mi lado y que olía sábana de clínica, a zanahoria, a yo no vivo lejos de donde usted vive, si quiere le doy el teléfono, mejor no, tengo mamera. Dejé que esa mujer que olía a zanahoria se fuera con un hombre de camisa a cuadros que tenía cara de conejo. Regresé a la ciudad y me dieron ganas de tener una sobredosis. O tal vez me dieron ganas de un huevo frito. O tal vez ganas de un huevo frito y después irme para Nueva York».

Mayo 10

«Estaba en el bar. Diez de la noche. Un whisky. Dos whiskys. Tres. O tal vez cuatro. Un cigarrillo. Una mujer a mi lado me soltaba palabritas húmedas, palabritas que olían a eso, a whisky con cigarrillo y teticas solitarias con pecas. Entonces Perlita me dijo que tenía una llamada. Era Marciana que me llamaba del sanatorio, y me dijo que estaba vuelta mierda, que por favor fuera a llevarla a tuche por todo el sanatorio, que yo era un cerdo, ya lo sabía, que me iba a mandar matar. Me tiró el teléfono. Después el bar se llenó de japoneses o de filipinos. A las dos horas volvió Perlita y me dijo señor Alain otra vez Marciana, mierda. Esta vez me dijo que me iba a cortar en pedacitos y que iba a envolver esos pedacitos en papel regalo para darlos en los cumpleaños de sus compañeros de sanatorio. Le dije que me parecía muy bien, pero que ojalá el papel regalo no tuviera carritos, por que odiaba ese papel con esos motivos. Está bien cerdito dijo Marciana y colgó. Me quedé en el bar hasta que todos los japoneses o filipinos se hubieran emborrachado. Después fui y me

sentí en Tokio. Todo el mundo tenía el culo amarillo».

Mayo 14

"Los días anteriores fueron tediosos. Nada especial. Hoy por la mañana fui a la clínica y saqué a Régine. Después fuimos a una iglesia y Régine se confesó. Régine me dijo que quería dar vueltas por la ciudad y entonces le dije al taxista que fuera por donde le diera la gana. Régine tenía las manos llenas de moretones por el suero. Olía a suero. Suero era tener a Régine al lado con ganas de vomitarse cuando pasamos cerca de la universidad. Suero era esa camisa verde de Régine. Suero era la cara de bagre del taxista. Suero era ese cielo triste. Suero era Régine diciendo que paráramos en un bar porque tenía ganas de un vodka. El taxi nos dejó enfrente del bar La Gallina Punk. Realmente Régine parecía un cadáver más, allí en ese bar.

Nos dirigimos a la barra y le dije al que atendía hey dos vodkas con hielo, para mí y para mi muertita. Régine me dijo que tenía ganas de vomitar y entonces la llevé al

baño. El baño estaba lleno de gotas de sangre. Una mujer se cortaba las venas enfrente de una fotografía de Sid Vicius. Le dije que cuidado ensuciaba a Sid. La mujer me contestó que no le jodiera la vida, que más bien le pasara una foto de Johnny Rotten para cortarse las venas de la otra mano".

Mayo 15

«Me desperté primero que Régine. La vi dormida y realmente parecía un cadáver que soñaba con aviones azules. Le preparé un jugo de naranja y la desperté con un beso en la frente. Régine se despertó y me dijo hola pequeño cerdo buenos días, qué rico jugo de naranja. Me dijo que había soñado con una avenida llena de flores de nitrógeno que quedaba en una ciudad de edificios blancos y cielo azul. Todo el día Régine se la pasó en el sofá donde se solía sentar en las fiestas. No comió nada en todo el día. Solamente tomó café negro y unas tostadas. En la noche antes de dormirse tuve que cantarle una canción para que se durmiera había una vez un barquito chiquitito chiquitito que no podía navegar que no podía navegar y pasaron una dos tres

cuatro semanas y el barquito no podía navegar. Antes de dormise Régine me dijo que le diera un beso en una tética. Su tética me supo a Milo».

Mayo 16

«Oliver me llamó esta mañana y me dijo que fuéramos al estadio, pero le dije que no podía, que qué vaina, pero que era por Régine. Oliver me dijo que fresco, que conocía a un médico amigo, que sólo era cuestión de ir hasta allá con el tipo y que él le ponía una inyección para que durmiera mientras íbamos al estadio. En la tarde llego Oliver con el médico. Régine estaba en el sofá leyendo una revista. El médico le dijo oye nenita preciosa estira el brazo que el doctor te va a inyectar alguito que no te va a doler. Régine estiró el brazo y cuando el doctor, un tipo con cara de perro San Bernardo iba a aplicarle la inyección Régine le metió un mordisco. Cuando lo soltó Régine le dijo oye nene precioso estira el brazo que te voy a inyectar alguito que no te va doler. Después se paró como loca detrás del doctor a morderlo. Entre Oliver y yo la detuvimos. Antes de salir el doctor con cara de San Bernardo me

dijo que lo que la nenita necesitaba era un veterinario».

Mayo 20

«Hoy llevamos el espectáculo del bar La Cosa Divina a una fábrica. Fue la locura. Los trabajadores se enloquecieron con las nalguitas rosadas de las chicas. Pusimos música de Donna Summer. Las chicas se untaron todo el cuerpo de grasa. Olían a acpm, a diesel, a cuarenta caballos de fuerza. El gerente de la fábrica se tiró en el ring de lodo. Todo por mejorar las relaciones industriales. Después llegué a casa y Régine me había preparado algo de comer. Antes de dormirnos hicimos avioncitos de papel con las páginas de la guía telefónica y los lanzamos por la ventana. Después Régine se puso a lanzar los avioncitos con pedacitos de sus calzones, que había recortado y me dijo fresco loco, que esos eran los paracaídas de los aviones, que qué pensaba de la vida, puta mierda».

Mayo 21

«Antes de salir del apartamento sonó el teléfono y le dije a Régine te apuesto a que es Marciana. Contesté

y efectivamente era Marciana y me dijo con voz suave hola cerdito y entonces colgó. A los cinco minutos volvió a llamar y me dijo exactamente lo mismo hola cerdito y colgó. A los cinco minutos volvió a repicar el teléfono y Régine contestó. Marciana le dijo hola puta asquerosa. Régine le contestó que fresca loca, que no pasaba nada, que yo solamente le daba un beso en la tetica antes de dormir, que fresca. Marciana le dijo que si yo ya le había dicho que su tetica me sabía a Milo, que eso se lo decía a todas las mujeres. Régine le dijo que no, porque estaba escasa de leche. Marciana tiró el teléfono y me dieron ganas de ordeñar una vaca y también ganas de un café con leche, con mucha leche».

Mayo 23

«Ya lo tenía decidido. Tenía reservación para ir al Club de Muertos. Le dije a Régine que me iba al otro día, que no la podía llevar y ella se puso a llorar y se fue al sofá. Después se fue a la cocina y cogió unas naranjas, las partió y se untó todo el cuerpo y me dijo que la lamiera, que ella era un jugo de naranja, que le hiciera el amor allí, a esa hora, con sabor a naranja. Le

dije que prefería el jugo de mango. Después salimos. Caminamos un rato. Fuimos al zoológico y le mostré a Régine la jirafa que tenía las nalgas parecidas a las de ella. Pasamos por la jaula de un oso polar y Régine me dijo que mi pelo era igual al de ese. Después fuimos al metro. Eran las seis de la tarde. El cielo estaba triste, gris, como si hubieran regado café negro sobre las nubes. El metro empezó a andar. Íbamos en silencio. Antes de bajarme, le di un beso a Régine. Le dije bueno nena hasta aquí llego yo, fue maravilloso conocerte, cuídate. Me bajé del metro, en una estación cualquiera. Régine pegó su rostro contra el vidrio. Corrí unos metros con la mano pegada al vidrio donde Régine tenía su rostro. Te amo, me dijo en silencio, Antes de que el metro se metiera en la oscuridad. Yo también te amo respondí en silencio cuando el metro ya estaba asaltado por la oscuridad. Me sentí roto. Un gusano, roto. Eran las siete de la noche. Me senté un rato allí en esa estación solitaria. Fumé un cigarrillo. Dos cigarrillos. Me dormí en la banca y soñé con jirafas amarillas en la mitad de un vaso de leche».

—FIN—



RAFAEL CHAPARRO MADIEDO, Bogotá, diciembre de 1.963. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de los Andes. Trabajó como redactor cultural en el diario La Prensa. Actualmente es uno de los libretistas del programa de televisión «Zoociedad».

A los diez años fue envenenado por los Rolling Stones. A los 21 años Rimbaud lo dejó en estado de coma. Le gusta ir a cine de tres solo, a cine de seis acompañado y a cine de nueve muy bien acompañado.